

LA SOMBRA DE UN EMBRUJO

Isabel Martínez de Ubago



La lucha contra la brujería en la España del siglo XVII
enfrenta a un hombre con su fe, su razón y su corazón.

La sombra de un embrujo

Isabel Martínez de Ubago

© Texto 2015 Isabel Martínez de Ubago
Todos los derechos reservados

No hubo brujos ni embrujados en el lugar hasta que se comenzó a tratar y escribir de ellos.

Alonso de Salazar y Frías
Inquisidor del Tribunal de Logroño

ÍNDICE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

CAPÍTULO I

Los dos hombres bajaban por un camino embarrado a causa de la fuerte lluvia que había caído sobre Arróyabe durante los últimos días. Un pequeño borrico cargaba con dos arcones a su lomo donde iban los enseres del viajante. Fray Hernán de Quiroga, monje franciscano del convento de San Andrés de Muga, había sido enviado por su abad a atender las denuncias que había recibido de uno de los habitantes de la aldea. Según lo que le habían transmitido se estaban produciendo acontecimientos inquietantes en el pueblo, varios niños habían sido envenenados y algunos de ellos estuvieron muy cerca de entregar sus almas a Dios. Además, había rumores de que la zona se había convertido en centro de reunión de brujos, en conciliábulo, en aquelarre.

En aquellos casos era preceptivo realizar una visita y el enviado fue fray Hernán de Quiroga como comisario inquisitorial que era. Desde hacía unos años las provincias vascongadas, Navarra y las tierras colindantes del sur de Francia se habían convertido en un escenario habitual de las congregaciones brujeriles. No quedaba lejos el auto de fe de Logroño, apenas seis años antes, en 1610. Había sido un momento trascendente en la lucha contra la secta de brujos que, según todos los indicios, se había extendido por aquellas tierras. La plaga sorprendió a la Santa Inquisición, ocupada en otros asuntos más urgentes, especialmente la anunciación del Evangelio en las Indias Occidentales, y poco dada a creer en la existencia de este tipo de fenómenos. No pudo reaccionar con más premura. Y todo ello a pesar de que las noticias que llegaban desde el sur de Francia tendrían que haber llamado la atención de la institución garante de la fe cristiana. Desde 1604 el llamado Pays de Labourd se había convertido en un nido de brujos que traía de cabeza a las autoridades francesas. Incluso el rey Enrique IV de Francia, que también lo era de Navarra, fue advertido de la plaga que estaba invadiendo la zona. Desde allí llegaban historias, pero también personas que huían de las persecuciones, lo que permitía que algunos brujos se adentraran en tierras vascas y navarras sin ningún control y desplegaran su influencia en nuevos territorios.

La brujería ganó una primera batalla en el norte de Navarra aunque afortunadamente se logró detener y ajusticiar a quienes desafiaron las leyes de Dios. Los acontecimientos juzgados por la Santa Inquisición en su tribunal de Logroño se convirtieron en una muestra de autoridad y de contundencia en la lucha contra la secta brujesca que se había instalado en la zona. Seis personas fueron condenadas a la hoguera por negarse a reconocer su condición de brujos y reconciliarse así con la fe cristiana. Aquel no era nunca el final deseado por la Santa Inquisición, que intentaba con ahínco lograr la vuelta al redil de quienes abandonaban la fe en Cristo, pero a veces tenía que demostrar que su labor de guarda del cristianismo estaba por encima de cualquier otra consideración.

—Quiero pasar por delante de dos casas en concreto – señaló fray Hernán a su guía – Las de Juana Ugarte y Berta Goiburu.

—Como ordenéis, quedan muy cerca la una de la otra.

Pasaron junto a una columna que sustentaba una cruz al borde de la calzada. Caminaron con dificultad algunos metros más y el guía señaló hacia una pequeña casa a su derecha.

—Allí vive Juana, señor.

Hernán de Quiroga se detuvo a pocos metros. Aquella mujer vivía entre matorrales, arbustos y enredaderas que casi cubrían su pequeña vivienda. A pesar de la abundancia silvestre, era evidente que ese pequeño jardín estaba cuidado con mimo.

—¿A qué se dedica esa mujer? – preguntó Quiroga.

—Pues, como podéis ver, tiene muchas plantas y flores y hierbas. Las vende en los mercados, aquí y en otras aldeas, para condimentos de cocina y para curar males de tripas.

Quiroga se mantuvo en silencio pero miró de soslayo al hombre que inocentemente le estaba allanando el camino en su trabajo. Esos retales de información le darían una gran ventaja en el interrogatorio.

—La otra mujer, Berta, vive un poco más adelante, cerca de la plaza. Es

una joven muy agradable aunque un poco tímida – el guía miró a su acompañante —¿Las conocéis, señor?

—No, al menos no personalmente. ¿Esa joven vive sola?

—Sí, señor. Que yo sepa no tiene familia. Llegó al pueblo hará seis o siete años, sin nadie. Era una cría. Según dicen tuvo que huir desde el norte, donde quedaron sus padres.

—¿Huir? – preguntó Quiroga con interés —¿Es una fugitiva?

—No, no, imposible, señor. No podrá encontrar mucha gente con mejor corazón que ella. Pero ya no sé qué decirle de sus padres pues yo no les conocí.

—¿Dónde quedaron ellos?

—En su pueblo, señor – Quiroga notó que aquel hombre había cambiado el tono de su voz.

—Y, ¿cuál es su pueblo? Con algún nombre aparecerá en los mapas – ahora era Quiroga quien había alterado el tono, endureciéndolo un poco más si cabía.

—La verdad es que yo no recuerdo muy bien el... nombre, señor.

—Pues debéis hacer un esfuerzo por recordarlo; no es buena idea ocultar información a un comisario de la Santa Inquisición.

Ante esas palabras el hombre se puso en alerta y sopesó la situación de inmediato.

—Creo que me dijeron que era de Zugarramurdi, señor.

—Me alegro de que hayáis recobrado la memoria con tanta premura – dijo Quiroga con ironía – Eso significa que huyó sola de un pueblo de brujos. ¿Es una joven decente?

—Sí, señor, no lo dude – el hombre contestó con vehemencia – Es una buena chica.

En ese momento se vio la luz de un candil que iluminaba el interior de la

casa débilmente. Tras la ventana se adivinaba la silueta de una mujer. Por unos segundos la luz desapareció para hacerse de nuevo visible cuando la joven abrió la puerta y salió al exterior. La luz de la vela acariciaba sus rasgos, suaves y blanquecinos, e iluminaba una mirada felina que se dirigió hacia arriba en busca de la luna, que brillaba casi en plenitud en la oscura noche. Hernán de Quiroga sintió que el aire le abandonaba y que su corazón se detenía. Recorrió aquella figura envuelta en mil retales como si fuera la única y última vez que la vería, como si quisiera grabarla a fuego entre sus más preciados recuerdos. Entonces la vela se acercó un poco más a su rostro y descubrió unos mechones anaranjados que parecían brillar con luz propia, enredados entre el paño que apenas le cubría la cabeza; un pelo rojo para una mujer de ojos verdes. Quiroga quiso acercarse a ella para poder observar de cerca lo que en aquel momento era una visión desconcertante. Si hubiera tenido que expresar lo que recorría su mente no habría sido capaz de articular cuatro palabras seguidas porque su razón estaba ofuscada y aturdida ante semejante belleza. Tendría que hablar su corazón para poder comprender que había perdido el aliento por unos segundos para no perder ni un ápice de su concentración en aquella maravillosa criatura, y que sus ojos apenas parpadeaban por miedo a volver a abrirse y descubrir que todo había sido una ilusión que su mente le había preparado como un juego. Pero no, ella era real y estaba frente a él, buscando la luna en una noche muy fría y muy clara.

De repente la mujer les vio y sus ojos se fijaron en el hombre que para ella era un desconocido, en Hernán de Quiroga. Sus verdes ojos se encontraron con los del fraile y mantuvieron un silencioso contacto hasta que ella inclinó ligeramente la cabeza y volvió al interior de su casa.

Quiroga había quedado deslumbrado ante la visión de aquella mujer. Nunca había perdido el sentido de la realidad de aquella manera. Él mismo estaba absorto en aquel instante intentado que no se le escapara ni un detalle mientras a su alrededor el tiempo seguía corriendo y la vida continuaba su camino. Sin embargo, su vida parecía haberse detenido en el rostro de aquella joven pelirroja. Hernán de Quiroga sólo pudo acertar a decir:

—Tiene el pelo rojo.

Su acompañante le miraba fijamente, confundido ante la reacción que el

fraile había tenido al ver a Berta.

—¿Estáis bien, señor? – Quiroga ni siquiera le miró – Señor, ¿os encontráis bien?

El fraile volvió de nuevo a la realidad y respondió aturdido.

—Sí, estoy perfectamente. Llevadme a la posada, se ha hecho muy tarde.

Alcanzaron la plaza de Arróyabe en pocos minutos y caminar sobre el empedrado fue un gran alivio también para el borrico, que sentía el suelo más firme. Rodearon la fuente que ocupaba el centro de la explanada y llegaron a la puerta de la posada. El hombre cogió los arcones que acarreaba el borrico y los dejó en el suelo. Quiroga le pagó por su servicio y le vio partir de nuevo sobre el barrizal por el que habían llegado al pueblo. Cuando le perdió de vista se giró hacia la puerta y golpeó la aldaba con fuerza. Pocos segundos después aparecía el posadero.

—Buenas noches, señoría – el posadero le recibió con una leve reverencia, bajando su cabeza cana.

—Soy Fran Hernán de Quiroga – dijo el fraile acompañándose con una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo – Creo que os han avisado de mi llegada.

—Sí, señoría, en efecto. Os estaba esperando – el posadero abrió la puerta e invitó a Quiroga a entrar – Si lo deseáis, podéis sentaros un rato frente a la chimenea para entrar en calor mientras subo los baúles a vuestro dormitorio.

—No, prefiero ir directamente a mi habitación. El viaje ha sido largo y pesado. ¿Podrías subirme un refrigerio? Algo de pan y queso, y un poco de leche. Con eso será suficiente.

—Con mucho gusto, señoría – el posadero cogió un baúl y se puso delante del huésped para llevarle hasta la habitación – Seguidme, por favor. Es en el piso de arriba.

Abandonaron el amplio zaguán y subieron las escaleras. El posadero se detuvo ante la primera puerta, dejó el baúl en el suelo y abrió la habitación.

—Adelante, señoría.

Quiroga entró y se dirigió a la ventana. Aunque la noche era cerrada, la luz de la luna le permitía advertir un paisaje llano y extenso.

—Enseguida subo el otro baúl y os traigo algo de comer, señoría. Bienvenido.

El fraile se giró y logró sacar una leve sonrisa de cortesía. Cuando el posadero se hubo marchado, Quiroga respiró profundamente. Aquella mujer le había provocado un extraño sobresalto y seguía ciertamente sorprendido por la reacción que él mismo había tenido. Era un hombre piadoso, tranquilo y cabal; nunca una mujer le había turbado de aquella manera. Miró a su alrededor buscando algo que posiblemente ni siquiera estuviera allí porque no miraba ni veía, sólo se movía de forma irreflexiva, dando las mismas vueltas por la habitación que estaba dando a su cabeza.

—Tranquilo, Hernán – se dijo – Detente y piensa lo que haces.

Abrió el arcón que ya tenía en su habitación y sacó dos cartapacios. En ellos estaban los expedientes que debía investigar. Los miró sin aparente interés y los dejó sobre la mesa. Sin embargo tomó de nuevo lentamente el de Berta Goiburu. Lo abrió con cuidado y comenzó a leer. Como era bastante más habitual de lo que él deseaba, en el informe que le entregaron apenas venía información. Siempre era más fácil obtener detalles sueltos de los vecinos de las personas sospechosas y luego ir encajando las piezas como si de un mosaico se tratara. Era una labor compleja porque, tras el auto de fe de Logroño, la gente volvía a desconfiar de los enviados de la Inquisición como si se tratara de vulgares cazadores de brujas cuando, en realidad, no buscaban más que rescatar del mal camino a las ovejas que habían abandonado el rebaño del Señor. Sin embargo, las gentes de los pueblos creían que buscaban brujos hasta debajo de las piedras y que no abandonarían el lugar hasta dar con alguno y quedar satisfechos. Lo que le había dicho el hombre que le había acompañado hasta el pueblo le podría servir para afrontar el interrogatorio con algo bastante sólido y que la mujer no esperaría que él conociera. Aunque si su origen estaba en Zugarramurdi tendría que estar más atento de lo normal porque posiblemente ya conocía algo del proceso habitual de las pesquisas. Y ese pelo rojo, no podía llegar a entender cómo la naturaleza podía generar ese color en el cabello de una mujer sin forzar

alguna ley divina. Había quienes decían que las personas de las tierras que se encontraban más al norte solían tener esas tinturas cobrizas en el pelo y ojos de colores claros, y que por eso estaban apareciendo tantos casos de brujería en Francia o el Sacro Imperio; los brujos estaban siendo expulsados hacia el sur. La familia de Berta Goiburu parecía ser un claro ejemplo de las convulsiones de los países que intentaban renegar del catolicismo, de las huídas hacia tierras más templadas y en las que creían que les sería más fácil esconderse. Para Berta parecía que no iba a ser así. Su mirada se quedó fija en el papel que tenía en las manos pero estaba perdida de nuevo, otra vez enredada en los cabellos anaranjados de la joven. Se estaba preguntando cómo sería el reflejo de aquel pelo a plena luz del día si relumbraba de aquella forma en una noche de luna llena y con la sola ayuda de una pequeña vela. En ese mismo instante entró el posadero con el segundo baúl y un plato. Quiroga soltó con rapidez los papeles y miró al hombre casi suplicando que no dijera nada. La mirada del hospedero le hizo ver que nada de lo que él pudiera estar pensando en ese momento había pasado por su mente.

—Dejad el arcón junto a la cama y el plato sobre la mesa del escritorio.

—Sí, señorita – el posadero hizo lo que le había ordenado —¿Necesitáis alguna cosa más para esta noche?

—No, gracias. Buenas noches.

—Que descanséis, señorita. Buenas noches.

Cuando el posadero desapareció Quiroga suspiró profundamente. Se había sentido descubierto como un chiquillo ante la entrada del posadero. Miró de nuevo los papeles de Berta, los cogió y se sentó a la mesa. Mientras tomaba un poco de queso comenzó a leer y se dio cuenta de que apenas le habían facilitado información sobre la mujer pelirroja. En aquellos papeles no se hablaba de su edad, ni de su procedencia; tan sólo se indicaba con énfasis que tenía el pelo rojo. Eso le dejaba claro que tendría que hablar con ella detenidamente para averiguar si las acusaciones tenían algún fundamento. Según el testigo, Berta Goiburu era la que se encargaba de reunir a las brujas en el aquelarre, la que se llevaba a los niños por las noches a las reuniones de brujos y quien cuidaba de un sapo con camisa de color azulado, quien cocinaba los ungüentos para poder volar sobre escobas y acudir con gran

velocidad al punto de reunión con el demonio.

La mirada del inquisidor se quedó fija sobre el lento cimbrear de la llama. La vela se estaba consumiendo más deprisa de lo que él esperaba; igual que sus propias energías. Hacía ya mucho tiempo que la noche cerrada rodeaba el viejo hospicio en el que le habían acomodado. Se sentía cansado de tanto vagar por pueblos, villas y aldeas perdidas entre las desapacibles montañas vascongadas. Ése había sido su transitar durante los cinco últimos meses y el invierno fue de los más duros que se recordaban en la zona. Demasiado frío, demasiada lluvia, demasiado viento. Parecía que su misión evangelizadora se había perdido en la memoria de aquel joven monje que leía y transcribía textos con el fin de que las palabras de los santos perduraran en el tiempo. Desde hacía casi cuatro años le habían encomendado la labor de descubrir impostores, encontrar a todos aquellos que amparándose en la fe cristiana ocultaban su herejía, su traición a la religión que les había acogido y les había guiado hacia la Verdad permitiéndoles olvidar su pasado pagano sin hacerles más preguntas y con la única exigencia de venerar a Dios. ¿Por qué esa ingratitud en tantos de ellos? Las noticias que le llegaban desde el territorio que él debía limpiar eran inquietantes. Eran muchas las señales de brujería, de magia oscura y de apariciones de engendros que aterraban a los cristianos de buena voluntad. Tenía un cúmulo desbordante de denuncias, la mayoría de ellas anónimas porque el miedo atenazaba a quienes eran testigos de semejantes acontecimientos. Las acusaciones procedían de todas las provincias cercanas a Logroño, las Vascongadas y el norte de Navarra.

Afortunadamente a él le habían enviado a una zona relativamente cercana y no muy extensa, así que podía darse por satisfecho. Pero de todos modos eran todavía demasiadas delaciones teniendo en cuenta que la propia Inquisición quería enterrar la plaga de las brujas desde hacía algunos años. El auto de fe de Logroño había sido un momento de cambio drástico en la actitud del Consejo de la Suprema y General Inquisición que, si bien hasta entonces no había sido muy dado a aceptar los procesos de brujería, desde entonces decidió que no se procesaría a nadie por esos cargos salvo que existirán pruebas fehacientes y contundentes que pudieran llevar a una clara condena. Él no estaba de acuerdo con la Suprema, si bien la opinión de un humilde fraile no se tendría en cuenta, pero si no era fácil lograr hechos para

demostrar con consistencia la existencia de brujas debía tenerse en cuenta que la mano del Demonio obstaculizaba el trabajo de los inquisidores con eficacia pues su objetivo era proteger a sus súbditos y seguidores. ¿Cómo encontrar lo que el mismísimo Satanás protegía? Era una labor ardua y casi siempre infructuosa por lo que, de seguir aquellas directrices, sería en la práctica imposible para unos simples mortales encontrar la evidencia perfecta con la que condenar a una bruja.

Apartó la vista unos segundos de los papeles y miró el candil. La vela era para él la medida de tiempo que dedicar al trabajo vespertino. Una vez la cera terminaba de arder, su jornada quedaba concluida. Tenía que hacerlo así para rebañar horas de sueño y de descanso porque el trabajo parecía reproducirse milagrosamente. Al menos quería preparar las preguntas de los días siguientes antes de acostarse; no le gustaban las sorpresas y siempre realizaba un pequeño resumen para poder andar sobre un terreno conocido. Los acusados tendían a mentir de forma a veces insultante para la inteligencia de alguien como él, que había participado en más pesquisas de las que podría recordar si se molestara en hacerlo, cosa que no haría. Cuanto mejor preparado, más certero sería el interrogatorio. Lo poco de más que se le indicaba en el informe de Berta Goiburu era lo dicho por el denunciante; hablaba de una mujer bermeja, de ojos verdes, que se transformaba en gato por la noche y devoraba las gallinas de los vecinos provocando enfermedades en las aves que sobrevivían, que luego contagiaban a sus propietarios y a los niños, a los que luego secuestraba para llevarlos a sus reuniones demoníacas. Abundaban estos casos en los últimos años y Quiroga no disfrutaba con ellos. Aunque nunca lo reconocería en público, temía a todas aquellas personas que eran capaces de mantener una relación directa con el Demonio. El Mal era imprevisible y quienes lo practicaban no conocían escrúpulo ni límite, no eran capaces de entender la bondad ni el amor, ni abrir sus oídos a la voz de Dios. Y eso, a él, le aterrorizaba. El último de los expedientes hablaba de una mujer llamada Francisca que había aparecido en la aldea unos días antes y parecía ser una hechicera de segunda clase dedicada a crear pócimas y ungüentos con los que engañar a los incautos pero que parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra; no perdería más tiempo por esa noche. La vela amenazaba con apagarse y Hernán de Quiroga sentía que había cumplido con sus deberes del día. Antes de que la oscuridad le rodeara por completo se

quitó el hábito, lo dejó cuidadosamente sobre la silla del escritorio y se arrodilló para sus últimas oraciones.

La misión que le había sido encomendada era muy dura. Reconocer impostores y falsos cristianos parecía ser mucho más complejo de lo que él nunca había imaginado porque descubrir la mentira no era tarea fácil. Sentía que las personas a las que debía investigar a veces estaban un peldaño por encima de él en el interrogatorio y le llevaban ventaja porque su labor era previsible; él era el comisario inquisitorial y su objetivo era bien conocido por todo el mundo. Pero lo que cada uno de los encausados tuviera que defender no era conocido por Quiroga y eso le exigía una atención máxima en las pesquisas. Sin embargo no era lo que más le desgastaba. La acusación definitiva y el envío a prisión le provocaban una terrible inquietud, una fuerte tensión en el abdomen y sentía que el estómago se movía descontrolado. Porque los condenados no eran capaces de mantener mínimamente la compostura ni las formas. Se desgañitaban frente a él, le suplicaban a gritos su indulgencia, se retorcían en el suelo para evitar que los guardias les encadenaran de nuevo, lloraban como recién nacidos, asustados ante su destino. Perdían por completo la poca dignidad que les quedaba. Y eso revolvía a Quiroga. Su momento de oración nocturno era un bendito remanso de paz que le devolvía la serenidad interna y que le aliviaba física y espiritualmente.

—Amén — Quiroga se santiguó y apagó la vela con dos dedos.

Al meterse en la cama un ruido le hizo prestar atención a la ventana de la estancia que ocupaba. Se encontraba en un lateral del caserío y daba directamente a la linde del bosque y la montaña. Le pareció ver una sombra que pasó como una exhalación frente a su ventana. Seguramente se trataría de una lechuza o un mochuelo. Aún así, Quiroga prefirió levantarse y asomar la cabeza con precaución. No vio nada, ni escuchó nada. También podría haber sido su imaginación por causa del cansancio. Dejó la ventana entornada porque la noche era fría pero muy calmada, sin viento ni lluvia, y la atmósfera de la habitación estaba espesa desde que entró. Quiroga echó un último vistazo para asegurarse de que no había nadie cerca de su ventana y regresó a la cama.

CAPÍTULO II

El gallo cantó muy pronto a la mañana siguiente, o al menos eso le pareció a Quiroga. Había pasado una noche extraña, llena de sueños e imágenes que le asaltaban sin descanso. Apenas recordaba sus sueños, sólo retazos, algún rostro irreconocible o escenarios ilocalizables. Pero siempre mantenía vivo el recuerdo de las sensaciones que tenía mientras soñaba, y esa noche no había sido plácida. Esa noche le había vuelto a la memoria la ciudad de Logroño, el auto de fe, las hogueras y la multitud llegada incluso desde más allá de los Pirineos. Se hablaba de hasta treinta mil personas que se hacinaban por toda la ciudad para presenciar los ajusticiamientos. Él era una de aquellas personas pero no logró acercarse a la plaza en la que se celebró el auto. Las calles estaban tan atestadas que apenas era posible dar dos pasos seguidos sin pisar el pie de otro visitante. Ni siquiera era posible caer al suelo si alguien empujaba con más fuerza para abrirse paso entre el gentío. Quiroga tuvo que conformarse con escuchar las explicaciones de quienes decían haber estado presentes en la plaza, los rumores que corrían de boca en boca entre aquella masa de extraños peregrinos que parecían buscar únicamente la excitación producida por descubrir la suerte de los desgraciados que sufrirían la humillación pública del sambenito, el destierro o la hoguera. Y éste último castigo era, según comprobaba Quiroga, el más deseado por el público. Nunca había acudido a un auto de fe y estaba empezando a dar gracias por no haber podido acceder a la plaza.

Todo aquello le perturbaba. Lo que vio durante los tres días que estuvo en Logroño fueron caras de admiración y de disfrute en muchos de quienes lo presenciaban. Llevaban a sus hijos a ver la ejecución como si de un espectáculo circense se tratara, gritaban y se alborozaban ante los lamentos de quienes eran públicamente castigados por pecados muy graves que aquellos pequeños no alcanzaban a entender, y que quizá los adultos tampoco comprendían. Sin embargo acudían en masa a ver cómo la gente ardía en las llamas. Y a veces los rostros de aquellos niños regresaban en sueños, con sus ojos abiertos de par en par ante el espectáculo que contemplaban mientras sus padres reían frente a la hoguera. Creía que de nuevo había tenido una mala noche por ese motivo. Su intención, como la de la Santa Inquisición, no era

quemar brujos, era encontrarlos y recuperarlos para la fe cristiana.

Se levantó lentamente dejando escapar un quejido sutil. Aún era un hombre joven, no llegaba a los treinta, pero parecía que su cuerpo no estaba de acuerdo en absoluto. Aquel frío le había atacado con dureza a las juntas de los huesos y cada movimiento matutino era un pequeño tormento. A medida que se desentumecían los músculos, sus articulaciones parecían recuperar la destreza y moverse con más soltura. Pero tenía que esperar a que el calor le invadiera poco a poco.

—Bueno, —se dijo Quiroga — será mejor que me mueva.

Apoyó sobre el suelo ambos pies a la vez; era una manía que había desarrollado en los últimos años. Le producía inquietud la posibilidad de levantarse pisando antes con un pie que con otro. El suelo estaba muy frío y eso le hizo dar un respingo, pero mantuvo los pies sobre la piedra. Miró al suelo fijamente y se mantuvo así durante unos segundos, repasando inconscientemente las imágenes de la noche, los rostros de los niños, los gritos de los ajusticiados. Se levantó lentamente y se vistió el hábito, que estaba tan frío como el suelo pero más húmedo. Deseaba que el calor regresara y el sol se dejara ver más a menudo, pero por aquellas tierras del norte no era un deseo fácil de cumplir. Cuando se hubo puesto las sandalias reparó en que la ventana estaba abierta de par en par y dejaba entrar una gélida pero suave brisa. Estaba convencido de haber dejado apenas un palmo de abertura para refrescar el aire. Miró hacia el suelo en busca de algún inquilino inesperado que hubiera preferido pasar la noche en su compañía pero no vio nada. Seguramente algún golpe de viento nocturno abrió el ventanal pero él no se dio cuenta. No había pasado muy buena noche, pero tampoco recordaba haberse despertado en ningún momento ni haber escuchado ningún golpe.

CAPÍTULO III

Hernán de Quiroga llegó a la iglesia de Arróyabe tras una breve caminata desde la posada. La Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora se encontraba en una pequeña colina que la situaba sobre el pueblo, como un baluarte en mitad del raso paisaje que la rodeaba. Llevaba toda la documentación necesaria para comenzar las pesquisas así que, cuando se instaló en la sala que le habían preparado, tardó poco en organizarse sobre la mesa que le haría las veces de escritorio. El alguacil que le habían asignado, un vecino del propio pueblo, le preguntó si necesitaba alguna cosa, le informó de que los testigos que había hecho llamar estaban ya en la parroquia y estaría por allí si requería de sus servicios. Quiroga le agradeció la ayuda y le pidió que llamara a María de Elizondo; ella sería la primera testigo.

La mujer entró como un suspiro en la sala de entrevistas, sin hacer ruido y apenas haciéndose notar al caminar. Le habían dicho que un inquisidor quería hablar con ella y el miedo atenazaba su cuerpo desde ese momento.

—María, pasa – Quiroga no levantó la vista de sus papeles pero con una mano indicó a la mujer que se acercara a la mesa – Tu nombre es María de Elizondo, ¿me equivoco?

—No, señor inquisidor, es así – la mujer tenía la mirada fijada en el suelo y sólo de vez en cuando la levantaba para ver a su interrogador.

—No soy inquisidor, sólo un humilde comisario – Quiroga dijo aquellas palabras sin amabilidad ni la más mínima comprensión por el temor que él mismo provocaba en quienes debían someterse a sus preguntas – Bien, María, la Santa Inquisición, en su labor de protección de la fe cristiana me ha enviado a este pueblo de Arróyabe porque le ha llegado una denuncia sobre acontecimientos, digamos, inquietantes que desea verificar y, en caso de hacerlo, quiere corregir y detener con la mayor premura.

La testigo miró de soslayo a Quiroga, confusa. No sabía si ya tenía que responder o si debía esperar a que se le formulara una pregunta directa.

—¿Sabes de lo que te hablo, María? – en esta ocasión Quiroga miró

directamente a los ojos de la testigo de forma intimidatoria.

—No, señor – la escueta respuesta de María era de esperar.

—Me refiero a que en esta aldea se han producido episodios de difícil explicación que han llevado a algunos de tus vecinos a llamar a la Santa Inquisición. Hechos que van contra la razón humana y la misma naturaleza, instigados seguramente por el Maligno para atraer devotos a su lado. ¿Has tenido conocimiento de alguno de estos acontecimientos?

—No, señor – María estaba intentando frenéticamente hacer memoria y encontrar algo con que calmar la curiosidad de aquel fraile – Debéis disculpar mi torpeza pero no recuerdo nada parecido.

—¿Seguro, María? – insistió Quiroga – Piensa con calma, no tengo ninguna prisa.

Bajo la atenta mirada de Quiroga, la pobre mujer cerraba los ojos en su afán por traer algo a su mente.

—Quizás, señor...

—¿Sí, María?

—No es algo que tenga mucha importancia.

—No te preocupes, deja que yo decida la importancia que tiene.

—Pues hace un tiempo hubo un problema con la fuente, la que está en la plaza – parecía que la mujer se relajaba ligeramente ante la certeza de tener algo que decir – Varios niños cayeron muy enfermos y se pensó que algo había enturbiado las aguas porque habían estado jugando en la plaza y, como por casualidad, todos ellos se pusieron malos, pero malos de verdad.

—Estupendo, María. Ahora necesito que me cuentes qué ocurrió con esos niños y cuál fue la causa de sus males – la voz de Quiroga se había dulcificado ligeramente.

—Bueno, señor, yo sólo sé que las familias de los críos hicieron llamar al médico de Durana y que el doctor no logró mejorar la salud de los pequeños. Así que la madre de uno de ellos, Graciana, decidió solicitar ayuda a Juana, la

mujer que vive a la entrada del pueblo.

—¿Por qué acudió a ella? ¿Es médico? – preguntó Quiroga inocentemente.

—No, señor, cómo va a ser médico – María se encontraba mucho más cómoda al entender que ella no parecía ser el objeto de la investigación de la inquisición – Ella sabe mucho de hierbas, porque su madre, que en paz descansa, también conocía cómo utilizarlas para muchas cosas.

—¿Para cocinar, quizá?

—Bueno, eso también, pero para los males de estómago o los dolores de muelas siempre tiene algún brebaje. Por eso la llamaron.

—¿Y qué hizo Juana?

—Ayudarles, señor. Es lo que ella siempre hace. Los niños se pusieron bien en apenas tres días. Que la avisaran fue un milagro.

Ante aquella última palabra Quiroga miró pensativo a María. Prefirió callar y no afearle el uso de aquel término relacionado con una sospechosa de brujería, no podía desvelar el objeto de aquella audiencia.

—Por tus palabras deduzco que ese “milagro” es un hecho poco habitual.

—En realidad los vecinos del pueblo solemos acudir a ella cuando sentimos algún malestar, pero los niños se pusieron muy enfermos y los padres pensaron que era más indicado acudir a un médico.

—De acuerdo, María. Te agradezco la colaboración – con un leve gesto de la mano le indicó que podía retirarse, lo que la mujer hizo con mucho gusto.

Quiroga terminó de tomar algunas notas y llamó al alguacil para que hiciera pasar al siguiente testigo, Pedro Ormaechea. Como ocurrió con María de Elizondo el hombre atravesó la puerta de la sala con enorme cautela y se quedó bajo el umbral hasta que Quiroga le hizo pasar.

—Pedro Ormaechea, ¿es ése tu nombre?

—Sí, señoría, así me bautizaron mis padres.

—Te he hecho llamar porque han llegado informaciones a la Santa

Inquisición de que en este pueblo de Arróyabe se han producido acontecimientos singulares contrarios a la fe cristiana. Según tengo entendido, fuiste tú quién avisó al párroco de esta aldea de esos hechos que te hicieron sospechar que en Arróyabe podría haber personas que no estarían guardando una conducta adecuada.

—Sí, señoría, vivo junto al río Zadorra y desde mis ventanas he podido ver algunas cosas – Pedro hablaba con voz queda y aparentemente no muy convencido de lo que estaba contando.

—Dime qué cosas has podido ver, Pedro. Con calma y sin precipitarte.

—Verá, señoría. Hay mujeres en el pueblo que tienen unas costumbres un tanto extrañas pues aprovechan las noches de luna llena para acudir a la pradera que queda cerca de la orilla del arroyo – el hombre estaba tranquilo y con buena disposición para hablar – No sé qué hacen allí porque desde mi casa no acierto a verlo pero tengo para mí que no son cosas decentes. Ya sabéis, señoría, las cosas que cuentan.

—No, Pedro, la verdad es que no sé qué cosas cuentan.

—Pues aquí han llegado historias de otros lugares, incluso de pueblos de Francia más allá de las montañas, que cuentan cómo hay hombres y mujeres que se reúnen en la noche para... adorar al mismísimo Demonio – Pedro bajo la voz al decir estas últimas palabras.

Quiroga levantó ligeramente las cejas como si aquella revelación le sorprendiera e invitó al hombre con un gesto a que continuara con su relato.

—Cuentan que en esas reuniones aparece un macho cabrío y que todos los que acuden se arrodillan ante él y le besan las pezuñas y partes de su cuerpo que no puedo nombrar por decoro, señoría. Y que hay fornicio entre todos los que acuden. Incluso he oído también que llevan niños para unirles a su mancebía. Para mí que en esas reuniones hay cosas de brujería.

—¿Has podido ver esas aberraciones de las que me hablas? – preguntó con seriedad Quiroga.

—No, señoría. Una noche me atreví a acercarme, porque he de confesar que sentía mucho temor de lo que me pudiera ocurrir si me descubrían, y

logré acercarme a una distancia respetable. Sin embargo no alcancé a ver con claridad lo que os he contado.

Aquel relato estaba empezando a desesperar a Quiroga. Desde la visita que Alonso de Salazar, el inquisidor de Logroño y conocido como *el abogado de las brujas* por sus esfuerzos por librar del castigo a cientos de acusados, la Suprema exigía que hubiera testimonios certeros y pruebas irrefutables de las acusaciones que se vertieran sobre brujería. Y en ese momento el testimonio de Ormaechea no iba por buen camino.

—Pedro, necesito que me digas si tú viste o escuchaste algo que pueda llevar a pensar con certeza que lo que me cuentas es posible.

—Señoría, vi a una bruja llegar al aquelarre sobre su escoba.

Quiroga se incorporó entonces en la silla y prestó toda la atención del mundo a Pedro Ormaechea. Eso era precisamente lo que necesitaba.

—Adelante, Pedro. Recuerda, no hay prisa ninguna.

—Bien – el hombre respiró profundamente consciente de la importancia de lo que le estaba pidiendo el fraile – Cuando me encontraba junto a la orilla del río me agazapé entre algunas de las hierbas y los arbustos, y me apoyé en un árbol para no perder el equilibrio. Pues fue entonces cuando escuché sobre mi cabeza un ruido, como el que puede hacer un pájaro que está a punto de posarse en tierra. Pero, podéis creerme, señoría, aquel ruido no era el de un pájaro. Vi una sombra que pasaba por encima de mí y era muy grande.

—¿Escuchaste algo de lo que ocurría en la pradera?

—Yo estaba un poco lejos, pero sí me pareció oír la risa de algunas mujeres y cómo cantaban.

Quiroga fue anotando cada una de las palabras de aquel hombre. Ahora Pedro tendría que ofrecer su respuesta más comprometida.

—¿Sabes quiénes eran aquellas mujeres?

—Sí, señoría – el hombre calló pues sabía de la importancia de lo que dijera a continuación – Al menos de dos de ellas. Eran Juana Ugarte, la vieja de las plantas, y Berta Goiburu, la joven del pelo rojo.

CAPÍTULO IV

La mañana de Quiroga había sido bastante productiva aunque todavía necesitaría hablar con un par de personas más antes de entrevistar directamente a las dos mujeres sospechosas de brujería. Tanto lo que le habían contado María de Elizondo como Pedro Ormaechea le permitía tener una base que él consideraba suficiente para arrestar a las dos mujeres, pero desde el proceso de Logroño el Consejo de la Suprema y General Inquisición, lo que se conocía como la Suprema, exigía un elevado grado de credibilidad tanto en los testigos como en los testimonios. Quiroga era muy consciente de ello pues en varias ocasiones sus pesquisas habían caído en saco roto por no poder aportar al tribunal inquisitorial correspondiente más pruebas que las palabras de los que se decían testigos. Por ese motivo quería tener algo más que añadir a lo ya expuesto por los dos primeros declarantes y lo aportado por Martín García y Juan de Lizarraga. El primero era un niño de ocho años que aseguraba saber dónde se encontraba exactamente el lugar de reunión de las brujas, en la pradera que también había señalado Pedro Ormaechea. La visita que hizo Alonso Salazar en 1611 por las provincias de la zona también supuso un obstáculo más para el trabajo de los comisarios inquisitoriales pues, casi de un plumazo, los testimonios ofrecidos por niños menores de doce años, a veces hasta catorce, quedaban excluidos y no se les debía otorgar la más mínima credibilidad. Quiroga prefería seguir manteniendo conversaciones no oficiales con los niños de los pueblos en los que debía trabajar ya que la inocencia en sus respuestas y su falta de maldad innata le permitía obtener indicios sobre los que preguntar posteriormente a los adultos. Juan de Lizarraga, el último de los testigos de la mañana, no sabía gran cosa y lo único que pudo destacar de su discurso es que Juanes de Urrutia, el dueño del rebaño de ovejas churras, había perdido tres o cuatro cabezas de manera inexplicable y que él lo achacaba a que las había acercado a la pradera del aquelarre de las brujas.

Aunque todo unido en un sólo documento y bien enlazado era un argumento suficientemente sólido y consistente para llevarlo ante un tribunal de la Inquisición, Quiroga pretendía buscar alguna evidencia física que aportar al expediente. Su trabajo desembocaría en el Tribunal de Logroño, el

de Alonso de Salazar, y aquello era un obstáculo más para sus pesquisas. Si las dos personas de la tarde le ayudaban en eso, podría afrontar con más seguridad el interrogatorio del día siguiente a las dos brujas.

—¿Queréis que os traiga algo de comer, señoría? – el alguacil interrumpió los pensamientos de Quiroga.

—No, bajaré al pueblo de nuevo. En la posada tomaré algo.

Quiroga recogió todo y lo introdujo en el cartapacio. Prefería cargar con ello de nuevo por la tarde antes que dejarlo allí en la parroquia. Se trataba de una documentación muy importante y no quería arriesgarse a que hubiera ningún problema.

Salió de la iglesia de la Asunción y caminó colina abajo hacia la aldea. El día estaba más despejado que el anterior aunque todavía debía avanzar sobre un barrizal. En pocos minutos se encontraba a la entrada de Arróyabe, pasó cerca de la casa de Juana Ugarte y ralentizó el paso con la intención de curiosear un poco a través de las ventanas o localizar a la mujer en su pulcro jardín, pero aparentemente no había nadie, aunque de la chimenea salía un denso humo.

—Al menos ya sé que eres muy diestra a la hora de esconderte del ojo ajeno. Veremos mañana cuando tengas que hablar directamente conmigo.

El fraile siguió caminando y torció la esquina de un pequeño callejón que le llevaba a la plaza de la fuente. Iba mirando despreocupadamente al suelo y cuando salió a la plaza se detuvo súbitamente. Había una mujer cruzando la explanada, con un cántaro de leche apoyado sobre su cadera izquierda. Caminaba despacio, cimbreando el cuerpo con una suave cadencia que hacía que sus faldas se ondularan con suavidad al contacto con la leve brisa que levantaba al dar cortos pasos sobre el adoquinado. Para protegerse del frío que envolvía el ambiente a pesar de que el sol había conseguido abrirse camino entre las nubes, la joven llevaba un chal de piel de oveja que le cubría los hombros y gran parte de la espalda. La cabeza la llevaba cubierta con un grueso paño de lana con el que resguardar parte del rostro del fresco de aquellas horas. Miraba hacia el frente aunque en un momento bajó la mirada al suelo, lo que hizo que un largo mechón anaranjado quedara al descubierto.

Quiroga sintió entonces un nudo en el estómago y, como si el verla en aquella plaza de forma casual fuera algo indiscreto, se escondió tras la esquina del callejón del que acababa de salir. Berta Goiburu paseaba tranquila por la plaza sin poder imaginar que unos ojos esquivos la observaban. Intentó recoger el mechón de pelo de nuevo dentro del paño que le cubría la cabeza pero no lo consiguió, así que decidió dejar toda su melena al descubierto. Cuando el sol resbaló sobre su pelo rojo pareció iluminar con una nueva luz todo el entorno. Quiroga se quedó turbado al ver refulgir el fuego de aquel pelo y sintió deseos de tocarlo, de enredar sus dedos en cada uno de los mechones de esa deslumbrante cabellera. Pareció que sus pensamientos hubieran hecho un ruido inesperado en la propia plaza porque Berta se giró por sorpresa y miró hacia donde se encontraba el fraile que, al sentirse descubierto, se terminó de esconder en el callejón. Cerró los ojos esperando que la joven no le hubiera visto y que no se acercara a ver quién la espiaba como un fauno libertino. Aguardó en tensión unos segundos pero no ocurrió nada de lo que temía, así que decidió salir de su escondite y cruzar la plaza con decisión, haciendo ver que él no tenía nada que ver con la persona que acaba de esconderse tras la misma esquina de la que él aparecía. Afortunadamente la joven ya se había ido lo que alivió enormemente a Quiroga, que aprovechó para dar un largo trago en la fuente pues aquel episodio le había dejado la boca seca como el esparto. Se dirigió directamente a la posada para comer algo, descansar quizá unos minutos, y regresar por la tarde a hablar con los dos últimos testigos que vería en esa jornada. En la puerta de la posada ya se encontraba el hostelero que le miraba mientras bebía de la fuente.

—Señoría, le he guardado un poco de guiso, pan y queso. ¿Deseáis que os lo suba a la habitación? – el posadero esperaba solícito a su huésped.

—Sí, gracias.

Quiroga subió apresuradamente las escaleras hacia el piso superior, abrió la puerta de su habitación y, cuando estuvo dentro, a solas, se sentó sobre la cama y respiró con profundidad y se pasó las manos por la cara. No estaba seguro de lo que le ocurría pero ver a aquella mujer le estaba alterando y le obligaba a comportarse con miedos y remordimientos como nunca le había

ocurrido con anterioridad. Llamaron a la puerta y Quiroga le dijo al posadero que entrara. Le dejó una bandeja sobre la mesa de la habitación y se retiró. Durante un largo instante el fraile miró hacia la comida con la vista perdida. Aquellas sensaciones extrañas que le habían embargado en la plaza no podían volver a repetirse, menos aún en el interrogatorio que tenía pendiente con la mujer del pelo rojo.

Comió con agrado el guiso que le había preparado el posadero. Tras dar buena cuenta de lo que reposaba en la bandeja, se tumbó sobre la cama para intentar descansar un poco. Sin embargo, cada vez que su mente parecía relajarse la invadía la imagen de aquella joven, de aquel mechón pelirrojo y de los reflejos de su melena al sol del mediodía. Así que prefirió regresar de nuevo a la iglesia. El alguacil ya estaba avisado de las personas a las que debería buscar para la tarde y no tardarían en llegar. Quiroga se levantó y cogió el cartapacio, salió de la habitación y recorrió el zaguán de la posada. Cuando salió a la plaza miró con aparente indiferencia a uno y otro lado, a pesar de que sus ojos buscaban a la joven pelirroja deseando toparse con ella y a la vez rogando porque no apareciese. En esta ocasión, sus ruegos valieron más que sus deseos y no la vio. Tomó el callejón y subió con viveza a la parroquia. Una vez allí logró olvidarse del encuentro en la plaza y continuar con las entrevistas.

Sin embargo las esperanzas que había puesto en los dos últimos testigos y en las posibilidades de que le dieran una prueba física de la existencia de brujas, que le trajeran algunos de sus ungüentos y pócimas, una escoba de las utilizadas para desplazarse a los aquelarres o un libro de conjuros, aquellas esperanzas se esfumaron rápidamente pues se trataba de dos muchachos que trasegaban mercancías entre los pueblos de la provincia y apenas podían concretar lo poco que decían saber.

Cuando Quiroga regresó al anochecer a la posada volvió a atajar por el pequeño callejón, esta vez sin detenerse ni un instante ni que el mismo demonio se le hubiera puesto delante. La sola posibilidad de encontrar de nuevo a Berta le intranquilizaba pero, aún así, no pudo evitar levantar la mirada para comprobar si la joven estaba. Quiroga se detuvo en mitad de la plaza y miró a su alrededor. Nadie. Respiró con cierto desahogo y volvió a beber de la fuente, un agua fresca que le calmó la sed provocada por la

ansiedad de un cruce afortunadamente burlado.

Esta noche tendría que repasar las declaraciones y ordenar los testimonios porque al día siguiente llamaría a las mujeres acusadas de brujería y no quería dar pasos en falso. Y necesitaría dormir y descansar para afrontar con vigor los interrogatorios. Lo más difícil estaba por llegar.

CAPÍTULO V

A pesar del cansancio Quiroga no lograba conciliar el sueño. Los testimonios que había escuchado a lo largo del día le revolvían la mente y hacían que sus pensamientos deambularan por su cabeza sin rumbo. Además se notaba destemplado porque, a pesar de que el tiempo era frío, estaba sudando y sentía algo de calor. Retiró la manta que le cubría y sintió cómo su cuerpo se refrescaba.

Entonces reparó en las palabras de aquel niño, Martín, que le informó del lugar exacto en el que aquellas dos brujas se reunían por la noche. Coincidió con lo que le había dicho Pedro Pérez, el testigo que había entrevistado en la parroquia. Quiroga decidió que lo mejor sería verlo con sus propios ojos. Se levantó con decisión, se vistió y salió de la habitación. Pasó con cuidado por la planta baja de la posada para evitar que pudieran verle y salió a la calle. La posada se encontraba en la plaza del pueblo. Afortunadamente la luna estaba en su fase de plenitud e iluminaba la noche como una gran hoguera. Quiroga se dirigió al centro de la plaza y siguió el camino del arroyo que alimentaba la fuente principal del pueblo, tal y como le había indicado el crío. A pesar de la luna llena había zonas en las que la maleza del bosque impedía ver con claridad el suelo que se pisaba. Avanzaba con cierta dificultad pero podía seguir sin grandes obstáculos la ribera del río Zadorra. Según lo dicho por Martín las brujas se reunían en la primera pradera que uno encontraba siguiendo aquel camino. A lo lejos Quiroga vio un claro en el bosque y una punzada le encogió el estómago. ¿Y si realmente iba camino de presenciar un aquelarre? Nunca había visto ninguno, jamás se había enfrentado a una reunión de brujas. Continuó caminando, cada vez con más cuidado para evitar delatarse con algún ruido. Poco a poco el bosque se iba abriendo y despejaba el camino hacia la pradera. Quiroga sintió un fuerte olor, intenso y nauseabundo, pero no acertó a averiguar de dónde procedía pues parecía que envolvía todo lo que le rodeaba. La luz de la luna bañaba aquel claro y le daba un aspecto fantasmagórico al unirse a la bruma que nacía del arroyo. Poco antes de entrar en el claro Quiroga se detuvo bruscamente. Había una figura en la pradera. Había llegado al lugar de reunión de las brujas. El aquelarre.

Quiroga se fijó en aquella figura que se adivinaba en el claro. Parecía que estaba arrodillada sobre la hierba. El fraile miró alrededor para asegurarse de que no tenía compañía. Aparentemente estaba sola.

—Está invocando al demonio – susurró el inquisidor. Decidió acercarse un poco más para confirmar que se trataba de alguna de las dos mujeres sospechosas de brujería. Con extremo cuidado adelantó algunos pasos y pudo comprobar que no estaba equivocado. Bajo la luz de la luna se podía distinguir un suave reflejo naranja en la cabellera de aquella mujer. Era la bruja del pelo rojo.

Desde el lugar en el que se encontraba Quiroga se podía escuchar una suerte de letanía que la bruja cantaba con suavidad. El francscano dio un par de pasos más y se colocó tras el tronco de un robusto árbol que le ocultaba de la vista de la mujer. Aquel suave cántico le llegaba con claridad pero no acertaba a entender lo que decía. No parecía estar hablando en lengua castellana, de eso estaba seguro.

—Habla la lengua de los endemoniados – Quiroga encontraba lo que había ido a buscar, una bruja invocando a Satanás y llamando al aquelarre a sus compañeras brujescas – En seguida llegarán las demás y aparecerá el macho cabrío.

Sin embargo, el tiempo pasaba y nadie aparecía. Quiroga sentía mucho frío y punzadas en el estómago, pero no quería abandonar su escondite. De repente sintió un reflujo que le subía hasta la garganta y devolvió. El ruido que hizo delató su presencia y la mujer se giró hacia donde había escuchado el ruido.

—Inor hor dago? – la joven intentaba encontrar con la mirada el origen de aquel sonido. Y preguntaba en vascuence si había alguien con ella.

Quiroga se había encogido tras el árbol y los helechos, y respiraba todo lo despacio que podía. Pero sentía náuseas y arcadas.

—Me ha envenenado, maldita bruja... Esas palabras eran el conjuro – mantenía sus quejidos en un susurro, pero fueron suficientes para que la mujer del pelo rojo desapareciera de la pradera sin dejar rastro.

Cuando Quiroga logró incorporarse de nuevo, aún encogido por las nauseas, vio que se había quedado solo. Miró a un lado y a otro, temeroso de que la bruja le acechara entre la maleza, pero comprendió que aquella mujer se había ido. Haciendo un descomunal esfuerzo salió del bosque y se acercó a la zona en la que la bruja había estado arrodillada y canturreando. Se agachó torpemente y tocó la hierba, fresca y húmeda por las primeras gotas de rocío. Allí no había más que briznas verdes y pequeñas flores amarillas.

—¿Qué buscabas, bruja?

Quiroga sintió un nuevo aguijonazo en el estómago y vomitó sobre la hierba. Tomó un poco de aire y se levantó despacio. Tenía que regresar de inmediato a la posada y acostarse. Rezaba para que aquel sortilegio no fuera muy potente; a fin de cuentas ni siquiera le había tocado, había lanzado el hechizo al aire así que no causaría el efecto que aquella bruja deseaba. Regresó a la espesura del bosque y se mantuvo junto a la rivera, esta vez despreocupado del ruido que podía hacer al pisar sobre el ramaje. Cuando llegó a la plaza tomó una enorme bocanada de aire y se dirigió hacia la fuente. Bebió a grandes tragos y entró en la posada. Nadie le había visto salir y parecía que nadie le vería entrar. Subió hacia su habitación y, una vez dentro, se quitó parte de sus ropas y se metió en la cama. Tenía mucho frío pero estaba sudando demasiado. Quiroga sólo quería dormir y superar aquel encantamiento.

Desde la ventana de la cocina de la posada, que daba a la plaza de la fuente, Telmo había podido ver la llegada a trompicones del inquisidor, sus esfuerzos por tomar aire y beber agua, y escuchó sus fuertes pisadas hasta que cerró la puerta de su habitación. Luego se fue a la cama.

CAPÍTULO VI

Por la mañana Quiroga abrió los ojos poco después de que saliera el sol. Al principio se sintió confundido, no estaba convencido del lugar en el que se encontraba. Miró a su alrededor e inspeccionó la habitación. Entonces recordó los dos días anteriores. Estaba en Arróyabe y ahora se encontraba tumbado en la cama de su habitación, en la posada del pueblo. Se relajó y miró al techo. Cerró los ojos y, súbitamente, los abrió de nuevo.

—La bruja – Quiroga se incorporó en la cama y recordó su escapada nocturna en busca del lugar del aquelarre. Muy deprisa fue viendo la fuente de la plaza, la rivera del Zadorra, la pradera y la mujer del pelo rojo sobre la hierba. Y revivió sus nauseas y los vómitos que aquella endemoniada le había provocado con su embrujo.

Todavía sentía el estómago inquieto, pero al menos los sudores se habían ido y no sentía tanto frío como cuando se metió en la cama. Quiroga se levantó despacio y se vistió, se acercó a la puerta de la habitación y salió a llamar al propietario.

—¡Posadero! Subidme el desayuno – se volvió para entrar en la habitación pero se detuvo – Daos prisa, he de estar en los interrogatorios en poco tiempo.

Telmo, el posadero, apareció en la planta baja para que el huésped supiera que le había oído, pero ya se había retirado. De todas formas, aquellos gritos los tenía que haber escuchado medio pueblo.

Mientras desayunaba sin muchas ganas, Quiroga recogió los dos expedientes que había venido a juzgar y recapituló mentalmente los testimonios que había escuchado el día anterior. Hoy sería el turno de las dos brujas, que aún desconocían que serían ellas las acusadas. De haber conocido que sus vecinos las habían delatado habrían escapado sin dejar rastro. Quiroga dejó gran parte del pan y el queso sobre la bandeja porque no tenía cuerpo para comer más. Cogió el cartapacio y salió apresuradamente hacia la Parroquia de la Asunción.

El fraile se sentó a la mesa de trabajo que tenía preparada en una pequeña sala, junto a la capilla. Tomó el primer expediente porque quería empezar por ella. Juana Ugarte. Bruja. Antes de entrar había dado orden al alguacil de que trajera a las dos sospechosas, Berta y Juana.

—Señoría, —le avisaron desde la puerta — ya han llegado.

Con un cansado gesto de la mano Quiroga indicó que las hicieran pasar. La primera en entrar de manos del alguacil fue Juana Ugarte, una mujer mayor, de pelo cano y mirada calmada que le observó detenidamente cuando la pusieron frente a él. Quiroga mantuvo los ojos en los de la mujer, desafiante, aguantando su mirada para demostrar que él era la autoridad en aquella sala.

—Siéntate — ordenó Quiroga —¿Sabes por qué estás aquí?

La mujer respondió negando con la cabeza.

—En este Santo Oficio no se acostumbra prender a persona alguna sin bastante información de haber dicho, hecho o cometido, o visto hacer, decir y cometer a otras personas, alguna cosa que sea o que parezca ser contra Nuestra Santa Fe Católica y Ley evangélica que tiene, predica, sigue y enseña la Santa Madre Iglesia Romana, o contra el recto y libre ejercicio del Santo Oficio — con estas palabras Quiroga leyó la fórmula que se utilizaba cuando el reo decía no conocer el motivo por el que se le había detenido.

Juana le miró sin apenas entender todo lo que acababa de escuchar y se mantuvo en silencio.

—¿Has sido bautizada? — preguntó repentinamente el fraile.

—Sí, señoría, dos días después de mi nacimiento.

—Luego supongo que procedes de una familia cristiana. ¿Acudían a misa diariamente tus progenitores?

—Todos los días de su vida, señoría. Mis padres eran buenos cristianos y cumplían con los sacramentos. Siempre fue así y lo mismo que ellos hicieron hasta el día de su muerte lo he hecho yo; y así será hasta el día que yo muera.

—Bien, me congratula escuchar eso. Dime, mujer, ¿ha habido herejes en tu familia?

—¿Herejes? – Juana respondió sorprendida – Nunca, señoría. Ni mis padres, ni los padres de mis padres han podido ser mejores creyentes ni más piadosos. ¿Por qué me preguntáis estas cosas?

—Debo saber si tengo que preocuparme por la salvación de tu alma.

—Mi alma no puede estar en peligro, señoría. Podéis preguntar en el pueblo, acudo a la iglesia y cumplo con mis obligaciones cristianas. Respeto mis oraciones diarias y llevo una vida austera y tranquila. ¿Quién puede pensar que...? – entonces Juana se detuvo.

—¿Sí? – esa duda fue aprovechada por Salazar para presionar levemente a su entrevistada.

—Nada, señoría. No es nada.

—Juana, creo que no eres consciente de la importancia que tu declaración tiene para ti. Será mejor que digas todo lo que creas conveniente – el estómago de Quiroga empezaba a protestar de nuevo y comenzaba a sentir pequeños pinchazos.

—Vino un hombre a la aldea – Juana bajó ligeramente la voz – Vendía pociones y ungüentos que él decía tenían poderes curativos. Se estableció una mañana entera en la plaza y quiso convencer a los vecinos de las bondades de lo que comerciaba. Decidí acercarme a ver qué ofrecía porque conozco las propiedades de algunas flores y plantas y quería saber si aquel hombre me podría enseñar algo que yo desconociera – sin saberlo, Juana estaba apretando un poco más la presión de Quiroga sobre ella – Pero era un embustero, señoría. Pretendía hacer pasar por bebedizos sanadores unos brebajes hechos a base de huesos de pollo, patata y algunas plantas aromáticas para confundir a las personas desconocedoras de lo que vendía.

—Y, ¿qué tiene que ver ese hombre con vuestra presencia aquí? – en esos momentos Quiroga estaba realmente confundido.

—Señoría, ese mercader se enfureció al saber que yo informé a los vecinos de que sus caldos no servían nada más que para hacer una buena sopa. Entonces se enfrentó a mí y al darse cuenta de que yo tenía conocimientos sobre aquellas cuestiones, me acusó de ser una vulgar curandera. Y entonces

dijo que yo era una bruja – entonces Juana calló.

—¿Bruja? Es una acusación muy grave, Juana.

—Lo sé, señoría. Por eso acudí a hablar con el párroco, porque necesitaba que me tranquilizara y me asegurara que lo que yo hago no tiene nada que ver con lo que la iglesia prohíbe en estos asuntos.

—¿Qué os dijo el sacerdote? – aquella respuesta le interesaba mucho a Quiroga aunque no podría contrastarla ante la ausencia del religioso de la aldea.

—Que no debía preocuparme, que ese hombre lo había dicho por despecho porque le frustré unas jugosas ventas y porque descubrí su farsa.

—Entiendo – Quiroga apuntó concienzudamente en sus informes —¿Qué me puedes decir de lo ocurrido con algunos niños del pueblo hace unos meses?

El fraile notó cómo la mujer se quedaba rígida y cambiaba su mirada. La intranquilidad que mostraba satisfizo a Quiroga porque quizá ahora había dado en el clavo.

—¿Juana? Debes contestar a mi pregunta.

La mujer se tomó unos segundos para responder.

—Hubo algunos niños que enfermaron por beber agua de la fuente de la plaza, señoría.

—Continúa.

—Los médicos que les vieron no fueron capaces de atajar su mal y una madre acudió a mí para que ayudara a los críos.

—¿Lo hiciste?

—Sí, señoría. Habían comido o bebido algo en mal estado y sus pequeñas tripas no estaban preparadas así que sufrieron una fuerte descomposición y altas fiebres. Pero se les pasaron pronto con lo que les di – la mujer no quería detallar lo que había hecho porque comprendía que aquel era un terreno

pantanosos para ella.

—¿Puedo saber qué les diste, Juana? – la voz de Quiroga parecía conciliadora, pero escondía las verdaderas intenciones del fraile.

—Agua caliente con ralladuras de sauge y un poco de romero, contra la fiebre, el dolor y los vómitos.

Quiroga siguió anotando lo que le decía Juana.

—¿Dónde aprendiste a curar con esas pócimas? – la pregunta pretendía resaltar que eran brebajes.

—No eran pócimas, señoría, sino infusiones – aclaró la mujer con contundencia – Y me enseñó mi madre.

—Según algunos testigos con los que he podido hablar, tú misma provocaste el envenenamiento de esos niños – en los interrogatorios de los comisarios no se solía informar al sospechoso de los cargos que pesarían sobre él en caso de ser detenido y llevado ante un tribunal inquisitorial, pero siempre se le daba cierta información que le ayudara a comprender que su situación empeoraría de no colaborar en las pesquisas. Quiroga miró de soslayo a la mujer para comprobar su reacción, pero le sorprendió su sosiego —¿No estás sorprendida?

Juana mantuvo el silencio y la vista perdida. No estaba sorprendida, estaba aterrada.

—Te estoy hablando, mujer – Quiroga levantó el tono – Se te acusa de envenenar a los niños para luego usar tus pócimas y salvarles.

—No, señoría, no... —ahora parecía que Juana se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo – Yo no enveneno niños, señoría. Cómo podéis pensar... quién ha podido decir que yo sería capaz de algo semejante, os juro por lo más sagrado...

—¡No blasfemes, mujer! —Juana se quedó paralizada – Tengo testigos que afirman que envenenaste a varios niños de la aldea y que luego aprovechaste tus conocimientos en hierbas y ungüentos para sanarlos y hacer creer a los vecinos que te necesitaban para no caer enfermos.

—Yo no envenené a esos niños, señoría. Sólo les curé los vómitos y las fiebres.

—Vómitos y fiebres que tú misma provocaste. ¿Cómo lograste sanar a esos críos? ¿Acaso tienes conocimientos médicos, mujer? Qué les diste.

—Señoría, soy sólo una campesina que conoce algunas plantas que tienen efectos sanadores en las personas. Mi madre me enseñó y a ella le enseñó mi abuela. Son sólo plantas.

—Entiendo, se trata de un linaje de curanderas que utilizan hierbas con poderes curadores que son desconocidos para los más avezados doctores – Quiroga apuntó algo en el expediente de Juana —¡Alguacil! Llévatela y trae a la otra mujer.

El fraile se sentó, casi se dejó caer. No se encontraba bien y tenía punzadas en el estómago. Pero la bruja no había logrado con su hechizo envenenarle hasta impedir que la interrogara, así que tendría que enfrentarse a él. Deseaba contemplar su cara cuando le viera en la sala sin haber caído bajo los efectos del embrujo de la pradera. Sintió un intenso dolor en el abdomen y esperó a que remitiera antes de empezar la pesquisa. A pesar de sus gruesos hábitos el húmedo frío de esos valles se le estaba metiendo en los huesos.

—Adelante, hacedla pasar—indicó con una mano al alguacil que llevara a su presencia a la mujer del pelo rojo.

Un instante después entraba en la sala la joven de tez nacarada que hacía que su melena contrastara intensamente con su rostro. Mantenía la mirada gacha, aunque Quiroga ignoraba si por respeto o por temor. O quizá por ambas cosas.

—Dime tu nombre, mujer – le espetó Quiroga.

La joven se mantuvo en silencio. Estaba tiritando y miraba fijamente al suelo – Levanta la vista y mírame cuando te hablo. ¡Mírame!

Entonces unos atemorizados ojos verdes se fijaron sobre Quiroga. Aquella mujer estaba aterrada y no era capaz de mirar al frente de forma continuada. Cada vez que levantaba la vista, Quiroga tenía la sensación de que aquellos

ojos no podían ser reales, parecían cambiar su tonalidad, incluso su color. Él podría haber jurado que eran verdes la primera vez que le miraron, pero ahora parecían tornar hacia un color meloso tras haber navegado por un suave pardo terroso. El religioso tuvo la sensación de tener frente a él a un monstruo y no a un ser humano.

—Te he dicho que me digas tu nombre.

—Berta, señoría... Berta Goiburu – dijo la joven en un susurro.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—No, no... señoría – su voz apenas era audible.

—Habla más alto, mujer. No te oigo.

—No, señoría – los temblores de Berta hacían que su voz fuera aún más débil.

—Según las denuncias que han llegado a la Santa Inquisición en este pueblo se están dando acontecimientos inquietantes que pueden poner en peligro a los buenos cristianos que lo habitan. Incluyéndote a ti, Berta – Quiroga obvió la fórmula porque deseaba acabar lo antes posible.

La verde mirada de la joven se había fijado repentinamente en la figura del fraile al escuchar sus últimas frases.

—Hay varios testigos que han jurado sobre la santa Biblia estar dando testimonio cierto y declaran que hay personas de esta aldea que realizan actividades que no son acordes a la fe cristiana. Y, tras analizar sus declaraciones, puedo concluir que dicen la verdad – volvió a mirar a la mujer – ¿Quieres decir algo?

Berta le siguió mirando en silencio.

—De acuerdo, tomaré tu falta de respuesta como una aceptación de los hechos tal y como te los he presentado.

—Yo no practico actividades inquietantes, señoría.

La voz de la mujer pelirroja tenía un tono ligeramente desafiante y eso hizo

que Quiroga se sorprendiera.

—No he dicho en ningún momento que tú puedas ser una de ellas. Sin embargo, si tú misma supones que has sido acusada por otros, quizá eres consciente de que tu conducta no es del todo adecuada.

—No sé quiénes son esos testigos de los que habláis pero no pueden acusarme de tener un mal comportamiento porque... no es verdad, señoría. Es imposible que hayan dicho eso de mí. No debéis creer lo que os hayan dicho.

LO MISMO DE ANTES

Quiroga miró con dureza a la joven.

—Claro que puedo. Y lo hago. Porque uno de esos testigos soy yo mismo.

El desconcierto invadió la mirada de Berta.

—Señoría, yo no os conozco, vos nunca me habéis visto...

—Ayer por la noche, en el aquelarre.

—¿Aquelarre? – la joven miró al alguacil que seguía presente en la sala —
¿Qué aquelarre?

—El que gracias a Dios interrumpí. Si no me hubieras oído entre la maleza, en la pradera, habrías reunido a toda tu cohorte de brujas.

—Pero, señoría, no...

—¿Me acusas de mentir, mujer?

—No, señoría, nunca se me ocurriría. No. Pero no iba a ninguna reunión de brujas, estaba recogiendo... yo sólo recogía flores.

—En la oscuridad, sola y conjurando a más brujas en vuestra lengua secreta – Quiroga parecía un depredador sobre su presa – Yo mismo te vi... recogiendo flores.

En ese momento un duro gesto de dolor cruzó el rostro de Hernán de

Quiroga, que se retorció ahogando un quejido. Aguardó unos instantes a que se dispase, bajo la atenta mirada del alguacil y de Berta. Cuando pudo recuperar la compostura miró con rabia a la joven del pelo rojo.

—¡Llévatela, alguacil! Luego seguiré con ella.

Quiroga cogió el vaso de agua que tenía sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre los brazos. Necesitaba descansar un poco y tomar aire antes de continuar.

—Señoría, cómo os encontráis – el alguacil había regresado rápidamente y con gran preocupación —¿Queréis que avise a algún doctor?

—No, no es necesario. Sólo necesito un poco de tiempo y tomar algo de aire. Volved con ella y vigiladla. Continuaré enseguida con las preguntas, en donde la tengáis presa.

—Sí, señoría.

Quiroga sintió una fuerte náusea pero no llegó a devolver. Respiró profundamente y cerró los ojos. La simple presencia de la bruja hacía que su estado empeorara, así que debía solventar con rapidez el interrogatorio y alejarse de ella lo antes posible. Miró el vaso de agua con intención de beber un último sorbo, pero se lo pensó mejor y decidió no tentar la suerte y dejar tranquilo su estómago. Recogió los papeles de la bruja y se dirigió a la pequeña sala donde se encontraba encerrada.

Cuando entró la mujer estaba arrodillada en el suelo, en silencio y respirando con fatiga. Al sentir la presencia de Quiroga levantó la vista, suplicante y asustada.

—Déjame a solas con ella – ordenó Quiroga al alguacil.

La joven miró con desesperación a quien la había vigilado con amabilidad hasta entonces, gesto que no escapó a la mirada del religioso.

—¿Prefieres que te haga las preguntas el alguacil? – preguntó Quiroga con sarcasmo – Créeme, saldrías perdiendo pues su impericia inquisitorial, su desconocimiento de las leyes le llevarían a condenarte sin el más mínimo atisbo de duda. Estás a tiempo de cambiarme, mujer, si lo deseas.

Miró fijamente a la joven y esperó su respuesta. En realidad, lo que ella contestara no tenía valor alguno pero era una forma de intimidarla.

—¿No? Entonces continuaré yo con las preguntas – Quiroga echó un vistazo a los papeles – Tú no eres de Arróyabe, ¿verdad? ¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu familia?

—No soy de aquí, señoría. Vengo del norte. Y no tengo familia – entonces bajó de nuevo la vista al suelo.

—Bien, gracias por responder con claridad. Aunque necesito que especifiques tu procedencia. El norte es muy extenso.

La joven miró de reojo a su interrogador.

—Vengo de... un pueblo bastante lejano, señoría.

—Y, ¿no tiene nombre ese pueblo?

—Pero llevo viviendo aquí más de media vida. Se puede decir que soy de Arróyabe, señoría.

—Se puede, sí. Pero no lo eres. Di el nombre de tu pueblo – la joven callaba – Tu falta de colaboración sólo te perjudica, ¿lo entiendes?

La joven dudó un par de segundos y miró a los ojos a Quiroga.

—Mi familia era de Zugarramurdi, señoría.

—¿De Zugarramurdi? – el fraile aparentó sorpresa a pesar de que conocía la respuesta —Entiendo tu reticencia a nombrarlo. Bien, Berta, ahora necesito que me digas qué ocurrió con tu familia.

—Os lo he dicho, señoría, yo no tengo familia.

—¡No quieras jugar conmigo! Si ahora no la tienes, la tuviste. Qué ocurrió con tu familia —en ese momento el dolor volvió a golpear las tripas de Quiroga, que ahogó un gemido y se encogió ligeramente. La joven le miró confundida y se irguió un poco.

—¿Estáis bien?

—Tu familia, qué les ocurrió – Quiroga se incorporó como pudo —
¡Dímelo!

—Señoría, por favor... —Berta no quería volver a pasar por lo que habían pasado sus padres – Yo no soy mi madre. Ella murió. Por Dios, murió en la cárcel, sola, enferma, – la joven comenzó a llorar – acusada de ser bruja. Y mi padre murió poco después en la prisión de Logroño.

En ese momento Quiroga dobló el cuerpo y bajó el rostro hasta sus rodillas. No soportaba el dolor. Berta intentó ayudarle.

—No te acerques a mí. Esto es culpa tuya.

—¿Qué? – de nuevo la sorpresa invadía la mirada de la joven.

—Del hechizo que lanzaste anoche contra mí, en la pradera – otra punzada en el estómago.

—No hice tal cosa... no sé hacer esas cosas.

Quiroga dejó de hablar hasta que el dolor pasase, pero esta vez tardaba más en desaparecer. Sentía el cuerpo bañado en un frío sudor que le estaba helando. Agarró con fuerza la mesa como si al apretarla pudiera mitigar las punzadas, pero aquellos agujonazos en el vientre no tenían intención de suavizarse. Entonces sintió que una mano envolvía la suya y un brazo rodeaba su espalda.

—Estirad el cuerpo, señoría, venid, intentad tumbaros en el suelo.

Quiroga acertó a levantar ligeramente la vista y pudo ver el suave rostro de la joven junto al suyo.

—Déjame, no me toques – pero su cuerpo apenas le respondía, así que se dejó llevar y se tumbó sobre la fría piedra. Tenía los brazos agarrotados sobre el abdomen y no podía estirar las piernas, pero la joven le tocó con suavidad las rodillas y poco a poco le hizo bajarlas.

—Debéis relajaros. Así el dolor no será tan intenso.

Con lentitud, el cuerpo de Quiroga parecía recobrar su estado natural. La

joven le tomó ambas manos y le estiró despacio los brazos.

—Dejad que os seque la cara, estáis empapado en sudor.

Berta cogió un paño que llevaba atado a la muñeca y lo pasó por el rostro de Quiroga mientras le intentaba tranquilizar hablándole en susurros. Lentamente el monje se desentumecía y lograba sosegar su cuerpo, pero no su espíritu.

—Esto es culpa tuya, bruja.

—Tranquilo, no habléis – al pasar de nuevo el paño sobre la cara de Quiroga un largo mechón pelirrojo arropó el rostro del religioso que, al sentirlo, abrió los ojos con sobresalto. Pero se encontró con unos cálidos ojos verdes que le querían calmar ya sin palabras, pues Quiroga empezaba a perder la consciencia y no alcanzaba a escuchar la tenue voz de la joven.

Quiroga sintió que su mente iba a perderse en la bruma del sueño y en un arranque de desesperación, al sentir la soledad del vacío que parecía acercarse, cogió con fuerza las manos de Berta e intentó pedirle que no le dejara solo. Sin embargo sus palabras no llegaron a surgir de su boca. Aun así, aquella mujer de pelo anaranjado entendió su súplica y le devolvió suavemente el gesto. Los ojos de Quiroga se cerraron y fue él quien dejó sola a Berta.

En ese momento entró el alguacil y miró con terror la escena.

—Qué le has hecho, Berta – la apartó con un fuerte empujón y la lanzó contra el suelo – Maldita bruja, no te muevas de ahí.

—No le he hecho nada, se ha desmayado... está enfermo – Berta quiso incorporarse pero el alguacil se lo impidió.

—Te he dicho que no te muevas.

El alguacil cogió a Quiroga por debajo de los brazos y le arrastró fuera de la celda sin quitar los ojos de Berta. Luego cerró con llave. Ella se quedó en el suelo y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, sin apenas aspavientos. Si tenía una mínima esperanza de convencer a aquel hombre de que no era una bruja, acababa de escaparse tras aquella puerta.

CAPÍTULO VII

Alonso de Salazar había visto interrumpido su viaje a Burgos. Un correo desde el monasterio de Urdax, por el que había pasado unos días antes, le avisaba de que en la aldea de Arróyabe se estaba realizando una pesquisa inquisitorial a cargo de un fraile, Hernán de Quiroga, que había caído repentinamente enfermo. Le rogaban que se desviara en su camino para así poder atender los asuntos de la pesquisa y comprobar que fray Hernán estaba siendo tratado adecuadamente. Estaba de camino a casa para resolver algunos asuntos familiares pero no revestían una urgencia insuperable, así que aquel cambio de ruta no le supondría una contrariedad.

Conocía de sobra aquellas tierras. Cinco años antes había recorrido durante ocho largos meses todos los lugares en los que iban apareciendo declaraciones de supuestos brujos, todas ellas propiciadas por el auto de gracia que la Suprema había concedido. Al conocerse la existencia de dicha medida, de todos los pueblos de la zona comenzaron a aparecer brujos confesos y reconciliados con anterioridad que ahora, ante la posibilidad de hablar de su condición bruja sin sufrir aún mayor pena, decidían acudir al inquisidor para reconocer que su confesión no había sido tal, pues había presiones, influencias, amenazas e incluso torturas que les habían llevado a inculparse como miembros de una secta de brujos de la que no sabían nada ni habían oído hablar.

Alonso de Salazar Frías conocía de primera mano aquellos problemas. No en vano era inquisidor del tribunal de Logroño, el que en 1610 había juzgado casos tan dramáticos como el de las brujas de Urdax y de Zugarramurdi. Su incorporación al tribunal se produjo cuando las pesquisas ya habían comenzado y algunos de los encausados se encontraban en las prisiones de Logroño, lo que le supuso un mayor esfuerzo para ponerse al cabo de todos los procesos que se habían abierto y las circunstancias de cada uno de ellos. Sus colegas, más experimentados, no se lo pusieron nada fácil. Más bien al contrario, ya que Juan de Valle y Alonso de Becerra eran unos profundos convencidos de la existencia no sólo de las brujas sino de una gran secta bruja que actuaba por el norte de España y se extendía poco a poco en

busca de nuevos adeptos. Él mismo se vio arrastrado en los primeros meses por el ímpetu de los otros dos inquisidores, pero la creencia en brujos, hechizos, ungüentos y escobas voladoras no le había conquistado. La misma Inquisición española no era partidaria de dar importancia a estas denuncias y defendía que eran más un fruto de la imaginación de las personas que de la presencia de brujas.

Sin embargo, algo ocurrió con los hechos que se juzgaron en el proceso de Logroño que se llegó a traspasar una línea que durante más de ochenta años se había respetado. Durante todo ese tiempo no se había quemado en la hoguera a nadie acusado de ser brujo. Pero la pertinaz insistencia de sus colegas terminó con seis personas en las llamas, más otras quemadas en efígie pues habían fallecido enfermas en la cárcel, y otras reconciliadas y con diferentes condenas por unas confesiones que él denunció como inapropiadas y nada convincentes, a la vista de cómo se habían llevado a cabo las diligencias durante el proceso. Esta postura le obligó a mantener arduos enfrentamientos con Valle y Becerra, discusiones encendidas para defender lo que a sus ojos era obvio, y es que no había ni una sola prueba o evidencia que sustentara con una mínima firmeza la existencia de brujos, ni en aquellas tierras ni en ninguna otra. Sin embargo sus argumentaciones, sus explicaciones, sus constantes peticiones de sentido común cayeron en un pozo de incompreensión y se siguió adelante con el proceso y, lo más vergonzante para Salazar, con las ejecuciones.

Dos años después, como era preceptivo, la Suprema ordenó que se realizara la visita por las zonas bajo la jurisdicción del tribunal de Logroño. El turno le correspondía a Salazar y la Suprema exigió que la realizara él solo, lo que incomodó a sus dos colegas pues no podrían tener controlado al inquisidor díscolo al que ya muchos acusaban de convertirse en defensor de las brujas, en su mejor abogado. Tras el auto de fe de 1610 se promovió desde el tribunal, sin la aquiescencia de Salazar, que religiosos de diferentes iglesias, parroquias y monasterios recorrieran el norte de Navarra y del País Vasco para advertir a sus habitantes del peligro real que existía de que la secta de brujos continuara extendiéndose a pesar del duro castigo que había sufrido en Logroño. Desde los púlpitos se hablaba con crudeza y extrema claridad a los feligreses de los actos abominables que se consumaban en los

aquejarres, de cómo los niños eran raptados para convertirlos en brujos y seguidores del Demonio, de las aberraciones carnales que se llevaban a cabo y del peligro que suponía la mera existencia de esa secta para la vida de los buenos cristianos, de sus familias, de sus animales y de sus cosechas. Todos estos fervorosos predicadores invitaron sin caer en el desaliento a todos aquellos que quisieran regresar al buen camino a confesar sus pecados brujeriles y a denunciar a quienes no se decidieran a hacerlo. Si la situación previa al auto de fe desbordó a la Inquisición, lo que ocurrió tras las ejecuciones y las prédicas posteriores fue un caos que tuvo a la misma Inquisición pendiente durante casi un año, cada semana que pasaba, de un asunto que en otras circunstancias habría pasado desapercibido.

El miedo a ser acusado de pertenecer a la secta de los brujos, de ser uno de ellos y de poder terminar en las llamas como los pobres desgraciados de Logroño llevó a decenas de personas a confesar o denunciar. Pero la intención de Salazar no era defender a ninguna bruja ya que no se puede ser defensor de aquello que ni siquiera existe. Lo que el inquisidor consiguió de la Inquisición fue un auto de gracia para que quienes se confesaran o denunciaran no se vieran castigados. El problema añadido fue la gran cantidad de retractaciones que comenzaron a llegarle a Salazar en su visita, personas que le reconocían haber confesado falsamente o denunciado con mentiras, obligados por sus propias familias, por las presiones de los vecinos, las amenazas y torturas incluso perpetradas por miembros de Iglesia. Quiso el inquisidor que aquella locura terminara y solicitó, por un lado, silencio y máxima discreción a todos los que se acercaban a hablar con él incluyendo en el edicto de gracia la promesa de sigilo para quienes se acogieran a ella; por otro, pretendió y logró de la Suprema, con la ferviente oposición de Valle y Becerra, poder hacer él mismo las revocaciones y dejar sin efectos las condenas de quienes se ampararan en la medida de perdón.

Sin embargo parecía que no se había conseguido acabar con aquellas insensateces pues de nuevo le tocaba lidiar con un caso de brujería. Salazar deseaba que éste y los demás que se estaban dando fueran los últimos coletazos de vida de una bestia tan volátil y tan dañina como el humo de las hogueras del cadalso.

El carromato que le llevaba entró con cuidado al pueblo de Arróyabe,

intentando evitar los charcos de lodo que todavía se mantenían tras las lluvias de días anteriores. La noche había caído y el cielo estaba claro, con una luna llena vigilante que alumbraba la vía, y un intenso frío que Salazar deseaba perder de vista lo antes posible. El carromato bajó el último tramó y entró en la plaza, rodeó la fuente del centro y se detuvo frente a la posada.

—Ya hemos llegado, señoría – anunció el joven que tiraba del caballo. Puso pie en tierra y abrió la puerta para que el viajero pudiera descender con su ayuda.

—Muchas gracias, Rafael – Salazar se aferró a la mano que le ofrecía el joven y descendió con cuidado.

—En seguida entro con su equipaje señoría.

La puerta de la posada se abrió y apareció un hombre de pelo blanco que se acercó solícito al inquisidor.

—Don Alonso, le estaba esperando. Soy Telmo, el posadero. Su habitación ya está preparada.

—Buenas noches, Telmo – Salazar sonrió afable – No sabéis cómo me alegro de estar por fin aquí. No es un viaje fácil encontrar Arróyabe.

—Ésta es una aldea muy pequeña, señoría, hay un camino que entra y por ahí mismo se sale – el posadero ayudó a Rafael a meter algunos de los enseres del inquisidor en la posada.

—Rafael, pasa esta noche en la posada y mañana parte hacia Burgos con el resto del equipaje – Salazar se acercó a los tres arcones que quedaban por bajar – No sé cuánto tiempo tendré que estar aquí y no quiero hacerte perder varios días a la espera de que esto se resuelva.

—No es molestia ninguna quedarme, señoría.

—Prefiero que partas hacia Burgos, Rafael. Así tendrás unos días de descanso hasta que yo llegue, no pienses que pretendo librarme de ti.

—No lo conseguiríais aunque quisierais, señoría – el joven rió con ganas.

—Entonces, Telmo, vayamos adentro.

—Si queréis podéis calentaros en la chimenea de la planta baja, señoría, os traigo un poco de sopa y pan y mientras subo vuestro equipaje.

—Sois muy amable, Telmo. Os haré caso. ¿Cómo se encuentra el enfermo? Me imagino que habéis estado vos a su cuidado.

—No muy bien, señoría – el gesto del posadero se mudó y pareció preocupado – El doctor le visitó ayer noche y me dejó preparado un brebaje para fray Hernán. Pero no cambió su malestar en toda la noche, incluso para mí que empeoró. Según el doctor sufre un mal intestinal que no sabe con precisión de dónde procede y como tiene fiebres muy altas y no logra mantener dentro nada de lo que ingiere, pues el doctor se quedó intranquilo y me dijo que tenía que conseguir que bebiera y comiera. Perdonadme, señoría, porque no lo he conseguido, el pobre fraile devuelve todo al instante. Ahora está con fray Hernán el hijo de un vecino, para no dejarle solo. El médico ha vuelto esta mañana y ha insistido en lo mismo, pero no ha mejorado en todo el día, e incluso me ha insinuado que es una señal que un sacerdote venga a ayudarle en sus menesteres por si hiciera falta, ya sabe...

—¿La extremaunción? – el inquisidor enarcó las cejas.

—Yo tengo la impresión de que el brebaje no es efectivo, señoría, pero no soy más que un posadero.

—¿Cómo está ahora?

—Hace un rato he pasado a verle y estaba dormido, aunque sudaba y decía cosas.

—Bien, en seguida subiré a verle, pero necesito entrar en calor antes de nada.

Salazar se dirigió a la parte izquierda del gran zaguán de la casa y se acomodó en una gran silla de madera, junto al fuego, mientras el posadero se dirigía a la cocina. El cuerpo agradeció de inmediato la cercanía de las llamas después de los fríos que les habían acompañado desde su salida de Logroño.

—Tomad, señoría – el posadero traía un cuenco, un cucharón y un mendrugo de pan – un poco de sopa de pollo y acelgas.

—Muchas gracias, Telmo.

El inquisidor dio buena cuenta de aquellas sencillas viandas y las disfrutó con calma. Cuando vio que el posadero había subido todo su equipaje se levantó.

—Una sopa deliciosa, Telmo. ¿Dónde os dejó el cuenco?

—Señoría, por favor, ya lo llevo yo a la cocina.

Salazar decidió entonces subir a ver a fray Hernán. Recorrió las escaleras que subían hacia las habitaciones y se arrimó a la puerta de la habitación del fraile. Llamó suavemente dos veces pero no obtuvo respuesta, así que entró con cuidado de no hacer mucho ruido.

Quiroga yacía en su lecho desde hacía dos días, sufriendo fiebres y temblores, delirando entre ensoñaciones y temores que en algunos momentos le arrancaban alaridos de miedo o de dolor, no era fácil distinguirlo. Pero en ese momento parecía estar más tranquilo. Junto a él velaba un joven del pueblo a quien le habían ofrecido unas monedas por mantenerse junto al religioso hasta que recuperara al menos la conciencia. Salazar abrió levemente la puerta y descubrió al joven acurrucado en una manta sobre el frío suelo. Decidió despertarle para que pudiera regresar a casa.

—Hijo, despierta – el muchacho estaba profundamente dormido y no respondía a los suaves golpes en el hombro – Vamos, abre los ojos.

Entonces el crío reaccionó y miró con sorpresa al desconocido.

—Tranquilo, no ocurre nada – le tranquilizó Salazar – Puedes regresar a tu casa. Esta noche me quedaré yo.

La edad le hacía dormir cada vez menos y había dado una pequeña cabezada en el viaje así que no tenía necesidad de acostarse por el momento. Él podría trabajar en el escritorio de Quiroga y estudiar los interrogatorios que ya estaban en los documentos. Salazar sacó los primeros legajos que tenía en el arcón, miró de reojo a Quiroga y vio que sudaba y respiraba con cierta dificultad. El médico le había visitado por la mañana y había diagnosticado un fuerte enfriamiento que le había debilitado hasta el punto de

hacerle devolver todo alimento, sólido o líquido, que pretendiera ingerir. Según el galeno era necesario que se combatiera ese frío que tan dentro del cuerpo había llegado cubriéndole con gruesas mantas y calentando la ropa de su cama con un brasero. Desde que el médico marcó estas pautas Quiroga había sido tratado según ellas. Sin embargo no mejoraba. Salazar le miró preocupado, intrigado, y se acercó para tocarle el rostro. Estaba ardiendo. Lo primero que pensó es que quizá el médico había errado en el diagnóstico o en el tratamiento, pero apenas llevaba unas horas en esa situación, habría que darle un poco más de tiempo.

Volvió a sentarse y buscó uno de los expedientes. Juana Ugarte, vecina del pueblo de Arróyabe y acusada de bruja, como tantas otras. El delito que se le atribuía oficialmente era el de tener relaciones con un demonio y haber envenenado las aguas que regaban la fuente principal del pueblo, lo que había provocado la enfermedad de una decena de niños. Según los testimonios de los testigos algunos niños habían escupido sapos muertos. La explicación que la mujer dio en su defensa fue que no se trataba de sapos, sino de restos de comida que los niños no habían podido ni siquiera digerir. Lo curioso del caso es que al enfermar los niños, los padres de los pequeños acudieron, tras el fracaso del doctor, a la propia Juana para que les curara, algo que consiguió en un par de días. Pero incomprensiblemente, aquello fue lo que llevó a alguien a denunciarla como envenenadora de niños. El testigo principal de la causa, un comerciante ambulante que ya ni siquiera estaba en el pueblo, la acusó de envenenar a los niños para luego ser la única con poder para curarlos y, así, darles el brebaje adecuado para controlar después su voluntad. Después se unió otro dedo acusador que avisó al párroco y el proceso se puso en marcha. Salazar estaba cansado de ver aquellas farsas en las que una persona emponzoñada escupía su bilis contra un inocente por el simple gusto de sentirse poderoso y capaz de destruir la vida de otro. Lo había visto demasiadas veces y no alcanzaba a entender por qué se repetía con esa frecuencia, por qué había tanta gente sombría y sin conciencia.

Quiroga comenzó entonces a gemir con fuerza; Salazar se acercó y le puso la mano sobre la frente. Estaba ardiendo y sudaba intensamente, se retorecía con agudos dolores y el inquisidor no era capaz de detener sus escorzos sobre la cama. Era de noche y el médico había continuado su visita y estaba lejos

de Arróyabe, así que Salazar tomó una decisión. Salió de la habitación y se asomó a la baranda de las escaleras buscando al posadero en la planta baja.

—Telmo – Salazar no quería despertar al resto de huéspedes – Telmo, ¿podéis oírme?

Unos segundos después, el posadero asomaba la cabeza junto a la barandilla.

—¿Me estáis buscando, señoría?

—Telmo, ¿podríais hacerme un favor? Necesito que acudáis a prisión y le digáis al alguacil, de mi parte, que traiga urgentemente a Juana Ugarte – Salazar esperaba la reacción de sorpresa del posadero – Sí, Telmo, necesito ahora mismo a esa mujer. No olvidéis decir que yo os envío. Vamos, daos prisa.

Salazar volvió a la habitación de Quiroga, cerró la puerta y se sentó al escritorio. Entonces Quiroga abrió los ojos y dio un respingo sobre la cama. Salazar se levantó rápidamente y se acercó a él.

—Hernán, soy Alonso. ¿Me oís? – Salazar tomó la mano de Quiroga, que le miró con miedo – Tranquilo, estáis en la posada, conmigo. Me han enviado desde Urdax al saber de vuestro estado. Debéis estar tranquilo.

—El dolor me está consumiendo por dentro – el fraile se retorció y apretaba con fuerza la mano de Salazar – Siento las tripas llenas de carcoma y el cuerpo me quema.

—Lo sé, pero debéis aguantarlo un poco más. Rezad con fuerza como hago yo para que al menos el padecimiento se relaje.

—El doctor me dio un remedio, me dijo que estaría bien en poco tiempo.

—Lo sé, pero me temo que no está surtiendo el efecto previsto. Confiad en mí. He hecho llamar a alguien que sabrá cómo aliviaros – Salazar sabía que el fraile se negaría a dejar que Juana Ugarte se le acercara, así que consideró que no era necesario decírselo. Su vida parecía pender de un hilo y no estaba dispuesto a dejar de intentar salvarle.

—Llamad a un médico, os lo ruego. Siento mis entrañas en carne viva.

—Tranquilo, el médico ya os dejó su tratamiento y, sin embargo, empeoráis por momentos así que necesitamos que os vean unos nuevos ojos.

—Llamad a quien sea. Sólo ruego que este dolor desaparezca. Por Dios que es un auténtico tormento.

—Rezad conmigo, Hernán. Respirad lo más despacio que podáis y recemos. Os calmaréis mientras llega la ayuda.

Quiroga hizo un leve amago de detenerse e intentar pronunciar una oración, pero las punzadas de dolor le impedían incluso tomar aire con serenidad.

—No puedo, no lo soporto – de nuevo comenzó a encorvarse y girar de un lado a otro en busca de un alivio aunque fuera momentáneo – Dadme lo que sea, por Dios, pero conseguid que esta tortura se termine.

—Intentad aguantar unos instantes más, ella está de camino – en ese mismo instante Salazar se dio cuenta de que había hablado demasiado rápido y deseó que Quiroga estuviera lo suficientemente afectado como para no haber reparado en sus palabras.

—¿Ella? – el inquisidor se había equivocado – Quiero un médico, Alonso. Necesito que me quiten el dolor y estas fiebres – de nuevo un quejido —¿A quién habéis mandado llamar?

—A Juana – Salazar no vio sentido en querer engañar al fraile.

—¿A la bruja? – entonces Quiroga miró a Salazar enfurecido – Pero, ¿qué os proponéis? No. No quiero que esa mujer se acerque a mí. ¡No!

—Hernán, escuchadme, el médico no da con vuestro mal y el tiempo pasa. Dejad que esa mujer os vea y os dé su opinión.

—Fue la bruja pelirroja la que me hizo enfermar. Y esa vieja casi mata a una decena de niños envenenándolos. Quiero un médico que termine con este sufrimiento. ¡Traed a un médico!

—¿Qué decís? – Alonso de Salazar acababa de dejar en segundo plano los padecimientos del fraile pues a él le habían dicho que había caído enfermo,

nada le habían hablado de un hechizo ni de encantamientos brujeriles —¿Qué una bruja os ha hecho enfermar con un conjuro?

—Llamad a un doctor en medicina, Alonso.

—Le haré llamar de nuevo – enfatizó estas palabras – en caso de que no mejoréis con Juana. No pienso arriesgar vuestra vida dejándola de nuevo en un galeno negligente aunque vos prefiráis este tormento a aceptar la visita de esa mujer.

—Os lo he dicho, ¡no! Dejadme en las manos de los médicos y en las manos de Dios. Si en algo valoráis la fe que tengo en nuestro Señor no os inmiscuyáis en mis deseos. Rezo piadosamente mis oraciones implorando a nuestro Señor su compasión para que me sane – dijo Quiroga enrabiado a modo de negación definitiva a la propuesta de Salazar.

El abogado acercó entonces su rostro al de Quiroga y sin apenas mirarle le dijo:

—¿Y si ella fuera la respuesta a vuestras oraciones?

CAPÍTULO VIII

Quiroga había caído de nuevo en las brumas que le provocaba la fiebre. A pesar del acaloramiento que le produjo la conversación con Salazar, o quizá como consecuencia de ella, el cansancio le pudo y se perdió en un profundo sueño, tan inquieto como los anteriores.

Llamaron tímidamente a la puerta. Salazar salió de su ensimismamiento, echó una mirada a Quiroga y se levantó. Deseaba con toda su alma que aquella mujer lograra sanar al fraile. Ninguno de estos procesos era fácil, pero menos aún lo sería si había que enterrar a un enviado de la Inquisición. Salazar abrió despacio la puerta, intentando que los goznes no hicieran mucho ruido. Vio a Telmo iluminado por la luz del candil pero no acertaba a adivinar el rostro de la mujer que lo acompañaba.

—Pasad, por favor – Salazar les abrió el paso a la habitación.

Telmo entró en la estancia y se giró en busca de Juana, que se había quedado en el umbral sin atreverse a dar un paso más.

—Juana, entrad – Salazar se acercó a ella abriendo ligeramente los brazos para invitarla a seguir a Telmo.

Los ojos de Juana mostraban el temor que le producía la cercanía de los dos religiosos. Quiroga la había acusado dos días antes de brujería y la había encerrado en prisión. Si Telmo no estuviera con ella habría escapado de aquella estancia sin dudarlo. Miró a Salazar con recelo pero se dio cuenta de que la mirada de aquel hombre era diferente, transmitía bondad y respeto. Juana miró entonces a Telmo pidiendo consejo con los ojos y el hombre asintió levemente, indicándole que podía confiar en Salazar. La mujer se adelantó unos pasos hasta quedar casi en el centro de la alcoba del religioso.

—Tranquila, Juana, no debéis temer nada. Dejad que os explique por qué os he hecho llamar. ¿Queréis un poco de agua, quizá algo de vino?

Juana negó con la cabeza. Prefería no aceptar ningún ofrecimiento del inquisidor.

—Por favor, acercaos a la cama —Juana dio los pocos pasos que la separaban del lecho de Quiroga. Salazar se situó junto a ella – Lleva dos días enfermo. No admite alimento ni bebida y, como veis, suda con profusión. Su temperatura es muy alta, tiene delirios y parece haber perdido la consciencia. No conoce ni responde. Le ha visto el médico pero ha sido incapaz de dar con su mal, aunque ha estado elucubrando sobre un posible envenenamiento.

Al escuchar esa palabra Juana se sobresaltó y miró aterrada a Salazar.

—No temáis, Juana, confiad en mí. Sé de qué os han acusado y sé que es una gran mentira. Sé que no sois culpable – Salazar hizo un profundo silencio antes de continuar – Estoy seguro de que podéis ayudarle. Por favor.

—Señoría... —fueron los primeros sonidos que salían de su boca – Yo no soy médico ni tengo los conocimientos del doctor que le ha visitado. Si él no ha podido averiguar...

—Juana, escuchadme, – Salazar tomó a Juana por las manos – si fuisteis capaz de salvar a esos niños, podéis ayudar a fray Hernán. También los doctores visitaron a los niños, pero vos los curasteis. Yo no dudo de vuestras capacidades. No dudéis vos de ellas.

Juana miró a Quiroga y luego a Telmo, pero terminó con sus ojos en Salazar.

—Necesitaré algunas cosas, señoría.

—De acuerdo, Telmo irá a por ellas – Salazar cogió el candil que llevaba el posadero —¿Están esas... cosas en vuestra casa?

Cuando Juana habló de *cosas* los tres entendieron que se refería a las hierbas y ungüentos que usaba como curandera y que habían sido para muchos, incluido el enfermo Quiroga, prueba irrefutable de su condición de bruja.

—No exactamente, señoría – Juana miró nerviosa a Telmo.

—Decidle a Telmo dónde guardáis vuestros elementos de trabajo y él los recogerá.

—Sí, señoría – Juana se dirigió al posadero – Telmo, debes buscar las

hortensias que están en la parte trasera de mi casa, junto a la huerta. Entre todas las flores rosas hay una pequeña planta de flores violetas. Escondida detrás de ella encontrarás una caja. Eso es lo que necesito.

—Vamos, Telmo, no perdamos tiempo – el posadero salió apresuradamente de la habitación —¿Podemos hacer algo mientras tanto?

—Deberíamos quitarle la ropa, señoría—Juana no se atrevió a tocar a Quiroga—Si lleva sudando dos días sus ropas y luego pediremos a Telmo que las ponga abajo, frente al fuego.

—Perfecto, —Salazar se acercó a Quiroga – yo le quitaré las ropas y os las entregaré para que podáis colocarlas por la habitación y que así se vayan secando.

Mientras Salazar y Juana tendían las ropas del enfermo por los muebles de la habitación, Telmo llegó con la caja que le habían enviado a buscar. Juana le miró y le indicó con los ojos que la dejara en el suelo, junto a los pies de la cama. Salazar comprobó que Quiroga estaba desnudo por completo y se dirigió al posadero.

—Telmo, necesito ropa de cama limpia y seca, por favor. Juana, ¿necesitáis algo más?

—Agua fría y agua hirviendo, señoría.

De nuevo Telmo salió de la habitación en busca del encargo. Juana se acercó a la caja, se arrodilló y la abrió con cuidado. Salazar no pudo evitar acercarse y contemplar con sus propios ojos los secretos de la bruja. Juana le dedicó entonces una mirada desconfiada.

—Disculpad mi curiosidad – Salazar se apartó un poco—No es asunto mío.

—No tengo nada que ocultarle, señoría, podéis ver lo que contiene.

—Os lo agradezco, Juana – el inquisidor volvió a curiosear el contenido de la caja. Se arrodilló junto a la mujer y echó un vistazo. A pesar de alumbrar el interior de la caja con el candil todo lo que podía percibir estaba muy oscuro. Salazar incluso tenía cierto reparo en acercarse demasiado por si pudiera saltarle alguna cosa a la cara. Juana percibió aquella preocupación.

—No temáis, señoría, no se trata más que de hierbas e infusiones. Las serpientes, arañas y murciélagos sólo están en la cabeza de los ignorantes – dijo con seriedad.

Al oír aquello Salazar miró fijamente a Juana.

—¿Qué habéis dicho?

La mujer le miró sorprendida.

—Que son sólo hierbas...

—No, lo de las serpientes y arañas.

—Que están sólo en la cabeza de los ignorantes, señoría – respondió ella con cautela.

—Sois una mujer sabia, Juana. Creedme. Ni abogados, ni doctores ni eclesiásticos saben de lo que hablan. Pero en una simple palabra habéis condensado todo lo que explica este sinsentido. Es en la ignorancia, Juana, donde la razón se nubla, se torna estupidez y se pierde la sensatez.

Un gemido de Quiroga interrumpió el discurso de Salazar. El inquisidor sufría temblores aún más fuertes y seguía teniendo una temperatura muy elevada. Llamaron a la puerta y Salazar se levantó presto a abrir a Telmo. El posadero esperaba en la puerta con todo lo que le habían pedido. Lo había traído él solo para evitar que nada de lo que ocurriera en aquella habitación pudiera salir a la calle e ir de boca en boca. Ya había suficientes habladurías en el pueblo como para seguir echando carnaza a las bestias. Así que entró primero con el balde de agua fría y lo dejó junto a la cama. Volvió rápidamente a la puerta pero Salazar ya se había adelantado y metía en la habitación el barreño de agua caliente.

—No os preocupéis, Telmo, traed la ropa de cama – Salazar miró a Juana dudando de dónde dejar el agua caliente hasta que ella le indicó con un gesto de la cabeza que la dejara junto a la caja – Mientras nosotros cambiamos la ropa de la cama de Quiroga podéis ir preparando los medicamentos.

Salazar a punto estuvo de hablar de pótimas, brebajes o mejunjes pero tan medicinal sería lo que ella preparara como lo que el inútil doctor le había

hecho ingerir a Quiroga sin ningún beneficio. Juana acercó un poco más el candil a la caja y sacó un pequeño almirez para machacar unas hojas secas que mezcló después con unos pétalos ajados que en algún momento fueron blancos. Miró a su alrededor y encontró lo que buscaba sobre la mesa del escritorio. Se levantó y cogió una taza de loza. Pasó enérgicamente el mandil para limpiarla y se arrodilló de nuevo. Tomó el almirez y un pequeño colador de fino lino en el que colocó con cuidado las hojitas que había machacado. Lo situó sobre el almirez y con un pequeño cacillo que llevaba en la caja vertió agua caliente, dejó que arrastrara la esencia de las hierbas y luego hundió la tela del colador en la taza para que el agua absorbiera por completo las propiedades curativas de las plantas.

Salazar y el posadero ya habían colocado a Quiroga sobre ropa seca, pero el inquisidor continuaba temblando con fuerza. Juana se levantó y cogió un paño de entre todas las sábanas que había subido Telmo.

—Tengo que hacer trapos más pequeños – le dijo la mujer.

El posadero miró indeciso a Salazar.

—Tranquilo, Telmo, anotadlo en mi cuenta.

La mujer comenzó a desgarrar la tela y tanto Salazar como Telmo fueron haciendo trapos más pequeños de los retales que les dejaba Juana. Cuando tuvo unos cuantos del tamaño que necesitaba los hundió en el balde de agua fría y, una vez bien empapados, los colocó sobre la frente, el cuello y los brazos de Quiroga.

—Lo más importante es bajar su temperatura y lograr que deje de temblar. Cuando sintáis que el agua de los paños ha cogido calor, retiradlos y ponedle unos nuevos y fríos.

Salazar miró a Telmo, que asintió y se quedó junto a Quiroga, tocando cada poco tiempo los paños para comprobar la temperatura. El inquisidor quería observar lo que hacía Juana; sentía verdadera curiosidad por comprobar qué podía hacer pensar que lo que aquella mujer hacía era tan diferente y, sobre todo, tan perverso en comparación con lo que hacían los doctos médicos de la universidad.

Juana retiró el colador suavemente, lo escurrió con cuidado entre sus dedos y lo dejó sobre la caja. Miró a Telmo para saber si el agua fría estaba logrando el efecto deseado y la mirada del posadero la tranquilizó un poco. Tomó la taza, sopló para refrescar un poco el contenido y se acercó con cautela a Quiroga. Al principio parecía decidida a darle ella misma la infusión pero al tenerle tan cerca sintió una punzada de miedo en el estómago. Estaba acusada de ser una bruja y llevaba dos días encarcelada por orden de aquel hombre.

—Juana, —Salazar se acercó por el otro lado de la cama – desde esta noche sois libre. La acusación de brujería desaparecerá por completo. Y, creedme, mi firma vale tanto o más que la de fray Hernán.

La mujer no pareció tranquilizarse tanto como esperaba Salazar pero todo lo que acababa de decirle era cierto. Aún así Juana volvió a mirar a Quiroga como si éste fuera a abrir los ojos repentinamente y gritar *bruja* en su cara. La mujer respiró con fuerza y puso suavemente su mano derecha bajo la cabeza del enfermo. Con cuidado acercó la taza a su boca para hacerle beber despacio. Al sentir en sus labios el líquido tibio Quiroga intentó rechazar la bebida, pero Juana le susurró algunas palabras que Salazar no alcanzó a oír pero que tranquilizaron al enfermo, con lo que logró que tomara el primer sorbo. Los siguientes fueron casi solos. Cada vez que bebía un poco más parecía que el color volvía a su rostro. Después de terminar toda la infusión Juana volvió a dejar la cabeza del inquisidor sobre la almohada, comprobó la temperatura del agua de los paños y le indicó a Telmo que los cambiara de nuevo.

Salazar estaba perplejo ante lo que había visto. Aquella mujer había conseguido en un instante calmar los temblores de Quiroga, tranquilizarle y comenzar a bajarle la fiebre. El médico, sin embargo, le había dado casi por muerto.

—Por la mañana debería tomar más infusión, señoría – la voz de Juana le trajo de vuelta – Y quizá pueda comer un poco de pan para acompañarla. Pero dependerá de cómo pase la noche, señoría.

—Sí, Juana, haremos todo lo que nos digáis. ¿De verdad creéis que podrá comer mañana? Eso sería casi milagroso.

—Señoría, no puedo pasar de bruja a santa con tanta rapidez.

Juana no había intentado hacer chanza del comentario de Salazar pero al inquisidor le hizo mostrar media sonrisa. Quizás debería ser ella quien juzgara su propio caso pues mostraba mucho más fundamento que muchos de los que llenaban los tribunales.

—¿Vendréis entonces al desayuno, Juana?

—¿Disculpad, señoría? – la mujer se quedó sorprendida por aquella pregunta.

Salazar se tomó unos segundos antes de responder de nuevo.

—Entiendo lo que os ocurre. ¿Sabéis leer, Juana?

—No, señoría.

—No os preocupéis –Salazar se dirigió al escritorio – Telmo, acercaros, por favor.

El posadero pasó junto a la mujer y llegó hasta el inquisidor, que había tomado la pluma, la había mojado en el tintero y firmaba sobre uno de los documentos que siempre llevaba en sus arcones.

—Telmo, hacedme el favor de leer en voz alta lo que acabo de firmar.

El posadero cogió el documento que le ofrecía Salazar y leyó en voz baja primero para asegurarse de que entendía correctamente lo que había escrito en aquel papel.

—Por la presente orden yo, Alonso de Salazar y Frías, Inquisidor en las pesquisas del caso de doña Juana Ugarte, declaro oficialmente y ante todas las instancias y personas a las que pudiera interesar la total libertad de la citada y la retirada del cargo de brujería que sobre ella pesaba. Ordeno el archivo inmediato de la causa – Telmo miró a Juana con una sincera sonrisa.

—¿Vendréis entonces al desayuno, Juana? – también Salazar sonrió.

La mujer se acercó entre lágrimas al inquisidor, le cogió las manos y comenzó a besarlas.

—No, no, no, Juana, por favor – ahora fue Salazar el que tomó las manos de la mujer – no sois una bruja ni una mujer endemoniada, sois una buena mujer y eso os da suficiente derecho a ser libre.

—Estaré aquí al amanecer, señoría. Gracias, señoría, gracias.

—Descansad, Juana. Dormid tranquila en vuestra casa y dejad que el sol os despierte. No creo que Quiroga vaya a abandonar la posada antes del desayuno. ¿Queréis que Telmo os acompañe y os ayude con la caja?

—Si no es molestia, señoría.

—Telmo, ¿os parece?

Telmo asintió y esperó a que la mujer recogiera sus utensilios y sus hierbas. Antes de llegar al umbral de la puerta, Juana volvió a girar sobre sus pasos y besó de nuevo las manos de Salazar.

-Cámbiele los paños una vez más, señoría.

—Id tranquila, Juana. Nos veremos mañana.

La mujer salió seguida de Telmo. Cuando Salazar se quedó solo miró a Quiroga, que seguía dormido, tranquilo y sin temblores. Se acercó a él y retiró los paños húmedos con cuidado. Cogió los últimos que debía ponerle al enfermo, los hundió en el balde de agua fría y colocó el primero sobre la frente de Quiroga. Al tacto de la tela mojada y fría el inquisidor abrió ligeramente los ojos, miró confundido a Salazar e intentó decirle algo.

—Tranquilo, Hernán, no hagáis esfuerzos – Salazar le puso una mano en el pecho para calmarle y evitar que se incorporara – Quien os ha atendido esta noche parece saber muy bien qué mal os aqueja y cómo debe tratarse. Debéis descansar.

Quiroga no tenía apenas fuerzas siquiera para suspirar. Cerró muy despacio los ojos y volvió a sumirse en su estado de ensueño. Aunque Salazar se encontraba muy cansado pensó que lo mejor sería acompañar a su colega durante la noche, a pesar de que no creía necesario tener que avisar a Juana por un empeoramiento de su estado. Se sentó de nuevo al escritorio con la intención de revisar un último documento pero los ojos no se lo iban a

permitir, los párpados le pesaban tanto que prefirió cruzar los brazos sobre la mesa y recostar la cabeza sobre ellos. En poco tiempo dormía profundamente.

CAPÍTULO IX

Al salir el sol tras las montañas el tenue rayo que cayó sobre el rostro de Salazar le hizo abrir los ojos. Las neblinas del sueño todavía le mantenían confundido, sin identificar dónde se encontraba. Pareció darse cuenta de repente porque intentó incorporarse con rapidez, pero llevaba demasiadas horas en una postura incómoda y forzada y el frío de la noche le había anquilosado el cuerpo.

—Te estás haciendo viejo, Alonso – se dijo mientras intentaba poner su cuerpo de nuevo en movimiento.

Una vez comprobó que seguía de una pieza dirigió su mirada hacia Quiroga. El inquisidor seguía dormido y respiraba con suavidad. Salazar se acercó a él y le puso la mano con cuidado sobre la frente; su temperatura había disminuido notablemente aunque parecía tener todavía un poco de fiebre. Se había quitado él mismo los últimos paños que Salazar le puso antes de dormir y los había dejado en el suelo. Salazar intentó recogerlos pero sus engranajes se resistieron, así que desistió y los dejó donde estaban. Alguien llamó a la puerta.

—Bueno días, Juana – Salazar sonrió con sinceridad y la invitó a pasar — ¿Habéis desayunado ya? Me temo que yo acabo de amanecer y aún tengo el estómago vacío. Avisaré a Telmo para que nos traiga algo de comer. Y supongo que necesitaremos agua caliente.

—Sí, señorita – respondió Juana un poco abrumada.

—Bien – Salazar sonrió, salió de la habitación y llamó a Telmo, pero no obtuvo respuesta.

—Me pareció verle en el corral, señorita.

—Pues iré a buscarle allí – Salazar salió y dejó a la mujer en la habitación.

En el momento en el que la figura de Salazar se perdió tras la puerta, Juana fue consciente de que se había quedado a solas con quien la había acusado de ser una bruja. Y sintió cómo se le encogía el estómago. Estaba de pie en el

centro de la habitación, con las manos cruzadas sobre el regazo. Su corazón palpitaba con prisa invadido por el miedo. Miró el rostro del fraile. Seguía dormido y con la respiración tranquila. Juana parecía una estatua, sin mover un solo músculo de su cuerpo. Estaba aterrada. De repente Quiroga tosió, se removió en la cama y buscó compañía con la mirada. Sus ojos se cruzaron con los de Juana.

—¡Tú! – Quiroga intentó incorporarse pero no tenía fuerzas suficientes, así que se dejó caer de nuevo sobre la almohada – Qué haces aquí, bruja.

Juana no era capaz de reaccionar. La puerta estaba abierta y podría escapar con facilidad pero el temor que le infundía aquel hombre era más fuerte que su voluntad de huir.

—¡Qué me has hecho, demonio! – Quiroga se retorció sobre la cama como si su cuerpo estuviera en llamas por dentro – Señor, ayúdame, no permitas que el mal que extiende esta mujer por el mundo termine con mi vida. Debí quemarte el primer día, bruja.

Juana le miraba horrorizada, con los ojos tan abiertos que era incapaz de pestañear. Las manos quietas sobre el regazo pero blancas por la fuerza con la que las entrelazaba, y un sudor frío que poro a poro iba mojando sus ropas y su pelo.

—Me has envenenado, bruja – Quiroga no se detenía, ni en sus escorzos ni en sus lamentos —¡Qué me has hecho, maldita!

—Os ha salvado la vida, Quiroga – Salazar había entrado en la habitación acompañado de Telmo – Dadle las gracias a Dios por enviaros a Juana.

Aquellas palabras hicieron que el fraile se detuviera y mirara confundido al inquisidor. Mientras intentaba entender lo que ocurría, Salazar dejó el cazo con agua caliente junto a los pies de la cama, le indicó al posadero que dejara la bandeja con el desayuno sobre la mesa del escritorio y se acercó a Juana, que seguía inerte en el centro de la estancia.

—Venid conmigo, Juana, no temáis – Salazar tomó despacio sus manos para no sobresaltarla – Haced lo que consideréis oportuno. Estad tranquila.

La mujer miró a Salazar antes de moverse y encontró en sus ojos una

respuesta de calma. Luego dirigió su mirada a Quiroga, que se mantenía en silencio pero la seguía intimidando a pesar de su debilidad.

—Quiroga, —Salazar se acercó a la cama del inquisidor de nuevo y le obligó a apartar la ruda mirada que dirigía a la mujer – dejad de mirarla como si fuera la encarnación de Satanás. Habéis pasado tres días inconsciente, delirando y perdido en las brumas del sueño. Os vio un sabio doctor que os intentó reanimar a base de vahos, sangrados y extraños mejunjes.

—Pues es evidente que han funcionado – respondió Quiroga desafiante.

—No me habéis dejado terminar, querido amigo. Ese médico no logró bajar la fiebre, se mostró impotente ante vuestros delirios y fue incapaz de detener vuestros sudores. Es más, lo último que recomendó fue que yo mismo os administrara la extremaunción.

Antes esas palabras Quiroga quedó en silencio.

—¿El médico pidió mi extremaunción? – el tono de Quiroga era de cierta duda.

—Exacto. Pero yo rezaba por vuestra vida, Quiroga, no podía aceptar que no hubiera más que hacer para sanaros. Y Dios me iluminó. Recordé el último expediente que había leído y encontré un hecho que encajaba con vuestros males. Varias personas parecían – Salazar recalcó con énfasis esta palabra – haber sido envenenadas, sufrían vómitos, fiebres altas y delirios.

—¿He sufrido delirios? – en ese momento Quiroga sintió una punzada en el estómago temiendo haber sido indiscreto durante esas ensoñaciones.

—Sí, pero tranquilo, —Salazar parecía haberle comprendido sin palabras – no habéis dicho nada de lo que os podáis arrepentir. Vuestro mal parecía ser el mismo, así que hice llamar a la persona que logró sanaros.

—¿Ella? – Quiroga no salía de su espantado asombro – Esa mujer envenenó a los niños. Está encerrada por bruja, ¿os habéis vuelto loco?

—Veo que no recordáis que os dije que la llamaría – Salazar cambió entonces su actitud conciliadora y se acercó a Quiroga – Os dije que ella era la respuesta a vuestras plegarias, así que es mejor que os calméis y hagáis lo

que ella os diga. Espero haberme explicado con claridad, querido amigo.

Quiroga sintió una oleada de calor recorriéndole el cuerpo, pero no era la fiebre la que la provocaba sino la impotencia de no poder responder con fuerza a Salazar. Estaba demasiado débil para replicar.

Mientras ambos inquisidores mantenían su intensa conversación Juana había preparado la infusión que la noche anterior había conseguido calmar los espasmos y sudores de Quiroga. Esperó en silencio a que le indicaran qué hacer, tan sólo mantenía la taza en las manos.

—Juana, por favor, venid aquí – Salazar se apartó un poco de la cama dejando espacio a la mujer – Creo que ya es hora de que el señor Quiroga tome su medicina.

La mujer miró a Salazar sin moverse y luego dirigió su vista a Quiroga. Cuando sus ojos se cruzaron ambos compartieron el mismo estupor, aunque por diferentes motivos.

—Venid, por favor, recordad lo que os enseñé anoche. Y, Quiroga, comportaos como un caballero, os lo ruego – pero no había nada de ruego en su voz.

—Qué es eso – el inquisidor se incorporó ligeramente y se separó todo lo que pudo – No pienso beberlo. Qué es, os digo.

—Pues no estoy muy seguro, si os soy sincero. Imagino que será un brebaje de colas de ratón o de ranas muertas – Salazar recuperaba el tono sarcástico para quitar poder a Quiroga e intentar tranquilizar a Juana – No sé qué hierbas son, Quiroga, pero es sólo una infusión. Tranquilizadnos, Juana, y decidnos qué ingredientes habéis utilizado.

—Yo sólo he puesto algunas plantas, no he utilizado nada de lo que ha dicho ahora su señoría; son sólo plantas.

—Lo sé, decidnos cuáles son – Salazar sonrió ante la respuesta de Juana.

—Es un poco de corteza de sauce, señoría.

—Con qué fin – fue Quiroga el que preguntó bruscamente.

—Señoría, es lo que os ha bajado la fiebre y ha rebajado el dolor. Porque os duele menos, ¿no es así? – Juana mostró verdadero interés en averiguar si la mejoría era la prevista.

—Me duele mucho, mujer – respondió con tono airado el inquisidor.

—Quiroga, por favor, comportaos. ¿Os duele menos? – preguntó Salazar.

El inquisidor miró de soslayo a Salazar y asintió con seriedad.

—Sí, me duele un poco menos.

—Bien, ésa es una fantástica noticia, ¿no os parece?

—¿Qué más ingredientes lleva ese brebaje? – Quiroga se dirigió directamente a Juana, que antes de responder buscó la aprobación de Salazar, que se la dio con la mirada.

—Unas hojitas secas de romero para evitar que regresen los vómitos. Y agua caliente, señoría. Le juro que no tiene nada más.

El silencio que se hizo a continuación divirtió a Salazar. Sabía que Juana estaba muy pendiente de la reacción de Quiroga porque, a pesar de la presencia protectora de Salazar, el fraile le provocaba un intenso miedo. Pero lo que le hizo sonreír fue la indecisión de Quiroga en la respuesta, su mirada confundida ante la imposibilidad de acusar a aquella mujer de querer envenenarle con pócimas sobrenaturales pues no había nada de sobrenatural en todo aquello.

—Entonces, querido Quiroga, si ya tenéis claro lo que os estamos ofreciendo, lo mejor será que os lo bebáis e intentéis comer un poco, ¿no pensáis lo mismo, Juana?

—Sí, señoría, un poco de pan y queso para apaciguar el estómago – por primera vez, la mujer sonrió.

Salazar se acercó a ella y tomó sus manos.

—No sabéis cómo os agradezco lo que habéis hecho por fray Hernán y por mí mismo – le besó las manos con una amplia sonrisa ante la sorpresa de Juana y la incredulidad de Quiroga – Volved a casa en paz.

—Que dios os bendiga, señoría – la mujer se fue acompañada de Telmo.

Salazar miró entonces con satisfacción a Quiroga.

—Explicadme a qué se ha debido esta pantomima – Quiroga no sentía en absoluto la complacencia de su acompañante.

Salazar se sentó, cansado. En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante, Telmo – exclamó Salazar.

El posadero entro con dos platos con pan y queso para que ambos inquisidores pudieran desayunar, y una jarra con leche.

—Si me hacéis el favor, acercad al señor esas viandas, Telmo. Me temo que los años empiezan a pesarme y esta noche no ha podido descansar lo suficiente. Yo cogeré algo en un momento.

Telmo dejó casi con una reverencia la bandeja sobre el regazo de Quiroga. El fraile no hizo el mínimo asomo de agradecer la atención del posadero, sino que mantuvo una tensa mirada sobre él, sospechando también que formaba parte de la peor calaña brujeril. Telmo simplemente se dio la vuelta, sin atreverse a encontrar los ojos del inquisidor que ya sentía sobre él como una losa. Se despidió entrecortadamente en un susurro y salió de la habitación.

El silencio se adueñó de nuevo de la estancia. Los dos hombres se miraban, esperando que el contrario abriera antes la boca. Sin embargo, cada uno de ellos tenía una actitud diferente. Salazar estaba aprovechando para descansar; sentía un gran alivio, su mente había visto la realidad tal y como él creía que sería, sin brujerías, ni fantasmagorías ni las mil demencias que habían llevado a las llamas a gente inocente. Por eso miraba al fraile con gran tranquilidad, consciente de que no habría más batalla con Quiroga. Sin embargo, el fraile no estaba en absoluto tranquilo. Había pasado dos días sumido en la inconsciencia y lo primero que recordaba junto a él era el rostro de una mujer a la que él mismo había encarcelado por bruja. Y todo con la aquiescencia de Salazar, inquisidor y sacerdote.

Salazar se acercó a la bandeja que reposaba sobre Quiroga y cogió un poco de pan y queso. Regresó a la silla y se sentó.

—Deberíais comer algo, querido amigo – Salazar cruzó entonces las piernas, puso el codo sobre la mesa del escritorio y recostó la cabeza sobre ese brazo – Dejad de comportaros como un niño, Quiroga. Yo voy a comer lo mismo y seguiré vivo.

Quiroga dio un mordisco al queso casi desafiando a Salazar, que sonrió ante lo inexplicable de aquel lance de guante.

—¿De veras pensáis que vuestra asombrosa recuperación es una pantomima? – preguntó Salazar divertido – Supongo que eso es preferible a creer que es fruto de una brujería infernal.

—¿Quién sois en realidad? – desde que había recuperado la consciencia a Quiroga sólo había importado que un sacerdote enviado desde Urdax estaba junto a él. Pero la actitud que estaba teniendo aquel hombre era totalmente desconcertante – El padre Alonso, enviado desde Urdax. Pero no vestís como un sacerdote y habéis estado revolviendo en los expedientes.

—Soy Alonso de Salazar y vengo enviado desde Urdax porque había pasado por allí un par de días antes y sabían que me encontraría cerca de Arróyabe pues iba de camino a Burgos. Soy inquisidor en Logroño.

Quiroga se mantuvo hierático y dejó al instante de comer. La fama de Salazar le precedía allá por donde fuera. Él era conocido como el abogado de las brujas. Pertenecía al tribunal que juzgó el caso de las brujas de Zugarramurdi y Urdax, era inquisidor y, sin embargo, parecía tomar siempre el papel de abogado del diablo. En Logroño, donde se vio el asunto de las brujas navarras, muchas de ellas fueron liberadas gracias al empeñamiento y la insistencia de Salazar. De no haber sido por él habrían ajusticiado a más personas. ¿Cómo podía Salazar vivir con la pesada incertidumbre que él mismo había creado? Su actuación provocó que quedaran libres y sin castigo muchos seguidores del maligno, brujas, endemoniados que pondrían en peligro, tarde o temprano, las vidas de los buenos cristianos de aquellas tierras.

—Vamos, Hernán. No me miréis como si estuvierais viendo al mismo Diablo. Soy sacerdote y jurista, aunque cojee más de lo segundo que de lo primero.

—Debéis de haberos vuelto loco – a pesar de la tensión que transmitía su voz, el fraile siguió dando cuenta poco a poco del desayuno – Esa mujer es más que sospechosa de ser una adoradora de Satanás y os atrevéis a traerla aquí para que me haga uno de sus encantamientos. Habéis puesto en peligro mi vida poniéndola en manos de una bruja.

—Esa... bruja os ha salvado la vida, por Dios – Salazar ya no veía tan entretenido el comportamiento de Quiroga – El médico vino a veros y también os dio hierbas, pero la inutilidad de su tratamiento hizo que quisiera pedir la extremaunción. De ser por él ahora estaríais muerto, Quiroga. Muerto.

Antes de que el fraile respondiera alguien llamó a la puerta.

—Ahora no, Telmo – Salazar no quería que aquella conversación quedara a medias.

—Soy el doctor Goyena, maese Salazar.

—Ved, Quiroga, que hablando del rey de Roma... —Salazar se dirigió despacio a la entrada de la habitación —Adelante, doctor. Es un placer conoceros. Precisamente, hablábamos de vos.

—Gracias, maese Salazar, es un honor. Veréis, —miró sorprendido a Quiroga, que le devolvía una fría mirada desde la cama – he sabido de la milagrosa mejoría del enfermo y, bueno, he querido acercarme para ver qué tal se encuentra y si necesita de mis servicios.

—Pues se encuentra mucho mejor, como podéis ver. Pero he de confesaros que no se ha tratado en absoluto de un milagro – Salazar sonrió con ironía – Ha sido una sanación muy mundana, en realidad.

—Sí, bueno, algo así he creído entender a los aldeanos y reconozco mi inquietud ante la respuesta que el enfermo pueda tener a los brebajes que le haya preparado esa... —Goyena dudó, pero Salazar terminó la frase por él.

—Esa bruja, ¿verdad, doctor?

—Sí, maese Salazar, eso quería decir – el médico sintió cierto alivio al ver en Salazar comprensión por su preocupación.

—¿Qué hierbas me hicisteis tomar? – súbitamente Quiroga pareció entrar en la escena y abandonar su papel en el decorado.

—¿Hierbas? – Goyena se sintió intimidado – Veréis, señor, no podemos calificar de simples hierbas los medicamentos que preparo. He pasado muchos años aprendiendo...

—Os ha preguntado por las hierbas que componen vuestros medicamentos, doctor – Salazar volvía a divertirse.

—No recuerdo ahora mismo, son compuestos muy complejos y vuestro caso era difícil de tratar...

—No tenéis la más mínima idea de los brebajes que le hicisteis beber, querido Goyena, ¿me equivoco? – el médico iba a responder pero Salazar le interrumpió al primer suspiro – No os importa en absoluto cómo se encuentra el enfermo porque no habéis vuelto a visitarle a pesar de que vos mismo le visteis a las puertas de la muerte. Lo único que os ha traído hasta aquí es indagar sobre la forma que hemos usado para curarle que, por supuesto, no ha sido la que vos propusisteis. Porque sabéis que el moribundo ha revivido gracias a la ayuda de la mujer que estaba encarcelada por haber envenenado niños y a la que muchos de los vecinos acusaban de ser bruja. Si fuera por vos y por todos esos años que habéis pasado aprendiendo, fray Hernán estaría muerto.

—Creo que os estáis equivocan... —el médico no logró terminar su tímido intento de defenderse.

—Aclaradme en qué parte me estoy equivocando, querido doctor, porque el resultado es bastante evidente – Salazar señaló a Quiroga, que se mantenía en silencio en la cama – Este hombre ha sufrido unos dolores que no os desearía nunca y unas fiebres que casi le hacen perder la razón. Si os llamamos fue por vuestros largos años de estudios médicos, porque creíamos que pondríais todo vuestro interés en salvarle la vida. Y seguimos vuestras instrucciones, tomó vuestras medicinas y ahora resulta que ni siquiera sabéis qué le hicisteis tomar. No recordáis qué le distéis porque no os importaba mucho su vida, sabíais que no íbamos a pagar mucho por nuestra condición de religiosos. En eso estoy seguro de no equivocarme. Pero os ha dejado en

evidencia una... sí, una aldeana sin tantos años de sesudo estudio. Y teníais que intentar maquillar vuestra incompetencia desprestigiando a la aldeana. O quizá preferís seguir llamándola bruja. Porque veníais a eso, ¿verdad, Goyena? Querías aseguráros de que no se nos pasara por alto que la curación de fray Hernán no ha sido natural y que por eso vos no lograsteis su mejoría, porque no utilizáis encantamientos ni pócimas como esa vieja loca que acude a aquelarres por la noche volando sobre su escoba.

Goyena apenas pestañeaba, evitando la mirada de Salazar. Buscó la de Quiroga, pero se encontró con un muro.

—Quiero que salgáis de esta habitación, de esta posada y de esta aldea. Y, escuchadme bien, querido doctor, ni se os ocurra hablar mal de esa mujer porque os juro por mi vida que yo mismo os llevaré a la hoguera y encenderé la maldita llama.

CAPÍTULO X

Salazar acudió a la iglesia poco después de su desayuno. Era consciente de que su trabajo, por el momento, tenía el solo objetivo de no dejar a medias una pesquisa inquisitorial y no dar imagen de falta de recursos para su continuidad. Así que avisó previamente al alguacil para que llamara a dos testigos más ya que no quería hacer nada con respecto a las dos sospechosas sin dar un margen de recuperación a Quiroga.

—Buenos días, señoría – el alguacil esperaba solícito en la puerta de la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora.

—Buenas días nos dé Dios, Miguel. ¿Han llegado ya las dos personas citadas?

—Sí, señoría. Están esperando que las llame.

—Gracias, muchas gracias. Diga a María Vera que pase a la sala – el inquisidor dudó un instante —¿izquierda o derecha?

—A su derecha, señoría, junto a la sacristía.

Salazar entró en la sala que se había habilitado para los interrogatorios y dejó los cartapacios sobre la mesa. Hacía bastante tiempo que no tenía que realizar un interrogatorio en esas condiciones tan austeras, pero en esta ocasión no sentía la presión de sus colegas del tribunal sobre sus espaldas y sabía que simplemente debía cubrir la ausencia puntual del comisario inquisitorial. Así que esperaba que la mañana fuera relativamente tranquila. Se sentó despacio y separó el expediente que Quiroga tenía preparado para entrevistar a María Vera. Arqueó las cejas cuando comprobó el contenido.

—Vaya, me temo que voy a tener que indagar a conciencia – aparte del nombre de la testigo, no había nada más.

La mujer entró acompañada del alguacil, con la mirada gacha y caminando casi de puntillas en un vano intento de que el hombre vestido de negro tras la mesa no se percatara de su presencia.

—Gracias, Miguel – el alguacil se retiró y Salazar miró amablemente a la

testigo – María, por favor, tomad asiento.

La mujer se sentó aún más despacio de lo que lo había hecho el propio Salazar, pero no era la edad la que le obligaba a ello, sino el miedo. Y Salazar se dio cuenta.

—Tranquila, María. No estéis preocupada por esta pequeña charla; tan sólo quiero haceros alguna pregunta y luego podréis regresar tranquilamente a vuestra casa.

La mujer levantó entonces la mirada y se encontró con un rostro calmado y que mostraba una leve sonrisa.

—Bien, si os parece comenzaré por preguntaros vuestro lugar de nacimiento y vuestra edad.

—Nací en Guetaria, señor. Hace diecinueve años, señor.

—Estáis un poco lejos de casa, María. Y del mar – Salazar miró de nuevo con gentileza a la joven —¿Lo echáis de menos?

—Sí, señor – la mujer respondió con más calma – El olor del mar siempre se extraña.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Arróyabe, María?

—Apenas cuatro años, señor.

—¿Qué os trajo a esta aldea?

La joven se mantuvo en silencio y Salazar entendió perfectamente el motivo. Lo había visto demasiadas veces en aquellos pueblos.

—Si os sentís más tranquila, hablaré yo. Sólo tenéis que asentir o negar con la cabeza, ¿os parece? Recordad que se os ha llamado como testigo.

María Vera aprovechó esa primera pregunta trivial para acogerse a su oportunidad de no decir ni una palabra, así que asintió con cautela.

—Si decís que llegasteis hace cuatro años me imagino que recordaréis con claridad los disturbios que hubo por aquellas tierras. Me refiero a la búsqueda de brujos y brujas que la Sagrada Inquisición llevó a cabo tras el auto de fe de

Logroño – en este punto Salazar se detuvo y miró a María, que no movía ni un músculo de su cara – Recordad, María, asentid o negad y continuaré mi relato.

La cabeza de la joven subió y bajó muy despacio.

—Bien. Sigamos, entonces. Entonces seríais muy joven e imagino que aquellas historias os perturbarían hondamente, como ocurrió con tantos otros niños y muchachos; no fuisteis la única, no os sintáis mal por eso, María. Supongo, y si me equivoco sólo tenéis que indicarlo, que tuvisteis algún tipo de experiencia antinatural, ¿no es así?

María volvió a asentir con lentitud, manteniendo fija su mirada en los ojos de Salazar para no perder el hilo de su narración y no equivocarse en sus gestos.

—Entiendo. No os preocupéis, hubo mucha más gente que experimentó cosas inexplicables para la razón. Me surge aquí una duda, María, que necesito que me aclaréis, ¿de acuerdo? No estoy seguro de si fuisteis acusada de ser bruja – en ese momento la joven dio un respingo y abrió los ojos lo suficiente para mostrar su miedo – o si vos acusasteis a alguien de serlo.

El inquisidor aguardó un instante a que la joven se tranquilizara para intentar que dijera algo más a partir de ese momento.

—Dijeron que yo lo era – susurró María.

—Os acusaron de ser bruja.

—Sí, señor.

—Recordad que aquí sois sólo un testigo y que mi trabajo consiste en haceros algunas preguntas y comprobar que sois una buena cristiana, cosa que yo no dudo – la joven le miró para confirmar que no intentaba embaucarla – ¿Hubo pesquisas para acusaros formalmente?

—No, señor. Ocurrió que hubo una terrible tormenta de granizo que destrozó las huertas del pueblo y derrumbó el cobertizo donde se guardaban las vacas. También rompió algunas ventanas. Y esa noche yo no estaba en el pueblo, había ido a visitar a un pariente enfermo y, cuando regresé, vinieron a

mi casa algunos vecinos y comenzaron a gritar... —María se detuvo y respiró profundamente – Decían que yo era la culpable, que me había ausentado la noche de la tormenta para ir a un aquelarre y que con las demás brujas había provocado la tormenta. Antes de que pudieran dar aviso a la Inquisición, escapé.

Los ojos de la joven se dirigieron con expresión de súplica a los de Salazar, que le mantuvo la mirada un momento y luego sonrió.

—Entonces, María, no debéis preocuparos. Yo represento a la Santa Inquisición y no he tenido conocimiento en mi tribunal de vuestro caso. Y como acabo de hacer la entrevista y no veo nada que me haga sospechar de vuestra condición, olvidadlo – Salazar miró de nuevo a la joven para quitar importancia a la conversación pues no iba a ser él quien comenzara un nuevo proceso sin sentido – Debo preguntaros por otras dos personas de este pueblo, Juana Ugarte y Berta Goiburu. Ha llegado una denuncia sobre ambas mujeres, sobre su comportamiento y sus actividades, así que sólo necesito que me digáis si habéis observado algo que os haya hecho sospechar de ellas.

—Pero, señor... -la joven abrió los ojos con estupor, no podía creer que después de haber pasado por encima las suposiciones tan perniciosas que hubo sobre ella, ahora aquel hombre afable quisiera que ella hiciera pasar por lo mismo a otras personas.

Salazar la miró rápidamente y levantó la mano para indicar a María que no siguiera hablando.

—Sólo debéis contestar con un sí o un no – los ojos de Salazar no se apartaban de los de la joven pues quería que entendiera que no quería la más mínima explicación, sólo una respuesta – María, sí o no.

—No – la joven lo comprendió.

Entonces Salazar anotó la contestación de María Vega en el informe con tranquilidad.

—Muchas gracias por vuestra colaboración, María – sonrió de nuevo – Podéis regresar tranquilamente a vuestra casa.

—Gracias, señor – María le devolvió con timidez la sonrisa y abandonó la

habitación.

Cuando la joven abrió la puerta para salir se cruzó con el alguacil, que estaba esperando para llamar al siguiente testigo.

—Decid a Diego Isasti que venga, por favor. Espero poder terminar con rapidez para que podáis regresar a vuestras ocupaciones.

—No os preocupéis, señoría. Ésta es mi ocupación de hoy – y salió ligero a buscar al testigo.

Salazar sonrió ante la disposición de Miguel para ayudarle. Tomó los papeles de Diego Isasti y comprobó que, como en el caso de María, tendría que completar toda la información.

—Buenos días, señor.

—Adelante, Diego, adelante – Salazar le invitó a entrar con un gesto de la mano – Buenos días. Sentaos, por favor.

El hombre tomó asiento rápidamente y se quitó la boina, que mantuvo entre sus manos mostrando su nerviosismo al retorcerla con fuerza. El inquisidor estaba acostumbrado a detenerse en esos detalles para comprobar la actitud del entrevistado.

—Tranquilo, Diego, serán sólo unas preguntas y podréis volver al trabajo. Me gustaría saber si habéis observado algún acontecimiento fuera de lo normal últimamente, un hecho aislado que os haya llamado la atención por inusual, algo remarcable que pudiera interesar en una pesquisa de la Inquisición – Salazar gustaba de medir sus palabras y los tiempos para dar a entender al entrevistado lo que él quería decir sin palabras. Era consciente de que la mera mención del Santo Oficio inquietaba al interlocutor y le hacía ser más tendente al silencio. No quería que nadie confesara lo que no había visto sólo para satisfacer al inquisidor.

El testigo pareció tomarse un tiempo para pensar y buscar dentro de su memoria, aunque quizá estaba algo ofuscado y no sabía muy bien qué le estaban preguntando. Arrugó un poco más la boina entre sus manos, miró a Salazar y cogió aire.

—Quizá su señoría se refiere a lo de Juanes – parecía que intentaba resolver un acertijo.

—¿Qué queréis decir con *lo de Juanes*?

—O quizá no se refiere a eso su señoría...

—Diego, yo no me refiero a nada en concreto, pero podéis explicarme qué ocurre con ese tal Juanes – Salazar quería ayudar al pobre hombre, pero prefería que él le diera algo sobre lo que basar la conversación.

—Veréis, señoría. Últimamente han pasado cosas raras con Juanes y sus churras – al no obtener respuesta del inquisidor, Diego continuó – Las ovejas. Se le han perdido tres o cuatro y eso es muy raro, porque Juanes es muy buen pastor y nunca había perdido tanta oveja.

—Entiendo – Salazar apuntó lo que escuchaba pero satisfecho de no tener que referir extraños sucesos antinaturales —¿Qué explicación creéis que puede tener?

—Bueno, ahí es donde está el problema, señoría.

Salazar suspiró y miró a Diego. Quizá se había adelantado y todavía tenía que oír algún relato de brujos raptos de ovejas churras.

—Explicaos, Diego, por favor.

—Hay un hombre en el pueblo, Beltrán, que no es de fiar – Diego marcó un enigmático silencio antes de seguir – En esta aldea nos conocemos todos y Beltrán aprovecha que todos nos tenemos confianza para abusar de nuestra amistad.

—¿Qué hace Beltrán para que lo relacionéis con la desaparición de las ovejas? – Salazar quería centrar el relato y terminar lo más pronto posible.

—Queso.

—Disculpad...

—Señoría, Beltrán se dedica a hacer queso y por eso yo creo que es él quien roba las ovejas de Juanes aprovechando la noche y que el pastor no

tiene bajo llave su rebaño.

Salazar consiguió esconder una sonrisa para no ofender a aquel hombre que con tanto celo le explicaba cómo se estaba viendo turbada la paz del pueblo. Remató solemnemente el informe y la declaración del testigo y le miró seriamente.

—Diego, agradezco enormemente vuestra declaración. Tendré presente lo que me habéis contado y en cuanto fray Hernán, se recupere le indicaré que habría que hablar con Beltrán sobre el asunto de los quesos y las ovejas.

—De nada, señoría – Diego se puso entonces la boina y asintió con la cabeza – Si os ha ayudado en algo lo que os he contado, bien contado está.

—Amén, Diego – Salazar se levantó y le acompañó a la puerta, donde ya esperaba el alguacil – Gracias de nuevo.

El inquisidor volvió a la mesa y recogió todos los papeles de la mañana, los guardó en el cartapacio y salió de la parroquia tras despedirse de Miguel y decirle que, por ese día, no necesitaría más su ayuda.

Bajó despacio por la pendiente que llevaba hasta el pueblo, cruzó la plaza y entró en la posada. Telmo debía de estar en los fogones porque su olfato acababa de despertar bruscamente al reconocer el olor del guiso que tendrían para almorzar. Salazar atravesó el zaguán y se dirigió a la cocina. El posadero estaba atareado preparando el pan para hornearlo.

—Os veo muy ajetreado, Telmo – Salazar echó un vistazo para ver lo que había preparado el posadero.

—Señoría, ya sabéis que en estas tierras la comida es algo sagrado – Telmo sonrió con ganas – Hay que alimentar bien el cuerpo para poder hacer frente a estos fríos y a estas lluvias.

—¿Cómo ha pasado la mañana fray Hernán?

—Bastante tranquilo, señoría – el posadero cogió un trapo y se limpió las manos – Le he visitado con frecuencia y ha dormido mucho. No hablaba en sueños, ni tiritaba y no creo que haya tenido fiebres ni calenturas.

—No os imagináis cómo me alegra escucharos decir eso, Telmo. Es una

fantástica noticia. Os agradezco mucho vuestra ayuda.

—Señoría, sois mis huéspedes y la hospitalidad en mi posada es máxima.

—Doy fe de ello, Telmo – Salazar se dirigió a la puerta – Voy a subir a verle y a dejar estos papeles. En seguida bajaré a dar cuenta de ese succulento guiso.

—No sabréis si es succulento hasta que lo probéis, señoría.

—Si sabe como huele, será un verdadero manjar.

Ambos rieron mientras el inquisidor se dirigía a la habitación de Quiroga. Entró con cuidado para no despertar al enfermo, consciente de que cuanto más sueño aprovechara más rápidamente se recuperaría. Miró hacia la cama y le descubrió respirando suavemente, de costado y con expresión de haber recuperado la paz de cuerpo y espíritu que había perdido los días anteriores. Sin hacer ruido Salazar dejó el cartapacio sobre la mesa y se dirigió a la puerta, pero se detuvo súbitamente. Quiroga estaba hablando pero en susurros, así que no alcanzaba a escuchar lo que decía. Salazar se acercó a la cama y se inclinó levemente sobre el fraile.

—Hernán, ¿cómo os encontráis? ¿Necesitáis alguna cosa?

—No me dejes solo...

—Tranquilo, me quedaré con vos si así lo queréis.

—Necesito tu mano...

Salazar arqueó las cejas con asombro. Le dio la mano a Quiroga pero tenía la sensación de que el fraile no era consciente de que quien le acompañaba en la habitación era el inquisidor.

—Hernán, soy Alonso – Salazar intentó aclarar la mente de Quiroga.

—No me dejes solo – Salazar soltó la mano de Quiroga suavemente. Estaba hablando en sueños y le pareció que estaba invadiendo un espacio íntimo que no debería conocer – No, espera, tu mano. No te vayas, no me dejes. Berta, por favor, tu mano.

CAPÍTULO XI

Salazar estaba en el patio ajardinado de la posada. La tarde era clara y un poco fría y el templado sol se agradecía. La compañía de un libro era más que suficiente para relajarse. Escuchó un ruido en la puerta de la casa que daba al patio y vio a Telmo recogiendo unos cántaros del pozo. Le saludó sonriendo y le invitó con un gesto de la mano a unirse a él en el jardín. El posadero dejó los recipientes en el suelo y se acercó tímidamente a su huésped.

—Disculpadme, señoría. No quería interrumpiros.

—No, Telmo, no os preocupéis. En vuestro caso, la compañía es más interesante que la que me otorga este libro – respondió Salazar amablemente – Éste es un rincón muy agradable.

—Sí lo es, sí. Cuando no hay muchos huéspedes aprovecho para hacer aquí trabajos o para descansar un poco en silencio. ¿Cómo se encuentra fray Hernán?

—Creo que está mejor, Telmo. Aún duerme como un niño – el posadero sonrió – Os agradezco mucho vuestra ayuda.

—Es lo que habría hecho cualquier buen cristiano, señoría.

—Creedme, Telmo, sois una bendita excepción en estos tiempos. ¿Puedo haceros una pregunta?

—Claro, señoría.

—¿Qué creéis que le ha pasado a fray Hernán? Sé que sois hombre de pocas palabras pero soy testigo de vuestra inteligencia y buena voluntad. Decidme vuestra opinión.

Telmo calló un momento para ordenar sus pensamientos. Después miró al suelo para ordenar sus palabras.

—Señoría, en este pueblo no hubo brujas hasta que se habló de ellas – de nuevo se detuvo – Nadie, jamás, se había preocupado de estas locuras. Gentes honradas que de repente han perdido la razón, señoría. ¿Mujeres volando

sobre escobas, hombres fornicando con el demonio? Este pueblo no era así, señoría, podéis creerme.

—Y os creo, Telmo. ¿Qué hizo que el pueblo cambiara? Tuvo que darse algún acontecimiento que encendiera la mecha.

—No fue algo, señoría. Fue alguien – Telmo dejó caer suavemente aquella afirmación.

—¿Alguien instigó la persecución? – Salazar no estaba sorprendido porque era lo que había ocurrido en otros sitios, como en Zugarramurdi, Urdax o Lesaca, y lo que provocó que en pocos meses pareciera existir una invasión brujesca en una zona remota y tranquila del norte de Navarra.

—Veréis, señoría. Yo no puedo acusar como vos, sólo soy un posadero de esta aldea. Pero aquí se hospeda mucha gente y, no es que yo lo pretenda, pero muchas conversaciones llegan a mis oídos sin yo quererlo. Sabéis que soy hombre discreto y no busco donde no quiero encontrar pero a veces las cosas se me cruzan en el camino.

—Lo sé, Telmo, lo sé. Decidme qué ocurrió.

—Hace algunas semanas apareció un franciscano que, según decía, venía desde Yanci. Contaba que participó en el auto de fe de Logroño y que vio de cerca a todos los brujos que fueron allí ajusticiados. Que sabía que algunos de ellos escaparon de la hoguera y que desde entonces recorría estos lugares para poder localizarles y entregarles a la Santa Inquisición.

—¿Estáis seguro de que era un religioso, Telmo?

—No – la respuesta del posadero sorprendió a Salazar porque el hombre no tuvo la más mínima duda.

—¿No estáis seguro?

—Sí lo estoy, señoría – aclaró Telmo – Estoy seguro de que no era un religioso.

—¿Cómo...? – Salazar no entendía bien qué decía el posadero —¿Era un impostor?

—Eso es, señoría. Un farsante. Soy posadero y conozco a las personas. Os aseguro que ningún franciscano o religioso se comporta como un lobo agazapado a la espera de que aparezca su presa. No, señoría. Llegó de noche y se hospedó con gran sigilo, pretendiendo que sólo yo supiera que se encontraba en el pueblo. Llevaba unos hábitos raídos y sucios, poco dignos de un representante de la Iglesia. Y me pidió algo de cena, señoría... cordero – el posadero lo dijo casi en un susurro.

—Los franciscanos también comen cordero, Telmo.

—No en viernes, señoría, nunca en viernes.

Aquel comentario divirtió a Salazar pero era muy acertado.

—¿Dijo su nombre?

—No, señoría, sólo dijo ser un pío franciscano. Y pagó por adelantado. Una noche.

—¿Qué os hizo pensar en él como causante de la persecución?

—Al día siguiente acudió a la iglesia. Nuestro párroco estaba fuera de Arróyabe pero Juanes, el dueño del rebaño de churras, guarda las llaves de la iglesia para abrir a mediodía y que acudan a rezar quienes lo deseen. Esa mañana, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, y perdonadme las formas, el franciscano subió al púlpito y comenzó a explicar lo que había ocurrido tras la última visita del inquisidor de Logroño.

Salazar miró al posadero enarcando las cejas. Parecía que el discurso del falso franciscano podía resultar de lo más interesante.

—¿Y qué dijo aquel hombre, Telmo?

—Parecía mentira que fuera un hombre de Dios, señoría – el posadero alzó las cejas para mostrar la incredulidad que aún le producía lo que iba a contar – De su boca salió más veces la mención al demonio que a nuestro Señor. Habló sin cesar de brujas y brujos que nos rodeaban por doquiera que fuéramos, de una secta maligna que estaba extendiendo su poder infernal por estas tierras, concentrando tanto mal a su alrededor que sólo podría ser derrotado si los vecinos denunciáramos a los brujos ante la mismísima

Inquisición. Pero, ¿a quién quería que denunciáramos? Si aquí no había brujos, señoría. En esta aldea todos nos conocemos desde que nacimos, y algunos se conocen desde antes de nacer. Recuerdo que todos los que habíamos acudido esa mañana a la iglesia nos mirábamos con desconcierto. Algunos incluso pensamos que aquel hombre había perdido la razón y era una suerte de vagabundo enajenado – Telmo se detuvo para tomar resuello – Pero no terminó aquí su discurso, no. Lo siguiente fue arremeter... —el posadero bajó la voz – contra la Santa Inquisición.

—Ésa es una grave acusación, Telmo – señaló seriamente Salazar.

—Por eso os lo cuento a vos, señoría, porque sois hombre cabal.

—Qué dijo el religioso.

—Acusó al inquisidor de ser un abogado de brujas, señoría – Telmo hizo una pausa dramática pero no obtuvo respuesta de Salazar, así que continuó – Utilizó el púlpito para decirnos que si en el auto de fe de Logroño no hubo más condenados, fue la actuación del que él llamaba el tercer inquisidor lo que permitió que muchos brujos escaparan del castigo de las llamas. Creedme, señoría, que aquel hombre parecía fuera de sus cabales, tenía una mirada diabólica, como si el mismo demonio le hubiera poseído el alma y hablara a través de su cuerpo.

—Por lo que contáis, estáis en lo cierto, Telmo. Ese hombre no era quién decía ser. Seguramente andaba detrás de alguna suculenta recompensa, en busca de una presa. Se trataba de un saludador – el posadero le miró sin comprender – Un cazador de brujas. Y creo no equivocarme si atino a decir que aquel franciscano situó al indigno inquisidor defensor de brujos y demonios a la cabeza de la secta brujesca – añadió Salazar.

—Sí, señoría, eso mismo es lo que sugirió – el posadero pareció sorprenderse —¿Cómo podéis saberlo?

—Porque, mi querido Telmo, ese inquisidor soy yo.

El posadero miró con renovado respeto a Salazar y parecía considerar si su relación con el inquisidor debía ser diferente ahora que conocía el alto rango de su huésped.

—Tranquilo, Telmo. Espero que el hecho de saber quién soy no cambie nuestra forma de trato – Salazar adivinó las dudas del posadero y cambió la conversación – Decidme, Telmo, ¿sabéis dónde se encuentra el lugar en el que los vecinos dices que se reúnen las brujas?

—¿El aquelarre, señoría? Pero aún no se ha ido el sol, no habrá brujas reunidas a estas horas.

—No os preocupéis, Telmo, tampoco las habría de noche. Vamos, — Salazar se levantó pausadamente – llevadme allí.

El inquisidor siguió al posadero rodeando la casa para poder salir directamente a la plaza de la fuente. Salazar se detuvo y la miró pensativo.

—Fray Hernán bebió de esta fuente, ¿no es cierto?

—Sí, señoría.

—Pero la posada no toma agua del Zadorra.

—No, señoría. Lo hace de un pozo que está dentro del jardín.

Salazar asintió y le indicó a Telmo que siguiera la marcha. Continuaron río arriba durante algunos metros.

—Los vecinos dicen que las brujas se reúnen en la pradera que queda un poco más arriba de estos árboles – Telmo pisaba con cuidado e intentaba apartar el follaje para aclarar el camino al inquisidor, que le seguía sin despegar la vista del suelo – Los lunes, miércoles y viernes, y las fiestas de guardar. Que ya me dirá, señoría, qué cosa tan extraña es ésa de que uno sea brujo y tenga unas obligaciones tan severas para acudir a reuniones licenciosas.

—Qué razón tenéis, Telmo — Salazar sonrió al escuchar al posadero – Pero parece ser que el Demonio tiene que presentarse en tantos conciliábulos y aquelarres cada noche que debe organizarse como si de un gran mandatario se tratase. ¿Qué es ese olor?

Telmo también había arrugado la nariz con disgusto. Acababan de pasar junto a un tronco grueso caído sobre el río y les había llegado un hedor muy

desagradable.

—Para mí que... – Telmo miró hacia el tronco – ...procede de esa zona, señoría. Dejad que me acerque y vea lo que hay.

Salazar esperó unos instantes a que el posadero regresara de detrás de las plantas que bordeaban el río. Escuchó entonces un fuerte golpe contra un tronco.

—¡Telmo!

Pero no obtuvo respuesta. Y sonó otro golpe. Dos más. Y, de repente, ninguno. Ni un solo movimiento en las hojas.

—¡Es una oveja, señoría! – gritó el posadero desde la maleza. Salazar dio un respingo pues no esperaba la voz del posadero con tal fuerza. Telmo volvió rápidamente con una mueca de desagrado en el rostro – Y por lo que veo y huelo lleva muerta varias semanas. Debe de ser del rebaño de churras de Juanes, que ha perdido algunas en los últimos meses. Supongo que no la buscó por aquí porque está lejos de la zona de pastos.

—¿Está en el agua? – preguntó Salazar con curiosidad.

—Sí, señoría. Bajo el tronco.

—Pues ahí tenéis, Telmo, el embrujo que ha envenenado a nuestro fraile. Vamos, será mejor que regresemos a la posada; no creo que vayamos a encontrar nada más de interés. Con esa pobre oveja ya tengo suficiente.

Telmo se puso de nuevo al frente del camino y ayudó al inquisidor a salir airoso de entre la vegetación que amenazaba con enredarse a sus tobillos.

Los dos hombres entraron en la posada cuando la noche se adueñaba de Arróyabe. Telmo se perdió por la planta baja y Salazar subió las escaleras hacia la habitación del fraile. Llamó a la puerta y esperó a que Quiroga le respondiera.

—Pasad.

Salazar entró despacio y vio al fraile sentado frente a sus papeles. Había encendido una vela que le iluminaría durante sus horas de trabajo por esa

noche y miró a Salazar. Durante unos segundos eternos se miraron sin decir una sola palabra, ambos con expresión escudriñadora, esperando que el otro abriera fuego. La jornada había sido muy intensa y el cansancio que acumulaban les hacía mantenerse más a la defensiva. En realidad, no se fiaban el uno del otro.

—¿Cómo os encontráis, Hernán? Aparentemente estáis muy recuperado.

—Parece que el Señor no me necesita todavía a su lado y he de seguir sirviéndole en la Tierra.

—Me alegro, Hernán, mucho. ¿Vais a seguir adelante con los expedientes?

—No hay motivo para no hacerlo – respondió secamente el fraile.

Salazar se acercó a Quiroga y comprobó que estaba leyendo el informe de Berta Goiburu, la joven pelirroja.

—¿En serio creéis que esa muchacha es una bruja? Por favor, Quiroga, deteneos a pensar por unos minutos. ¿La habéis visto volar, o danzar sobre el fuego invocando al Maligno?

—Tengo varios testigos que di...

—Sí, sí, lo sé, los testigos – Salazar se puso de pie – Ellos tampoco la han visto.

—¿Insinuáis que me han mentado?

—No lo insinúo, Quiroga. Lo afirmo – respondió desafiante Salazar.

—Pero, ¿qué motivo podría llevarles a cometer perjurio? Está castigado.

—¿De verdad estáis tan ciego? O es que ni siquiera os habéis detenido a pensar en lo que nosotros, los representantes de la Inquisición, tenemos por oficio.

Ante esta pregunta el fraile no dijo nada, pero sus ojos mostraban cierta confusión ante las palabras de Salazar. ¿Qué quería decir exactamente? En un primer momento Quiroga creyó que le estaba acusando de yacer con una bruja y, sin embargo, ahora parecía querer convencerle de que todo el

proceso era una vulgar farsa.

—Nosotros tendríamos que ser los portadores de la palabra de Dios – Salazar lanzó un profundo suspiro – Y somos para ellos los que traen las llamas del infierno.

—No podéis hablar en serio, Salazar, nosotros somos religiosos – dijo Quiroga sin creer lo que escuchaba.

—¡Nosotros los quemamos en la hoguera! – gritó Salazar. Había estallado ante la falta de comprensión por parte de Quiroga. Pero, ¿qué podía pasar por la cabeza de ese hombre? Iba de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, juzgando a personas que eran acusadas por vecinos de su misma villa de cosas terribles, inhumanas, absolutamente execrables a los ojos de Dios y de cualquier ser humano con un poco de corazón, y sin haber sido capaz de comprobar de primera mano si alguno de aquellos testimonios era cierto – Nos mienten para no ser los siguientes en la pira, para intentar evitar las llamas aunque sea a costa de la vida de otro inocente.

—Somos enviados de la Santa Iglesia y por ello nos respetan y hablan...
—Quiroga miraba confuso a Salazar.

—No nos respetan, Hernán; nos temen – dijo suavemente Salazar – Sabéis perfectamente quién soy, Hernán —el fraile no contestó —Soy el abogado de las brujas, ¿no es así como me llaman? El más cruel y poderoso de los inquisidores – Salazar volvió a sentarse, pero esta vez no tomó vino, sólo se pasó la mano derecha por el rostro, agotado – Todos saben lo que ocurrió en Zugarramurdi; las noticias de las atrocidades que se cometieron en aquel lugar corrieron como la maldita pólvora. Si la Inquisición se acerca, es mejor ir cogiendo leña para una hoguera – sonrió irónicamente y, entonces sí, bebió más vino – Sentaos, Hernán. Por favor.

Quiroga se acercó y tomó asiento.

—Es una joven muy hermosa, he de reconocerlo – ahora parecía hablar para sí mismo, sin mirar a su interlocutor – No creo que seáis el único al que ha turbado la mente, por eso no debéis preocuparos ni avergonzaros.

—Es una bruja – Quiroga habló tímidamente.

—¿Y?

—Es un embrujo, si ella no me hubiera hechizado nunca habría puestos mis ojos en ella como mujer; yo soy fiel a mis votos.

—¿Acaso es tan débil vuestra mente que una muchacha de pelo anaranjado puede controlarla con una...? — Salazar se detuvo — Decidme, ha sido con una poción, o con una hechizo, unas palabras encantadas, polvo de hueso de murciélago... con qué os hechizó.

—No lo sé — respondió Quiroga turbado — Si me hubiera dado cuenta de cómo lo hacía no lo habría permitido. Los testigos afirman que realiza conjuros.

—Y también dirán que vuela por la noche y aprovecha la oscuridad para adentrarse en las estancias de los inquisidores que la amenazan con la hoguera, y de esa forma suministrarles la poción — Salazar miró fijamente a Quiroga.

—Es lo que han dicho en los interrogatorios.

—Y, ¿por qué no os mató? — bebió otro sorbo de la copa y miró a Quiroga — Habría sido igual de sencillo y habría terminado con quien quería quemarla viva. Si es tan poderosa, ¿por qué no se salva, Quiroga? Por qué no se salva. Os puedo asegurar que no he visto a ningún brujo escapar volando de la hoguera.

De nuevo reinó el silencio. Pero en esta ocasión no era la desconfianza lo que se interponía entre los dos inquisidores. Salazar era un cúmulo de cansancio por no lograr hacer ver a Quiroga lo que él había terminado de comprender en Zugarramurdi, y por entender él mismo que no importaba la verdad sino lo que otros querían que fuera verdad. Quiroga estaba confuso ante la estampa de Salazar tras la discusión; aquel hombre era muy valioso en la jerarquía eclesiástica, un erudito del derecho de la Iglesia que había trabajado con las personas más ilustres y que había alcanzado el puesto de Inquisidor de Logroño unos años antes. Las dudas que Quiroga creyó ver en un primer momento en las palabras de Salazar ahora eran certidumbres; aquel hombre estaba convencido de que el Santo Oficio estaba siendo engañado de

forma constante en asuntos de brujería.

—Nuestro deber – continuó Salazar – era buscar a aquellos que utilizaran la cruz de Cristo para encubrir sus ritos moros o judíos, a los herejes, a los que habían tomado falsamente la fe cristiana. ¿Qué ha pasado entre tanto? Ahora nos envían a buscar brujas y demonios. ¿Qué podría ser lo siguiente? Quizás dragones adiestrados por criaturas del averno que se transforman en hombres para raptar a los niños que luego convierten en criaturas infernales.

Salazar se puso en pie y miró consternado a Quiroga.

—Mi deber como religioso es proclamar la buena nueva, la Resurrección de Cristo y el amor de Dios – continuó Salazar – Mi obligación como Inquisidor es velar por la fe cristiana. Mi exigencia como hombre de leyes es lograr que se haga Justicia. Y os juro que no he conseguido ver todavía dónde está la incompatibilidad de todo el conjunto. Sin embargo son constantes los intentos por intentar obligarme a dar prioridad a una de esas facetas sobre las otras, incluso a costa de hacerlas desaparecer y resultar invisibles.

—Yo no soy hombre de leyes, Alonso. Ni siquiera tengo la responsabilidad que supone ser inquisidor. Soy un simple fraile que pretende cumplir con la misión que Dios le ha encomendado, que no es otra que la evangelización y la consagración plena de mi vida a mi Señor – aquella era la frase más desarrollada que Salazar recordaba haber escuchado de la boca de Quiroga – Pero si para lograr propagar la palabra de Dios debo ser el más severo de los jueces, podéis tener por seguro que no tendré la más mínima duda en serlo.

—Escuchad vuestras propias palabras, Hernán. No sois hombre de leyes, no podéis ser el más severo de los jueces.

—Pero la ley divina no es territorio exclusivo de juristas – Quiroga desafiaba a Salazar.

—La ley divina es territorio exclusivo de Dios – Salazar aceptó el lance – Y nosotros debemos ajustarnos a ella y velar por su respeto. Pero no somos quiénes para acomodar sus preceptos a nuestras necesidades.

—¿Nuestras necesidades? ¿Acaso creéis que necesito condenar brujas?

— No me refería a eso – Salazar dejó la frase en suspenso y a Quiroga

confuso – Y Dios dijo a los desterrados, *no prestéis atención a los sueños que vosotros mismos provocáis*. Nadie ha visto volar a una bruja sobre una escoba; ni una sola persona ha logrado explicar cómo salen de estancias por resquicios insalvables. Nada. Niños que acusan a otros niños, a sus madres, a sus padres o hermanos de llevarles a aquelarres que nadie, salvo los acusados, ha podido ver jamás. Rebaños de sapos vestidos de colores, Satanás recibiendo la adoración de los brujos, hogueras, cánticos, fornicio, tambores... Y ninguno de nosotros, de los que debemos demostrar que todo eso existe y amenaza nuestra fe, ha visto nunca nada. Ésa es la necesidad que cubrimos, Hernán; doblamos y retorremos al máximo la ley divina para conseguir que lo que no es, finalmente, sea.

—Tras el auto de fe de Logroño vuestro propio tribunal envió predicadores por todas estas tierras para alertar a gentes del peligro de la extensión de la secta de brujos, para predicar la palabra de Dios y fortalecer la fe de los hombres en Cristo. No podéis decirme ahora que la labor que me ha sido encomendada es reprobable cuando otros lo hicieron antes que yo a instancias de vuestro tribunal.

—Lo que esos predicadores hicieron fue sembrar el miedo en gentes ignorantes y asustadas, conecedoras de lo que había ocurrido en Logroño y de la dureza con la que los supuestos brujos habían sido tratados. Como si de una revelación se hubiera tratado comenzaron a aparecer testigos de decenas de aquelarres. Y no podéis ni imaginar qué cantidad de niños acudió a revelar a esos oradores, que desde los púlpitos detallaban aquello que estaba siendo perseguido, que ellos habían visto lo que esos predicadores revelaban – Salazar hizo una pausa – Esos niños soñaban con lo que oían, sufrían pesadillas y terrores por culpa de los perturbadores relatos que escuchaban desde los púlpitos. Sólo eran niños y se les utilizó como fuente de la más sólida credibilidad para acusar y condenar a gentes que no tenían nada de brujos ni de hechiceros.

—Y por qué no admitís lo evidente, Quiroga – fue Salazar el primero en hablar.

—No os entiendo – Quiroga se sentó y sirvió un poco de vino en las dos copas que había traído el posadero.

—Que sois humano.

Quiroga miró asombrado a Salazar. Si ésa era la única revelación que le iba a hacer sería mejor beber el vino pronto e irse a descansar.

—¿Lo evidente es que soy humano? – replicó con cierta sorna.

—Lo evidente es que os ha turbado la razón y el corazón.

En ese momento, Quiroga se puso de pie y se dirigió enfurecido hacia Salazar. Pero se detuvo frente al rostro impassible del sacerdote, a pocos centímetros de él, respirando con furia.

—Cómo os atrevéis a acusarme de...

—No os acuso de nada, Quiroga – Salazar se separó lentamente del inquisidor – Creedme, no hay nada que desee menos que convertirme en acusador de nadie – se dirigió hacia la mesa y cogió la copa de vino – No os digo nada que yo no haya visto antes... o experimentando antes que vos.

Salazar dio un pequeño trago al vino y se sentó. Sin embargo, Quiroga no le siguió en el gesto y se mantuvo de pie, a poca distancia de él. La penumbra de la habitación les daba a los dos un aire tenebroso y lóbrego. La llama danzaba suavemente provocando que ambos rostros parecieran cambiar constantemente de expresión, pero en realidad los dos hombres se mantenían hieráticos.

—Soy un siervo de Dios y cumplo con mis votos de castidad – Quiroga casi escupió aquellas palabras.

—Y también sois un hombre, Quiroga – Salazar se incorporó levemente y acercó su cara a la vela – No se trata de negar que se tienen tentaciones; se trata de vencerlas. ¿Estáis de verdad dispuesto a enviar a la hoguera a una mujer por el color de su pelo? – la pregunta quedó suspendida —¿Os estáis escuchando?

—Es una bruja – Quiroga tenía su brazo derecho sobre la mesa y miraba al suelo; estaba empezando a llorar – Casi acaba con mi vida, me hechizó y ha intentado seducirme como la serpiente hizo con Eva.

Salazar le miró durante unos segundos sin decir nada.

—Así que se trata de eso – dijo finalmente —¿Creéis que yo no tengo ojos, Hernán? ¿Acaso pensáis que sois el único que ha reparado en ella? Yo también la he visto y pienso que es una criatura de una belleza embriagadora.

Quiroga levantó entonces la cabeza y miró a Salazar confundido.

—Pero, ¿qué estáis diciendo?

—Que es una mujer muy hermosa.

—Nosotros somos hombres de Dios – espetó Quiroga cortante.

—Pero seguimos siendo hombres. No podéis culparla a ella por su belleza. Sería como culpar a Dios por haberla creado tal como es. Deberíais dar gracias al Señor por ser capaz de crear criaturas tan hermosas. Y quizá deberíais agradecerle que os haya puesto una tentación tan clara en vuestro camino para poder superar la prueba y así demostrar la fuerza de vuestra fe.

El fraile le miró desconcertado. Sentía el estómago encogido y el corazón palpitando desbocado. Porque Salazar le estaba ayudando a enfrentar su profundo sentimiento de culpa.

—Y qué ocurriría si no lo hubiera conseguido.

—¿Es que habéis caído en esa tentación, Hernán? – Quiroga no respondió —Decidme, ¿acaso habéis obrado de manera indecorosa, la habéis violentado de alguna forma, habéis yacido con esa mujer? ¿Hay algo de eso?

—¡No! – Quiroga intentó secar sus lágrimas con las manos – Nunca me atrevería... jamás podría hacer nada semejante. No.

Salazar se mantuvo en silencio intencionadamente. Sin embargo el fraile tampoco dijo más.

—Os estáis castigando sin motivo entonces.

—¿Sin motivo, decís? He pensado todas y cada una de las cosas que habéis dicho – el llanto de Quiroga era cada vez más desconsolado – Mientras la interrogaba en la iglesia me desvanecí y caí al suelo. Estaba muy cerca de

perder la consciencia y ella se acercó a mí... me rodeó con sus brazos y... perdóname, Señor... un mechón anaranjado de su melena resbaló y cayó sobre mi cara. Olía a manzanilla y romero – un sollozo interrumpió al fraile – Imagino que en ese momento mi juicio estaba nublado y mi voluntad perdida, porque mi corazón saltó en mi pecho y me hizo agarrar su mano con fuerza. Deseé que siguiera aquel abrazo eternamente, que su olor impregnara mis hábitos, mi propia piel. Entre las sombras del letargo sólo atinaba a ver dos ojos verdes que arrojaban mi alma, que me calmaban —entonces Quiroga se detuvo, tomó aire y se secó las lágrimas como pudo – Y vi su boca tan cerca de mí que... que mis dedos intentaron acariciarla. Y no me digáis que eso fue fruto del desmayo, ni de la debilidad provocada por la enfermedad. Fue ella quien intentó seducirme para desequilibrar así mi razón y salvarse del juicio. Susurraba a mi oído con extrema dulzura, me secaba el sudor del rostro, acariciaba mi cabeza y mi cara, y su pelo rojo descansaba sobre mi rostro y embriaga mis sentidos.

Quiroga se sentó y bajó de nuevo la mirada. Respiraba con cierta dificultad y dejaba que las lágrimas fluyeran libremente. Ya había hablado; ya no le importaba. Salazar le miraba pensativo. Estaba intranquilo por el devenir argumental del fraile, capaz de condenar a una mujer a la hoguera para evitar así el tormento de su propia culpa y convencerse del poder cegador de una joven sólo por su extrema belleza.

—¿Y bien? – el inquisidor quería que el propio Quiroga pusiera el punto final. El fraile aguantó el reto unos segundos pero entendió que debería ser él quien terminara el discurso.

—Os ruego que toméis todo lo que os he dicho como confesión, padre – Quiroga miró desafiante a Salazar pues de esa manera le estaba obligando a mantener el secreto.

—Os imploro que me concedáis el perdón y acataré humildemente la penitencia que me impongáis.

Salazar comprendió que el fraile le había llevado a un callejón sin salida. Ahora debía dejar en manos de Dios la iluminación de Quiroga.

—Yo te absuelvo, hijo – el inquisidor levantó solemnemente la mano

derecha – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Os suplico que me impongáis penitencia, padre.

—Vos mismo os la estáis imponiendo.

Salazar abandonó la habitación y se retiró a descansar. Al día siguiente deberían terminar el interrogatorio de Berta y esperaba poder continuar su viaje a Burgos.

CAPÍTULO XII

Cuando Salazar bajó las escaleras que llevaban al zaguán el posadero salió rápidamente a su encuentro.

—Telmo, qué ocurre – Salazar vio la preocupación en su rostro.

—Señoría, es fray Hernán.

—¿Está bien? ¿Ha empeorado su estado? – Salazar sintió cómo se le encogía el estómago.

—No, señorita, está perfectamente. Pero ha salido muy pronto esta mañana hacia la parroquia, con todos los papeles. Y ha hecho llamar a Miguel, el alguacil.

Los dos hombres sabían lo que eso significaba. Quiroga quería terminar las pesquisas evitando la presencia de Salazar en la sala. El inquisidor salió apresuradamente de la posada y se dirigió a la iglesia. Cuando llegó apenas le quedaba resuello para saludar al alguacil, así que lo hizo con la mano. Entró directamente en la sala de las entrevistas sin siquiera llamar a la puerta. En ese momento Quiroga estaba frente a la mujer que le había salvado la vida, Juana Ugarte. Ambos le miraron sorprendidos al sentirle entrar de esa manera, pero la sorpresa se tornó esperanza en el rostro de la mujer mientras que Quiroga transformó su expresión en alerta ante la presencia de Salazar.

—Habéis madrugado mucho esta mañana, fray Hernán – Salazar intentó tomar aire para continuar hablando – Eso es muy buena señal, significa que los cuidados de Juana han tenido un efecto renovador en vuestro cuerpo y, espero, en vuestra alma.

Quiroga no respondió a la sutil provocación del inquisidor y se mantuvo en silencio.

—Buenos días, Juana – Salazar saludó a la mujer – Reconozco que no esperaba veros por aquí otra vez.

—Debía terminar el interrogatorio que me vi obligado a dejar a medias – respondió con dureza Quiroga.

—Me temo que en el caso de Juana ya no es necesario que continuéis con las preguntas.

Quiroga se sorprendió por aquella afirmación pues no esperaba una intromisión tan ofensiva de Salazar en su trabajo como comisario inquisitorial.

—Disculpadme, no os entiendo.

—Creo que no habéis abierto todavía el expediente de Juana.

El fraile miró confundido los papeles porque aún no había leído las anotaciones que pudiera haber hecho Salazar, si es que se refería a eso. Pero entonces lo vio, el documento que el inquisidor había firmado a favor de Juana Ugarte. Lo cogió con vehemencia y lo levantó frente al rostro de Salazar.

—Qué significa esto – de su voz rezumaba una mezcla de ira e indignación.

—Exactamente lo que habéis leído, Hernán. Esta mujer está libre de toda sospecha y la Inquisición no la molestará más.

—No tenéis derecho a inmiscuirlos de esta manera en mi labor – Quiroga se acercó al rostro de Salazar.

—No olvidéis con quién estáis hablando – Salazar sabía que sólo él podía vencer en ese duelo.

Quiroga comprendió enseguida que debía retirarse y acatar la decisión del inquisidor. Se dirigió a la mesa y guardó el documento junto al resto de papeles de Juana. Más que respirar, el fraile resoplaba como un animal furioso y Salazar sabía que aquel momento era fundamental para demostrar que la jerarquía estaba a su favor y el fraile debía obedecer.

—Juana, —el inquisidor se dirigió a la mujer que asistía atónita a aquella escena —podéis iros tranquila.

Juana no perdió ni un segundo y salió de la habitación casi llevándose por delante al alguacil.

—¿Hago entrar a Berta, señorías? – preguntó con cautela.

—No – Salazar se adelantó al fraile – Dejadnos un momento, Miguel.

Cuando se cerró la puerta Salazar aprovechó para sentarse en la misma silla que había ocupado Juana hacía unos instantes.

—Ni siquiera pienso entrar a discutir este asunto, Quiroga – el inquisidor se mostraba sereno, aunque inquebrantable – Esa mujer os salvó la vida cuando estabais a punto de perderla. Si no sois capaz de mostrar un mínimo sentimiento de agradecimiento, sobra cualquier argumento.

—Vos sois el inquisidor y yo un simple comisario – replicó con acritud el fraile —¿También habéis indultado a la mujer del pelo rojo o puedo terminar la entrevista?

—Tened cuidado, Hernán. Os aseguro que si seguís por ese camino de ironías y dobleces podéis traspasar el límite de mi paciencia, y entonces seré yo, el inquisidor, quien decida haceros las preguntas pertinentes. Y os ruego que no os lo toméis como una amenaza sino como una advertencia –Salazar se levantó de la silla – Llamadla y terminad con las preguntas. Me quedaré con vos por si necesitáis que os ayude. Habéis estado muy enfermo y no querría que vuestra salud se resintiera.

—Os agradecería que tuvierais presente que esta mujer no me ha salvado la vida sino que casi consigue arrebatármela – la voz de Quiroga parecía más calmada.

—Imagino que os referís al episodio de la pradera – Salazar no tenía presente su excursión con el posadero por aquella zona, así que pareció agradecer que Quiroga se lo recordara sin pretenderlo.

—El aquelarre, el lugar en el que esas brujas se han estado reuniendo.

—Lo conozco, ayer le pedí a Telmo que me mostrara ese sórdido lugar – la ironía que antes reprochó a Quiroga empezaba a desbordar el discurso de Salazar.

—¿Estuvisteis allí? – en ese momento desapareció cualquier resto de enojo del rostro de Quiroga barrido por la sorpresa —¿Acudisteis al aquelarre?

—No, fuimos por la tarde, y ya sabéis que las brujas son animales nocturnos. Pero remontamos el río hasta casi llegar a la pradera.

—¿Por qué no llegasteis hasta ella? Quizá podríais haber encontrado restos de alguna reunión de brujas.

—No pudimos continuar porque hubo un olor nauseabundo que nos hizo detenernos junto a la orilla del río – Salazar mantenía cierto suspense en el relato con el fin de llevar a Quiroga a un terreno resbaladizo.

—¿Pudisteis olerlo? – el estupor del fraile iba en aumento —¿También lo olió el posadero? Es uno de los recuerdos más vivos que tengo de aquella noche.

—¿Acaso vos acudisteis a la pradera, Hernán? – el inquisidor le había advertido de que no era buena idea ser objeto de sus preguntas y estaba a punto de comprobarlo – No tenía conocimiento de ello.

—No he tenido ocasión de hacéroslo saber, Alonso – Quiroga se había percatado de que se estaba adentrando en un asunto del que quizá le iba a costar salir – He estado enfermo.

—Lo sé, Hernán. Pero, decidme, qué ocurrió esa noche en la pradera. ¿Tuvo algo que ver con vuestro mal? ¿Visteis el aquelarre?

—Vi a la bruja del pelo rojo – respondió Quiroga tajante.

—¿Y a quién más? Los relatos que conozco de gentes que acudían asiduamente a las reuniones de brujos hablan de decenas de personas. Fuisteis muy valiente al acudir solo, Hernán. ¿A quién más pudisteis ver? – Salazar estaba acorralando al fraile.

—No me dio tiempo a ver a nadie más. La pelirroja me envenenó con un hechizo y hube de regresar a la posada antes de perder la consciencia.

—Así que visteis un aquelarre de una bruja – Salazar no dejó un instante siquiera para que Quiroga respondiera – Y, decidme, Hernán. Ese hechizo maléfico, ¿de qué manera os llegó? Quiero decir, la joven os tocó, os hizo beber algún brebaje...

—No, lo lanzó a través del aire.

Se hizo un denso silencio entre los dos hombres.

—¿Os lo lanzó desde su escoba?

—Lo dijo... en su lengua, y empecé a sentir terribles dolores y nauseas. Vomité y ella debió de escucharme, por eso huyó y no se reunió el aquelarre.

—¿Antes o después del hedor del río? – Salazar fingía un interés casi intelectual por el relato del fraile.

—Después – Quiroga creía que había recuperado un poco de credibilidad ante el inquisidor – Creo que el olor procedía de las plantas que esa bruja estaba recogiendo de la pradera, con las que preparó el embrujo que casi acaba con mi vida.

—Era un oveja – Salazar estaba cansado de tanto sinsentido.

—¿Disculpad?

—El olor procedía de una oveja muerta; la encontramos ayer Telmo y yo en nuestro paseo vespertino por la orilla del río. Estaba descompuesta y, es cierto, el olor que desprendía provocaba nauseas. Pero, continuad, decíais del hechizo...

El fraile no sabía cómo continuar. Estaba confundido no tanto por la actitud de Salazar, sino porque sentía que le había tendido una trampa y había caído ingenuamente.

—¿Una oveja muerta? Pero yo no vi la oveja...

—Tampoco la buscasteis, Hernán.

—Junto a la orilla, decís. Yo llegué a la pradera bordeando la orilla y no la vi.

—No me he explicado bien. Nuestro paseo era por la orilla, pero la oveja la encontró Telmo dentro del río, bajo un tronco. Debía de llevar allí mucho tiempo, vos mismo pudisteis olerla. Pero de no haberla buscado, no la habríamos encontrado. Quizá ahora me he explicado mejor.

Quiroga miró desconcertado al inquisidor. Si no buscas, no encuentras. Pero hay que querer encontrar. Ahora sí se estaba explicando.

—Y podéis imaginar lo importante del hallazgo – Salazar continuaba cercando al fraile – Ese río es el que sacia la sed del pueblo pues lleva agua a la fuente de la plaza. La fuente de la que seguramente habéis bebido desde vuestra llegada a Arróyabe, ¿me equivoco?

—Claro que he bebido de la fuente. ¿Acaso he sido el único? Sin embargo sólo yo he caído enfermo.

—Nadie bebe ya de esa fuente desde el suceso de los niños. Una mera superstición fruto de una burda equivocación. La posada tiene pozo propio y existen algunos manantiales subterráneos que sirven para dar agua a la aldea. Sin embargo creo que estabais convencido de que la joven pelirroja os había envenenado.

Hernán Quiroga miraba anonadado a Salazar, todavía encajando las piezas del rompecabezas en que se había convertido su mente al escuchar las palabras del inquisidor.

—¡Miguel! – Salazar llamó entonces al alguacil —¿Podéis pedir a Berta que venga, por favor? Muchas gracias.

A los pocos segundos la joven Berta Goiburu, la mujer del pelo rojo, entró en la sala acompañada por el alguacil. Él había visto lo ocurrido en la celda cuando el fraile perdió el conocimiento y sabía que había estado muy enfermo, casi moribundo, así que no se fiaba de la joven a la que acompañaba. Miró con seriedad a los dos religiosos, cerró la puerta y se marchó.

—Venid aquí, Berta, por favor, y acomodaos en esta silla – Salazar invitó a la joven a sentarse – Me parece que ya conocéis a fray Hernán de Quiroga. Espero que esta entrevista no nos lleve mucho tiempo pero, como creo que comprenderéis, es menester terminarlo de la manera adecuada y formular al menos las cuestiones que la Inquisición nos establece como guía.

Berta asintió nerviosamente sin dirigir apenas una par de miradas furtivas a Quiroga. Prefería mantener como entrevistador a Salazar, pero debía ser el

fraile quien la interrogara de nuevo.

—Fray Hernán de Quiroga, es vuestro turno – Salazar se retiró a la pared más alejada de Quiroga; sin embargo, no le perdía de vista y estaba a la espalda de Berta y de frente al fraile.

Quiroga se quedó en silencio mirando a la joven, que desvió los ojos hacia el suelo en el mismo instante en el que se quedó frente a él. El fraile estaba todavía consternado por la conversación que había mantenido hacía unos minutos con el inquisidor y no estaba preparado para realizar las cuestiones a la bruja. El pelo rojo caía en cascada frente a él pues la mujer miraba al suelo sin dejar que su rostro se viera, la tenue luz que entraba en la estancia arrancaba destellos anaranjados de sus cabellos y el aliento que la joven expulsaba asustada e inquieta los hacía bailar al ritmo de su respiración.

—Fray Hernán, por favor – la voz de Salazar le sacó de su embeleso.

—Cuál es tu nombre – Quiroga quiso mostrar firmeza desde la primera pregunta que le hiciera a la joven pero la turbación que le provocaba aquella mujer se lo impidió. Por el contrario aquella frase sonó más a ruego.

Berta levantó su verde mirada con cierto asombro ante el inesperado tono que había empleado el fraile.

—Berta, señoría, me llamo Berta.

Quiroga contuvo la respiración al sentir sobre él aquellos ojos. Parecían contener el infinito y le hacían perderse en un remolino de emociones que le provocaban un vértigo casi incontrolable.

—Berta – repitió en un susurro – Dime de dónde eres.

Entonces Quiroga apartó su mirada para escapar de los ojos de la joven pelirroja. Hizo el gesto de escribir algo en el expediente de Berta y esperó, sin levantar la vista, una respuesta que ya conocía.

—Sabéis de dónde soy, señoría – su voz parecía calmada.

—Pues dímelo otra vez – el tono de Quiroga fue un poco más duro, algo que no pasó desapercibido a la mujer y menos aún a Salazar, que lanzó una mirada preocupada al fraile. Sin embargo Quiroga no pudo ver el gesto del

inquisidor pues seguía esquivando los ojos de Berta.

—Nací en Zugarramurdi, señoría – contestó con obediencia.

El fraile anotó con solemnidad, respiró profundamente y sintió que la fuerza regresaba a su espíritu.

—No es necesario escuchar de nuevo tu triste historia familiar– dijo con dura ironía – Sin embargo, necesito que me respondas con claridad y sinceridad a las siguientes preguntas – Quiroga miró a la joven de reojo – Y espero que sepas ser breve. Antes de nada quiero que me digas cuántas veces acudiste con tus padres brujos al aquelarre de Zugarramurdi.

Berta esperó unos segundos y al comprobar que el fraile no tenía intención de mirarla giró la cabeza con cuidado en busca de Salazar. El inquisidor no quería interponerse en el interrogatorio de un comisario; lo que había ocurrido con Juana Ugarte había sido una medida excepcional por las especiales circunstancias de saludo de Quiroga. Pero tampoco tenía intención de permitir que Quiroga dirigiera a Berta a la cárcel de Logroño con un interrogatorio tergiversado. Asintió levemente para que Berta respondiera. Ella volvió de nuevo su rostro hacia el fraile.

—Señoría, mis padres no eran brujos y, por lo tanto, jamás me llevaron a ninguna reunión de brujas – a la joven le temblaba la voz a la espera de la reacción de su interrogador.

—Quiero que te quede clara una cosa, Berta. Si tus padres fueron juzgados, condenados y encarcelados por brujos... —ahora sí, Quiroga se atrevió a mirarla a los ojos – entonces, eran brujos.

El fraile aprovechó para lanzar una mirada desafiante a Salazar, consciente de que no podía reprocharle el argumento pues las sentencias del proceso de Logroño, jurídicamente, eran el resultado de una profusa pesquisa y lo dicho en ellas debía considerarse como hechos probados y punibles.

—Fueron reconciliados, señoría.

—Sin embargo, la reconciliación no significa sino que reconocieron ser brujos y evitaron la pena mayor que se reserva a los brujos. Así que dime cuántas veces te llevaron al aquelarre.

—Ninguna, señoría.

Quiroga se mantuvo en silencio ante la osadía de la joven. Sabía que tener a Salazar en la sala le obligaba a ser muy cuidadoso en la formulación de las preguntas, pero no quería que se le escapara la confesión de una bruja, hija de brujos.

—De acuerdo, Berta. Dime en qué días tenían las juntas tus padres, a qué hora iban y a qué hora regresaban – Quiroga la miró de nuevo.

—Mis padres no iban a juntas ni aquelarres – entonces fue Berta quien levantó con firmeza la mirada – porque no eran brujos.

Aquel cambio en la actitud de la joven obligó a Quiroga a apartar de nuevo sus ojos y fijarlos en los papeles.

—¿Os encontráis bien, Quiroga? – era la voz de Salazar la que irrumpía entre los dos – Espero que no estéis teniendo una recaída de vuestra enfermedad.

—No, no... estoy bien. Sólo necesito ordenar las siguientes preguntas – el fraile parecía un tanto ofuscado.

—Quizá deberíais pasar directamente a la de los ungüentos – sugirió Salazar.

Desde hacía algunos años la Suprema había establecido una serie de catorce preguntas que debían hacerse de forma rutinaria a las personas involucradas en casos de brujería. Era un protocolo que debía seguirse en los interrogatorios a sospechosos de prácticas brujescas que podía quedar en papel mojado si el interrogado negaba la mayor, como estaba ocurriendo con Berta Goiburu. La falta de práctica de Quiroga y el desconcierto que le provocaba la presencia de la joven provocaban que el cuestionario fuera bastante confuso para el propio comisario.

—Sí, de acuerdo... los ungüentos – sin levantar la mirada del expediente Quiroga lanzó la siguiente pregunta – Dime con qué ungüentos se untaban tus padres para acudir a los aquelarres.

—Con ninguno, señoría. Mis padres nunca asistieron a un aquelarre.

La determinación de Berta en la defensa de sus padres estaba desubicando al fraile y fortaleciendo a la joven del pelo rojo.

—Quién les informaba de que se iba a producir la reunión de brujos – insistía Quiroga.

—Nunca fueron a ninguna reunión de brujos.

—Dime si se confesaban y si recibían el Santísimo Sacramento en el tiempo que transcurría entre uno y otro aquelarre.

—Mis padres se confesaban como todo buen cristiano y tomaban la comunión todos los días, no entre aquelarres porque nunca acudieron a ninguno – Berta le estaba haciendo frente con profunda dignidad.

—Qué método utilizaban tus padres para acudir a los aquelarres de Zugarramurdi – el fraile levantó un poco más la voz con la intención de imponer su autoridad en aquel lance dialéctico – Volaban sobre troncos o escobas, se ungían con pócimas, les transportaban otros brujos...

—Os he dicho, señoría, que mis padres no eran brujos – zanjó Berta.

—¡Maldita sea, no estoy juzgando a tus padres! – exclamó Quiroga – Me interesas tú.

Al decir estas últimas palabras el fraile se dio cuenta de que las dijo como nunca habría querido decirlas. Pues la dulzura o la súplica no eran formas para las preguntas de un comisario de la Inquisición. Así que cerró los ojos avergonzado y se mantuvo en silencio. Salazar entendió su tribulación y se acercó a la mesa de Quiroga. Miró a Berta que, confundida, miraba a uno y otro hombre, y le hizo un gesto con la mano para que se mantuviera callada.

—Me temo que fray Hernán no se encuentra en las mejores condiciones para continuar con las preguntas, Berta. Si os parece, esperad en esta sala unos momentos – entonces se dirigió al fraile – Avisaré al alguacil para que os acompañe a la posada y podáis descansar. Mientras, yo terminaré la entrevista con Berta, ¿os parece bien así, Hernán?

Sin decir una palabra, Quiroga asintió sin permitir que sus ojos se cruzaran una última vez con los de Berta. Aceptó los brazos que Salazar pasaba sobre

sus hombros y se dejó llevar hasta la puerta. Miguel, el alguacil, escuchó atento las instrucciones del inquisidor, se apartó para dejar pasar al fraile y lo acompañó como le habían encomendado.

—Disculpad, Berta, por este inconveniente. Ya sabéis que fray Hernán ha estado muy enfermo y la debilidad no le ha abandonado del todo – Salazar se sentó en el lugar que hasta hacía unos momentos había ocupado el fraile y miró a la joven – Si os parece, yo continuaré con las preguntas que restan. Tranquila, no será mucho más tiempo.

La joven se había quedado pálida tras el estallido de Quiroga y miró a Salazar con cierta desconfianza.

—Decidme, Berta, ¿conocéis a Juana Ugarte? – el inquisidor miró a la joven con amabilidad – Es una cuestión sencilla a la que me podéis responder también con sencillez. ¿La conocéis?

—Sí.

—Bien, gracias – Salazar anotó la breve respuesta – Deduzco entonces, y corregidme si me equivoco, que los conocimientos sobre hierbas y plantas os los ha transmitido de alguna manera Juana, y ése es el motivo por el que fray Hernán os vio recoger flores en la pradera que algunos vecinos señalan como lugar de reunión de brujas, ¿estoy en lo cierto?

Berta dudó; no entendía exactamente la intención de aquella pregunta pero había escuchado a Juana decir, cuando estaban las dos encerradas, que aquel era un hombre bueno y que la libró de la acusación de brujería, así que siguió el camino que le marcaba.

—Sí, señoría, no os equivocáis.

—Entonces es muy lógico pensar que si Juana hace un uso medicinal de dichos elementos naturales, vuestra presencia en aquel lugar se debía únicamente a la búsqueda de plantas curativas.

—Sí, señoría, contra la fiebre – aclaró Berta.

—Entonces creo que no es necesario que os haga más preguntas, Berta – Salazar dejó el plumín sobre los documentos y se levantó de la silla – Id

tranquila a casa. Yo me ocuparé de avisar a fray Hernán.

—¿Puedo irme? – preguntó Berta desconcertada.

—Si no queréis ir a casa, podéis seguir pasando aquí la mañana – Salazar sonrió – pero es un lugar ciertamente frío.

—Gracias, señoría – Berta le besó la mano – Que Dios os bendiga, que Dios os bendiga.

—Por favor, Berta, detente. Que Dios te bendiga a ti – Salazar se mantuvo en silencio un instante —Siento mucho lo que les ocurrió a tus padres —la joven le miró agradecida – Tu padre era un buen hombre.

La mirada de gratitud cambió a un gesto de confusión.

—¿Cómo lo sabéis?

—Conocí a vuestro padre, Berta. En Logroño.

—Qué queréis decir... —la joven pelirroja se echó hacia atrás quizá buscando un poco de perspectiva —¿Fuisteis acaso uno de sus carceleros?

—No, no. Me temo que, muy a mi pesar, fui uno de sus inquisidores. Mi nombre es Alonso de Salazar.

Al escuchar aquel nombre, muy al contrario de la reacción que esperaba el inquisidor, la joven comenzó a sollozar, se acercó despacio a él, le tomó las manos y, entre lágrimas, le agradecía cosas que Salazar no alcanzaba a entender.

—Sé quién sois, señoría. Lo sé. Cómo podré daros las gracias.

—No comprendo... Os pido disculpas, Berta, porque fui uno de los responsables de la suerte de vuestro padre.

—Sé que intentasteis salvarle – Berta intentó secarse las lágrimas – Pude verle dos veces en prisión. En la primera ocasión le supliqué que confesara lo que le dijeran, que no merecía la pena perder la vida en la hoguera. Mi madre ya había muerto en la cárcel, enferma, sin saber siquiera por qué pasó sus últimos días encerrada.

—Lo sé – reconoció Salazar – Yo aún no me había incorporado al tribunal.

—Sin embargo, no me hizo caso – Berta continuó como si no le hubiera escuchado – Quería defender su honor por encima de su vida. Pero la segunda vez que le vi me dijo que había confesado, que reconoció ser brujo y que esperaba que le perdonaran la vida y le permitieran salir de prisión pronto – la joven no lloraba con tanta intensidad – Me dijo que había hablado con un comisario enviado por el inquisidor Salazar y que le había convencido de que admitir la culpa, aun no siendo la verdad, era mucho más sensato que morir entre llamas. Usted le salvó la vida, al menos consiguió que no sufriera el tormento de la hoguera.

—Luego murió en prisión – Salazar hablaba con cariño y respeto.

—Sí, cayó enfermo y... bueno, no dio tiempo a que le liberaran. Sé que lo intentasteis con más acusados. Salvasteis vidas poniendo en riesgo vuestra propia reputación. No imagináis las cosas que en Logroño se decían de vos.

—Me temo que cosas peores de las que terminaron llegando a mis oídos — Salazar sonrió levemente.

—Le distéis suficiente tiempo a mi padre para que pudiéramos vernos por última vez y eso es más de lo que cualquier otro inquisidor nos concedió.

—Tenéis un gran corazón, Berta. Y una admirable capacidad de perdón. Os brindo todas mis bendiciones y os tendré presente siempre en mis oraciones. Vamos, será mejor que os vayáis y olvidéis esta pesadilla.

La joven abrió la puerta y salió apresuradamente. Salazar recogió todos los papeles que había sobre la mesa y se dirigió de nuevo a la aldea. Por el camino se encontró con Miguel que acababa de dejar a Quiroga en la posada.

—Miguel, os agradezco vuestra ayuda. ¿Le habéis dejado en su estancia?

—Sí, señorita. Telmo está al tanto – el alguacil hizo amago de salir con prisa hacia la parroquia.

—No, Miguel, tranquilo – Salazar le detuvo – Ya no queda nadie ahí arriba.

—¿Y la bruja, señor?

—La joven Berta ha contestado de forma adecuada y convincente a todas las preguntas de la Inquisición así que está libre y de vuelta en su casa. Podéis volver también a la vuestra.

Salazar continuó el camino hacia la posada y dejó al alguacil a sus espaldas, todavía pensativo sobre la liberación de Berta. Él sabía lo que había visto y el fraile yacía tendido en el suelo de aquella sala a modo de celda, sin conocimiento, mientras la bruja le tenía atrapado entre sus brazos.

CAPÍTULO XIII

Salazar llegó solo a la posada y se dirigió directamente a la habitación de Quiroga. Llamó a la puerta con cuidado y esperó respuesta pero, al no obtenerla, decidió entrar.

—¿Hernán, estáis aquí?

El fraile estaba sentado en la silla del escritorio, cabizbajo, apoyado su rostro sobre la mano derecha. Había encendido el candil porque el cielo se había cubierto de unas negras nubes que amenazaban con descargar de nuevo sobre Arróyabe y la luz estaba desapareciendo.

—¿Os encontráis bien?

—¿Habéis firmado el expediente? – preguntó sin mirarle.

—Eso es algo que os correspondo hacer a vos – Salazar se acercó y le dejó la carpeta sobre la mesa.

—¿Como con Juana? – entonces levantó la vista. Su mirada revelaba la profunda vergüenza que había sentido en la parroquia frente a la mujer a la que acusaba de ser una bruja y, al tiempo, una ira mal disimulada – Con ella no tuvisteis siquiera la deferencia de informarme.

—Sí, disculpad mi torpeza – respondió Salazar con sarcasmo – pero estabais inconsciente y era ella quien os estaba salvando la vida.

—¡Me habéis avergonzado ante la acusada y me habéis dejado en evidencia como comisario de la Santa Inquisición!

—Yo no os he hecho hablar como un necio, un insensato que utiliza una acusación de brujería para clamar sus ansias por una mujer. Eso lo habéis hecho solo.

Quiroga tomó el expediente de Berta y leyó las anotaciones y últimas preguntas que había realizado Salazar a la sospechosa.

—¿Esto es todo? – se levantó como un resorte de la silla y aireó los papeles

frente al rostro del inquisidor – Podrías haberlo completado con alguna receta de condimentos para el guiso de ternera. ¡Éste no es el cuestionario para una bruja!

—¡Claro que lo es! – la profunda voz de Salazar mudó el rostro de Quiroga – Las preguntas incoherentes anteriores a las mías están anotadas de vuestro puño y letra, Quiroga. Y son las que protocolariamente se hacen a los sospechosos de brujería. Así que, sí, es un cuestionario para una sospechosa a la que no habéis podido relacionar de ninguna forma con la brujería. Ahora actuad en consecuencia y firmad el maldito informe, cerrad este caso y regresad a vuestro monasterio a servir a Dios.

—Ahora mismo lo firmo, señoría – Quiroga se sentó de nuevo y tomó el plumín – Con mi puño y letra, tras todas las pruebas conseguidas, los testimonios requeridos y los interrogatorios realizados – siguió escribiendo – confirmo que la mujer llamada Berta Goiburu – hizo una pausa larga mientras terminaba sus anotaciones – debe ser enviada a Logroño...

Ahora fue el gesto de Salazar el que se transformó.

—Para ser juzgada como bruja por el tribunal de la Santa Inquisición, al que vos mismo pertenecéis.

—Qué habéis hecho, Hernán – Salazar estaba realmente aturdido ante la reacción final que había tenido el fraile – Qué habéis hecho.

—He seguido vuestro consejo y he actuado en consecuencia, señoría. Y mi deber era firmar ese expediente como lo he hecho. Ahora será vuestra labor juzgarla y condenarla.

—¿Sabéis dónde la enviáis? – Salazar se enfrentó a Quiroga —¿Tenéis la más mínima idea de dónde la enviáis?

—A las celdas de Logroño – Quiroga no se movió de su sitio, pero se sintió intimidado por la fuerza del inquisidor.

—La mandáis al mismo infierno, maldito fanático. Es allí donde murió su madre, en la cárcel. Antes de ser siquiera juzgada. En aquellas celdas murió más tarde su padre. Ni siquiera a vos os desearía pasar una noche en esas celdas infestadas de chinches y con la compañía de las ratas en cada rincón,

pasando frío, dolor, miedo.

—Si sus padres corrieron esa suerte fue porque una sentencia así lo dictaminó – Quiroga desafió al inquisidor – No creáis que no sé lo que aquella sentencia decía.

—¿Sabéis lo que decía? – Salazar susurró frente al rostro del fraile – No olvidéis que yo la redacté. Participé en aquel veredicto e intenté por todos los medios que mis dos colegas no mandaran a las llamas a más gente de la que estaba destinada al fuego. Y aún así, hubo seis personas que sufrieron la hoguera; María de Arburu, María Baztán de la Borda, Graciana Xarra, María de Echachute, Domingo de Subildegui, Petri de Juangorena. Os juro que no olvidaré sus nombres mientras viva y menos aún olvidaré sus gritos mientras las llamas les devoraban vivos. Ni los aullidos de júbilo de las miles de personas que acudieron a ver cómo eran asados estos pobres infelices.

Quiroga no tenía palabras con las que responder a Salazar; estaba desconcertado por esos sentimientos de benevolencia que mostraba por unas personas que su propio tribunal había condenado. Muchos le habían llamado *el abogado de las brujas* pero lo cierto era que la Santa Inquisición le mantenía en su puesto sin reservas, incluso se sabía que le hicieron llamar a Madrid para hablar con la Suprema y que tuvo la osadía de llevar a dos de los brujos encarcelados en Logroño para que explicaran sus versiones.

—Por qué les defendéis de esa manera – acertó a preguntar el fraile – Por qué esa vehemencia en su defensa cuando sois quien debe juzgarles. Y, ¿a mí me llamáis fanático? Acaso deberíais escuchar mejor vuestras propias palabras y ser conscientes de vuestros propios actos, porque tengo la inquietante sensación de que es algo que os atañe personalmente, Alonso.

En ese momento Quiroga dejó de hablar, casi de respirar. Su mirada estaba atrapada en la figura de Salazar y su mente trabajaba con desesperación ante la verdad que acababa de descubrir.

—¿En serio, Hernán? – Salazar hizo aquella pregunta sin sentido aparente ninguno pero la media sonrisa con la que la acompañó indicaba que para él sí lo tenía – Ya entiendo... Acabáis de comprender lo que ocurre. Muy bien, mi querido amigo, vuestra inteligencia es un don por el que deberíais estar

eternamente agradecido.

Quiroga no apartaba los ojos de su opositor y fue dando pequeños pasos hacia atrás en un inútil intento de abandonar la estancia sin tener a Salazar como barrera. Porque Salazar le cerraba por completo cualquier posibilidad de huída.

—¿Ahora atáis todos los cabos? – preguntó con sorna – Supongo que os sentís liberado al entender lo que ha ocurrido. Aunque os veo realmente asustado, Quiroga. ¿Es que acaso me tenéis miedo? Dejadme que os ayude ya que parece que las palabras han decidido no acompañar a vuestros pensamientos.

Quiroga sabía que debía aguantar aquella puesta en escena porque no tenía ninguna posibilidad de vencer a aquel hombre.

—Estáis pensando que no hubo casualidad alguna en mi inesperada y oportuna aparición en Arróyabe, que no fue el destino quien me trajo a esta pequeña aldea. Por vuestra falta de reacción quiero creer que no voy dando pasos en falso y ando cerca de lo que pensáis – Salazar se mantenía a unos dos metros de Quiroga pero ganaba terreno poco a poco, con pasos cortos – Habéis comprendido que mi afán por ocuparme personalmente de vos formaba parte de un complejo plan, ¿me equivoco? —Salazar calló unos segundos sin borrar la sonrisa irónica de su cara – Ahora sí estáis seguro de que, la noche que la seguisteis, la bruja del pelo rojo os envenenó con el macabro fin de quitaros de en medio pues os estabais acercando demasiado a su grupo de brujas. Lo que me temo que no entendéis del todo bien, querido amigo, es por qué seguís con vida si el objetivo de la bruja era vuestra eliminación.

—¿Porque me queréis convertir en un monstruo! – Quiroga reaccionó con furia ante la grotesca explicación que Salazar estaba dando de los hechos.

—Bien, Hernán, muy bien. Necesito que me ayudéis a desmadejar vuestros pensamientos. Ahora soy yo el que no os entiendo, salvo que... oh, esperad. Yo también veo un poco de luz; creéis que yo os quiero convertir en brujo. Porque eso es lo que pensáis que soy yo, ¿verdad?

Salazar estaba cada vez más cerca de Quiroga, que se veía atrapado contra

la gran ventana de su habitación y había hecho desaparecer por completo la sonrisa que había tenido hasta ese momento.

—Por eso mandé llamar a la otra bruja, ¿no es cierto, Hernán? Porque ella era la única que podía salvaros del envenenamiento provocado por otra bruja.

—Vos sois el que manda en el aquelarre – Quiroga sentía el aliento de Salazar en su cara mientras el sudor resbalaba por su frente – Sois un maldito brujo como ellas. ¡Sois un adorador de Satán! —Quiroga cayó de rodillas frente a Salazar, exhausto por la gran tensión que acababa de sufrir y el cansancio – Yo ya estoy perdido pues nada puedo contra vos, pero vuestra alma será condenada al fuego eterno.

El silencio se apoderó de aquel momento dejando paso tan sólo a la agitada respiración de Quiroga.

—Levantaos – la voz de Salazar seguía siendo tranquila pero también más amable – Vamos, Hernán, dadme la mano y poneos en pie.

Desde el suelo Quiroga miraba con terror la figura del inquisidor.

—Dadme la mano, no temáis. No soy más brujo de lo que lo sois vos.

Salazar mantuvo firme su mano hasta que Quiroga la utilizó de agarradera. Se levantó pesadamente, sin dejar de mirar a Salazar, que le ayudó a tomar asiento y le acercó un vaso de agua.

—Bebed un poco, Hernán. Todavía arrastráis debilidad de los días pasados y no os convienen las emociones intensas – Salazar le miró con cierta condescendencia – Y menos aún si lo que creéis tener en frente es un poderoso brujo.

—¿Os parece gracioso este trance? – le inquirió Quiroga —¿Os estáis divirtiendo?

—Creedme, Hernán. Lo único que elimina la diversión de estos trances – Salazar acentuó interesadamente esta palabra – es que muere gente inocente en una hoguera. De lo contrario os aseguro que sí, me divertiría poder descubrir como un prestidigitador las patrañas de quienes creen en brujerías y fantasmagorías. Sin embargo, por desgracia, tengo la sensación de que este

sin sentido no acabará nunca. Y eso ya no me divierte.

Quiroga no contestó y mantuvo el silencio. Salazar se recostó en el respaldo de la silla, apoyó el codo en la mesa del escritorio, la cabeza sobre su mano derecha y miró interrogante a su colega.

—Decidme una cosa, Hernán. Sois un hombre inteligente y habéis dedicado gran parte de vuestra vida al estudio. Quiero decir que vuestros conocimientos en materia teológica y filosófica son amplios y sólidos, habéis estudiado a los más sabios y profundos pensadores que la civilización haya conocido.

—Dejad de adularme, no os funcionará.

—No os adulo, no me malinterpretéis.

—No sé entonces dónde queréis ir a parar, pero no os funcionará.

—¿Las habéis visto alguna vez? – preguntó Salazar.

—¿Qué?

—A las brujas, quiero decir. Cuántas habéis visto, dónde, cuándo habéis podido ser privilegiado testigo de un aquelarre.

Quiroga no respondió.

—¿No, Hernán? ¿Nunca las habéis visto o no lo recordáis? Os aseguro que yo lo recordaría si lo hubiera presenciado. Y, a pesar de todos los años que me he visto obligado a perseguir brujos, nunca he podido ver nada. Nunca. Quizá ése sea el motivo por el que parezco tan reacio a acusar de brujería a personas que pueden acabar ardiendo en las llamas. Pero si vos estáis convencido de lo que perseguís me inclino a pensar que tenéis pruebas reales de su existencia. ¿Me equivoco, Hernán? Porque, si es así, os imploro que me contéis todo lo que habéis visto.

—Nuestra obligación es perseguirlas.

—No, Hernán. Nuestra obligación es velar por la fe cristiana y lograr que regresen al redil las ovejas descarriadas. Nunca puede consistir en aterrorizar a esas ovejas, pues somos sus pastores y no los lobos hambrientos que las

persiguen. Y, ahora, decidme, ¿las habéis visto?

—Hay cientos de testigos que...

—¡Vos, Hernán! ¿Las habéis visto?

Quiroga no respondió.

—Nunca habéis visto nada, ¿no es así? – Salazar se calmó de nuevo – Hernán, nunca habéis visto brujas por el sencillo hecho de que las brujas no existen.

—¿Os estáis escuchando, Alonso? – esta vez fue Quiroga el que parecía perder la compostura —¿Acaso debemos nosotros experimentar en primera persona todos los sucesos que perseguimos? ¿Queréis decir que tampoco existen los falsos conversos porque no he participado en uno de sus ritos blasfemos? ¿O que el bígamo no lo es porque no contemplé sus actos de lujuria y fornicación? ¿Es que necesitáis meter vuestra mano en la herida del costado del Señor, como Tomás?

—¡No volváis a comparar la falta de fe en la Resurrección de Cristo con la brujería o la blasfemia! – Salazar se puso en pie como un resorte —¿Cómo se os ocurre semejante comparación? – Salazar se detuvo, respiró unas cuantas veces y se sentó de nuevo, aunque esperó unos segundos antes de volver a hablar – Mañana yo mismo podría ser bígamo o podría convertirme en un blasfemo. Pero no podría volar sobre una escoba o transformarme en gato, ni escapar de esta habitación a través de una cerradura. Ni yo, ni nadie.

Quiroga escuchó pensativo a Salazar y en su cabeza se iban agolpando cientos de argumentos que rápidamente tenía que desechar; y eso no le ocurría muy a menudo.

—Yo, igual que vos, he escuchado a decenas de personas no sólo contar haber visto brujas, sino confesar serlo ellas mismas. No podemos dejar de lado todos esos testimonios.

—Lo que yo sí he escuchado, y me temo que vos todavía no habéis hecho, es a esas mismas personas, que se confesaron brujas y reconocieron los más abyectos crímenes, retractarse de todo lo dicho, insistir en su inocencia y pedir clemencia y perdón.

—¿Sí? – contestó Quiroga con enfado —¿Queréis decir que todo el trabajo y el esfuerzo realizado por la Santa Inquisición en estas tierras es un fraude? ¿Es eso, Alonso?

—No es un fraude, Hernán. Es un engaño.

—A mí nadie me ha engañado.

Salazar se detuvo y le miró con cierta ternura. Por un lado admiraba el tesón de aquel joven y la convicción con la que afrontaba su trabajo. Pero tenía la sensación de que todavía le quedaba mucha ingenuidad que limar en estas lides y, él lo sabía por experiencia, la realidad era muy testaruda y asumir el gran error en el que uno vivía no le iba a resultar tarea fácil.

—Conocéis tan bien como yo el *Martillo de las Brujas*. Ese libro ha provocado delirios en media Europa y ha sido fundamento para cientos de procesos y ejecuciones. Sin embargo, el *Malleus maleficarum* no tiene apenas credibilidad para la Suprema, pues considera que los propios autores se engañaban al creer las cosas que decían haber visto. No soy sólo yo quien ve mentiras en todo este teatro.

El fraile no le respondió, así que Salazar decidió continuar su discurso.

—En algunos pueblos colgaban a los sospechosos de un puente y los lanzaban al agua helada del río para comprobar si eran brujos. Los pobres desgraciados terminaban reconociendo lo que fuese con tal de dejar de ser atormentados. Ni siquiera podéis imaginar los castigos a los que algunas jóvenes fueron sometidas por sus propios padres para que reconocieran lo que todo el mundo decía que eran. He conocido casos de chicos que eran atados de pies y manos y azotados hasta que confesaban ser brujos con el fin de evitar el deshonor de un juicio a sus familias. De las mismas preguntas que se les hacían, aprendían la respuesta. He hablado con niñas amenazadas de muerte por familiares para que acusaran a gentes con las que su familia tenía alguna disputa – Salazar se detuvo y tomó un sorbo de agua —¿Queréis más ejemplos? En Zubieta encontré a una niña que había denunciado a casi cincuenta personas y ante mí se retractó de lo que dijo, pero el mal ya estaba hecho. Y la joven Catalina, que confesó que yo mismo había sido condenado a la hoguera en su aquelarre e incluso había sido ajusticiado en las llamas.

Incluso intentaron asesinarme mientras dormía con unos polvos venenosos que introdujeron por mi nariz. Debo de ser de naturaleza bien robusta porque no sucumbí a ninguno de esos castigos; ni siquiera fui consciente de sufrirlos. Me temo, Hernán, que nos han engañado a todos.

—Lo que me contáis son casos aislados de entre cientos de procesos.

—¿Recordáis a Pedro Ruiz, el párroco de Eguino y comisario inquisitorial como vos? Seguro que os llegaron noticias de su intenso trabajo en la búsqueda y captura de brujos.

—Murió envenenado en Logroño. Las brujas le mataron.

—Eso dijeron los doctores. Teniendo en cuenta que el propio difunto defendía antes de morir que estaba siendo perseguido por los brujos del conciliábulo de Logroño, no es de extrañar que los médicos se inclinaran por esa posibilidad. Sin embargo, la Suprema exigió a mis dos colegas en el tribunal de Logroño que realizarán un informe sobre pócimas y ungüentos para demostrar que con ellos se había envenenado a Ruiz. Ese informe nunca se hizo, ni una sola prueba sobre las pociones de los brujos, ni una sola evidencia de que el párroco murió por venenos brujeriles – Salazar continuó su discurso – Pero he de contaros un pasaje que encontraréis fascinante. Conocí en Alsasua a un clérigo ya muy anciano, Basurto, que acababa de ser reconciliado pero que tenía mala conciencia por haber faltado a la verdad.

—Eso desmonta vuestra teoría; su retractación fue simulada – Quiroga creyó tener una buena réplica.

—No me he explicado bien. Su confesión fue una farsa, Quiroga. Y, esto es lo que os sorprenderá; fue el párroco de Eguino, Pedro Ruiz, quien le hostigó y obligó a confesar su condición de brujo por el simple hecho de tener una cicatriz en la sien. Lo llevó engañado a Logroño y allí le amenazó con entregarle a la Santa Inquisición si no confesaba su condición de brujo, cosa que el pobre desgraciado hizo de inmediato – Salazar miró detenidamente al fraile esperando ver en él algún cambio – No he hallado certezas ni siquiera indicios de que se haya producido algún acto de brujería.

—Son adoradores de Satanás. ¿Negáis acaso que el Demonio confabula para reunir a sus seguidores?

—Lo que creo es que si el Demonio ha intervenido, ha sido enredando a las gentes de los pueblos para hacerles creer en brujerías y verlas donde no las había. Cualquier enfermedad o desmayo se atribuye a cosa de brujas.

Quiroga mantuvo el silencio mientras su cabeza buscaba el sentido de aquella escena. No era posible que la mismísima Suprema hubiera sido burlada en tantos procesos y que tan sólo hubiera un hombre lúcido capaz de detectar el engaño.

—Vos mismo pedisteis tormento para algunos de los presos de Logroño – espetó a Salazar – Solicitasteis el tormento para ellos, Alonso.

—Porque si reconocían ser brujos cabía la posibilidad de solicitar el perdón y su puesta en libertad. Pero si no confesaban serían ejecutados en la hoguera. Algunos confesaron, como el padre de Berta. Otros no reconocieron las acusaciones ni a pesar de sufrir torturas.

—Y, ¿por qué no lo hicieron todos? Sabían que salvarían su vida con una falsa confesión. ¿Por qué prefirieron las llamas?

—Porque, aunque os cueste creerlo, Hernán, todavía queda gente para la que su honor tiene más valor que su propia vida. La misma Berta os ha hecho frente para defender el honor de sus padres – Salazar calló unos instantes y se acercó desafiante a Quiroga – En aquellas hogueras de Logroño sólo murieron inocentes. Si sois capaz, explicadme dónde está la buena nueva.

Los dos hombres se miraron. Salazar ya lo había dicho todo; Quiroga no sabía qué decir. No podía creer lo que estaba escuchando. Porque, de hacerlo, los cimientos sobre los que descansaba su mundo se resquebrajarían sin remedio. Y aquella idea le provocó pánico y el vértigo le llevó a alejarse de Salazar.

—Os dejo descansar, Hernán. Mañana partiré hacia Burgos al amanecer así que aprovecho para despedirme – le miró con calma – Rezaré por vos. Espero que Dios os ilumine la mente y el corazón, Hernán. Buenas noches.

Salazar desapareció y dejó a Hernán de Quiroga solo en la habitación, mirando en silencio la puerta. Ahora tenía que conseguir dormir.

CAPÍTULO XIV

Los golpes en la puerta de Salazar resonaron como una tormenta. El inquisidor se despertó sobrecogido ante la fuerza y la insistencia de la llamada. Se levantó con cautela quizá esperando que los golpes se detuvieran repentinamente, pero no fue así. Entonces se dirigió con firmeza a la puerta y la abrió bruscamente. Se encontró de frente con el rostro desencajado de Quiroga.

—Hernán, qué estáis haciendo. Actuáis como un perturbado. ¿Es que acaso habéis decidido enviarme también a mí a la hoguera? – en ese momento reparó en las lágrimas que recorrían el rostro del fraile – Decidme qué os pasa, ¿ha ocurrido alguna desgracia? ¡Hablad, por Dios!

—Ayudadme a salvarla, Alonso, por favor.

—Pero... —Salazar dejó entrar a Quiroga – Pasad e intentad calmaros. Qué estáis diciendo.

—Tenemos que salvarla, a ella.

—A Berta.

—He cometido una infamia, una mezquindad indigna de quien soy. Que Dios me perdone. Teníais razón, era mi culpa la que me carcomía por dentro y no quise verlo, no tuve el valor necesario para enfrentarme a mis propias flaquezas; por eso me obsesioné con cargar sobre ella la responsabilidad de mis desvelos. Ella no debe pagar por mis bajezas ni por mis debilidades – el fraile seguía llorando – No puedo permitir que la juzguen por una monstruosidad que yo mismo he alimentado. Debo salvarla.

—Hernán, tranquilizaos – Salazar intentaba calmar con sus palabras al fraile pero parecía u ser desconsolado y perdido —Tan sólo debéis modificar el resultado de vuestro expediente, corregir la conclusión y no habrá caso en Logroño.

—Pero el expediente ya está camino de Logroño – el fraile se agitaba desconsolado – Envié al alguacil a medianoche para evitar que se os ocurriera

cualquier treta y lo modificarais sin mi conocimiento – miró acongojado a Salazar – Lo siento, Alonso. Perdonadme, os lo suplico, perdonadme.

El inquisidor calló durante unos segundos que a Quiroga se le hicieron eternos, frustrado por no poder reprender a aquel insensato al que había advertido repetidamente de sus errores de juicio.

—No soy yo quien debe perdonaros, Hernán – Salazar comenzó a vestirse – Dónde está Berta.

—Sigue en la celda, en la parroquia; ordené al alguacil que la llevará allí de nuevo – Quiroga se secaba las lágrimas con el hábito.

—Eso significa que está sola – miró al fraile para confirmarlo – Necesitamos la llave del candado que cierra la celda.

Quiroga negó con la cabeza. Seguramente la llave estaba con el alguacil, camino de Logroño.

—Avisad a Telmo. Bajad a buscarle y pedidle que os dé alguna herramienta con la que romper el candado o la cadena, o incluso la puerta de la celda. Vamos, daos prisa.

El fraile salió apresuradamente de la habitación. Se escuchaban sus pasos bajando los escalones de dos en dos hacia el zaguán.

—¡Telmo! Despertad, Telmo.

Segundos después Salazar sintió cómo Quiroga llamaba con fuerza a la puerta del posadero y oyó sus voces en la quietud de aquella hospedería, notó la llegada precipitada de los dos hombres a la habitación y, al mirarles, comprobó el gesto de sorpresa del posadero y de angustia del fraile.

—Telmo, ha surgido un pequeño inconveniente y me temo que vamos a tener que adelantar mi salida hacia Burgos.

El posadero asintió sin mucha convicción y miró a Quiroga.

—Berta se encuentra encerrada en la parroquia y Miguel ha tenido que emprender viaje precipitadamente hacia Logroño, llevando con él las llaves de la parroquia – Salazar sonrió a Telmo que parecía empezar a entender el

problema – Así que os rogaría que nos prestarais alguna herramienta con la que poder abrir el candado o la propia cadena que impide que Berta pueda salir al exterior.

Quiroga se mantenía en silencio. La profusión de explicaciones que Salazar estaba dando al posadero en realidad era la forma de dejar clara la versión que sería oficial preguntara quien preguntara. La verdad no era necesaria para el posadero, sólo el relato que el mismo Salazar trasladaría a quien se interesase por él.

—Por supuesto, señoría. Pero quizá sería mejor que os acompañara porque no es una herramienta fácil de usar.

—No es necesario, Telmo. Y sabéis que os lo agradezco de corazón, pero no quiero que os involucréis más en esto – al decir estas últimas palabras el inquisidor bajó la voz y apretó la mano del posadero – Si no os importa, arreglad la montura y un carro pequeño. Cargad mis pertenencias mientras fray Hernán y yo subimos a recoger a Berta. Y no olvidéis poner muchas mantas, Telmo. Me temo que el viaje puede ser muy frío.

El posadero fue a buscar unas tenazas de herrero. Mientras, Salazar indicó a Quiroga con un gesto de la cabeza que fuera recogiendo sus cosas para que Telmo las pudiera cargar con rapidez.

—El expediente llegará a Logroño antes que yo. Debo continuar mi viaje a Burgos como estaba planeado. Cuando se reciba enviarán a buscar a Berta para llevarla a la prisión por orden del tribunal.

—Pero no podemos permitir que eso ocurra – Quiroga se detuvo y miró asustado a Salazar.

—Y no lo permitiremos. Sencillamente no la encontrarán.

—¿Cómo pretendéis esconderla en esta pequeña aldea?

—Berta se viene a Burgos conmigo.

Quiroga comprendió y miró con agradecimiento al inquisidor.

—Nadie la buscará en casa de un inquisidor, Hernán. Ni siquiera pensarán que yo he podido liberarla y sacarla de Arróyabe. Mi paso por este pueblo ha

sido una anécdota y vos, como comisario inquisitorial, habéis realizado las pesquisas correctamente, habéis formalizado el informe y lo habéis remitido con diligencia y presteza al tribunal. La explicación más plausible es que la joven ha escapado. No es la primera ni será la última, os lo aseguro.

El fraile se quedó pensativo observando a Salazar mientras éste terminaba de vestirse y recoger sus pertenencias. Quizá no era la primera detenida que liberaba o quizá iba a ser la primera de muchas.

—Señoría, las tenazas – Telmo apareció en la puerta – Tened cuidado al cerrarlas, están un poco oxidadas y no es fácil usarlas.

—Muchas gracias, Telmo. Dádselas a fray Hernán, es hombre más joven y seguro que más mañoso en estas lides – Salazar miró al fraile – Vamos a la parroquia y démonos prisa. Preparad mi partida, Telmo.

Los dos religiosos se dirigieron con rapidez a la parroquia. Afortunadamente el cielo parecía limpio y no amenazaba con lluvia, aunque el frío alavés no iba a perdonar aquella noche. Hernán de Quiroga encabezaba la marcha y de vez en cuando echaba la vista atrás para asegurarse de que el inquisidor, aunque a duras penas, le seguía. Cuando llegó a la puerta de la parroquia llamó con fuerza para asegurarse de que no había nadie además de Berta. Sin embargo, no hubo respuesta tampoco de ella. Empujó el portón de madera y, afortunadamente, estaba abierto. Lo dejó entornado para que Salazar entrara tras él y se dirigió corriendo a la sala que a modo de celda tenía presa a Berta.

Apenas se veía en el interior. La noche se había tragado también el interior de la celda. Se dio la vuelta y buscó una vela apresuradamente; la encontró junto a una de las imágenes de la Virgen y tomó otra vela para encenderla, nervioso y con poco tino.

—Vamos, enciéndete.

—Con calma es más fácil acertar, Hernán – Salazar acababa de llegar a su lado.

El fraile respiró y volvió a poner el pabito de la vela de su mano sobre el cirio hasta que logró una mínima llama suficiente para encender la vela.

—Berta – el fraile introdujo la vela a través de los barrotes de la celda –
Dónde estás, Berta. Vengo a sacarte de aquí. Dime dónde estás, por favor.

Sin embargo, nadie respondió. Quiroga movía la vela de un lado a otro pero no encontraba más que piedras que reflejaban la pálida luz. Sus ojos desbordados por el miedo al no encontrar a la joven se abrían y cerraban con rapidez. Nada.

— Tiene que estar aquí – Salazar se acercó a él con otro vela – No se la ha podido llevar.

Quiroga se detuvo súbitamente. La vela había pasado junto a un reflejo anaranjado que casi pasa por alto, tal era lo parecido del color del pelo de la joven al color del fuego de la llama.

—¡Berta!

Quiroga se puso en pie y le entregó la vela a Salazar. Cogió con fuerza las tenazas e intentó romper el candado. Pero el posadero tenía razón, estaban demasiado oxidadas y parecía imposible manejarlas. Sin embargo, las abrió con ímpetu y metió uno de los eslabones entre las quijadas de la herramienta. Volvió a coger aire y apretó con un enorme esfuerzo; tomó aire de nuevo y continuó comprimiendo los dos brazos de la tenaza sobre la cadena.

—Berta, despertad – Salazar era ahora quien intentaba reanimar a la joven del pelo rojo – Vamos, tenemos que sacaros de aquí.

Unos ojos verdes de mirada extenuada aparecieron junto a la luz que creaba la vela.

—Tranquila, vamos a abrir la puerta – Salazar miró anhelante a Quiroga que seguía apretando las tenazas con potencia, con sangre en las manos y lágrimas en el rostro.

Bruscamente la cadena cedió y las tenazas lograron partir el eslabón con gran estruendo. La herramienta saltó por los aires y el impulso de la cadena al romperse hizo que Quiroga cayera al suelo. El fraile se reincorporó torpemente y quitó los pesados hierros que atrapaban los barrotes de la sala que usaban a modo de celda. Abrió bruscamente la estancia y cogió a Berta

en sus brazos para sacarla al exterior lo antes posible. Salazar les siguió con las velas aún encendidas hasta la pequeña explanada que había frente a la entrada de la iglesia. Quiroga había dejado a la joven en el suelo pero mantenía en su regazo la cabeza pelirroja, rodeando con su mano el rostro de la joven que no terminaba de recobrar el conocimiento.

—Vamos, Berta, por favor – Quiroga acariciaba su cara, su pelo – Despierta, por favor.

—Señoría, – la voz de Telmo fue como un rayo de luz en la oscura noche – os he traído un poco de aguardiente para la joven, ha pasado demasiado frío y tiene que entrar en calor pronto.

Quiroga tomó la botella que le ofrecía el posadero e intentó hacer que Berta bebiera un poco, pero al fraile le temblaban demasiado las manos y no acertaba a acercar el líquido a su boca sin derramarlo por las comisuras de sus labios.

—Sostened su cabeza con cuidado – la mano de Salazar, que se había arrodillado junto al fraile y la joven, cogió la botella de aguardiente – Yo le haré beber.

El inquisidor acercó con suavidad la boca de la botella a los labios de la joven, que emitía pequeños gemidos y hacía esfuerzos por abrir los ojos y averiguar qué estaba ocurriendo.

—Tranquila, Berta, bebed un poco.

Quiroga sostuvo con delicadeza la barbilla de la joven mientras susurraba palabras que sólo ella pareció entender, a pesar de ser inaudibles para el inquisidor. Y ella se serenó y consiguió beber un sorbo de aguardiente. El contacto del alcohol con su boca, deslizándose por su garganta y encendiendo sus entrañas a medida que descendía por su cuerpo hizo que Berta comenzara a toser nerviosamente, a intentar coger aire con ansia para poder refrescar el camino que el aguardiente había recorrido unos segundos antes.

—Gracias a Dios, gracias a Dios... —Quiroga ayudó a la joven a incorporarse, rodeándola con más firmeza con sus brazos, mientras ella intentaba recuperar el aliento.

—Telmo – Salazar se levantó y se acercó al posadero que se había quedado apartado, sin querer participar en una escena de la que se sentía extraño — ¿Creéis que podéis traer aquí el carro?

El posadero asintió con presteza y corrió hacia la plaza donde le esperaba un caballo canela un poco intranquilo.

Salazar se giró y contempló a Quiroga y a Berta. Ella parecía estar más calmada y seguía reposando en los brazos del fraile. El inquisidor, al observarles, también se sintió ajeno a aquel momento, así que se mantuvo alejado de las dos figuras.

Berta había conseguido respirar de nuevo y recuperar el conocimiento. Miró entonces a quien la protegía entre sus brazos y sus ojos se llenaron de temor al ver a Quiroga junto a ella.

—¡No! – Berta intentó zafarse del fraile y comenzó a golpearle – Dejadme, no me toquéis. ¡He dicho que me soltéis!

—Berta, no, espera... —el fraile quería calmarla desesperadamente e intentaba contener los golpes sin conseguirlo – Berta, detente, no corres peligro. ¡Quieta!

La joven se detuvo y le miró desafiante.

—Por favor, deja de golpearme. Voy a sacarte de aquí.

Berta no podía confiar en aquel que la había acusado de bruja, la había tratado con sumo desprecio y la había dejado encerrada en la iglesia.

—Y dónde me llevaréis, ¿a la hoguera?

Quiroga rompió a llorar mientras intentaba decir las palabras que durante las últimas horas habían rondado su mente sin descanso.

—Espero que puedas perdonarme... porque yo no podré hacerlo. Mi comportamiento... he sido tan miserable, ni siquiera merezco que tus oídos escuchen mis palabras – Quiroga se pasó una mano por la cara para intentar secar algunas lágrimas – Sólo deseo que algún día puedas perdonar lo que he hecho...

—Queríais condenarme a la hoguera, me acusasteis de intentar acabar con vuestra vida con un... embrujo. Me habéis perseguido llamándome bruja. Y, ahora, ¿suplicáis mi perdón? —Berta no ocultaba su perplejidad ante el cambio de tornas que se había producido en unas horas.

La mirada del fraile zozobraba entre las lágrimas y el desconsuelo. Quería borrar los últimos tres días de su vida y encerrarlos en el más oscuro de los encierros. Pero por encima de cualquier otra cosa, Quiroga precisaba que aquella joven de tez blanca y pelo anaranjado le mirara sin una mínima muestra de temor o de odio en sus verdes ojos.

Berta le miraba más calmada. A pesar de la desconfianza que le seguía provocando el fraile, la joven había mirado a su alrededor para comprobar si estaba sola con él. Acababa de ver la figura de Salazar a unos metros de ellos y eso hizo que se tranquilizara. Si el propio inquisidor arrojaba al fraile en esos momentos, quizá Quiroga quería redimir su culpa incluso antes de que el resultado fuera inevitable. Por eso el fraile continuaba hablando de forma entrecortada en un desesperado intento por traducir los sentimientos que le provocaban una profunda desazón, que como un torrente le asomaban a los labios pero que no era capaz de conjugar con consistencia.

—Me cegó... no pude entender que... sólo pensaba en tu pelo rojo y en lo que de ti me habían dicho, y lo creí... no debería haberlo hecho, lo sé, no reflexioné y di por sentado. Y fui a la pradera... Dios mío, ojalá nunca hubiera ido ni hubiera hecho caso de las habladurías de aquel niño. Sin embargo, seguí sus indicaciones y... cuando te vi en la pradera, yo... sentí una punzada en el corazón, y mi fe se antepuso a mi razón. No puedo darte más explicación, ni más excusas; no puedo suplicar más tu perdón aunque soy consciente de no merecerlo — Quiroga seguía sollozando sin atreverse a mirar a Berta a la cara — Estoy avergonzado y sólo quiero que estés a salvo, que nadie vuelva a molestarte ni a... que Dios me perdone.

Berta se mantuvo en silencio unos segundos. Quiroga la mantenía entre sus brazos aunque seguía con la cabeza gacha, casi escondida entre sus hábitos. Por primera vez en su vida alguien la estaba protegiendo, estaba sacrificando incluso su prestigio y su libertad por cuidarla. Era alguien que la había perseguido, uno más entre muchos que creyeron ver en ella a un monstruo

diabólico sólo por haber nacido en un lugar en el que la brujería había mancillado el nombre de todos sus vecinos, Zugarramurdi. Pero, a diferencia de aquellos otros, el fraile había rectificado y se ofrecía a salvarla no sólo del ahora, también del futuro. Berta comprendió que el fraile estaba siendo sincero, le estaba rogando su clemencia y quería librarla del tormento que él mismo había provocado.

—Tranquilo, está bien – la voz de Berta le sacó del torbellino en el que se acababa de perder – Todo está bien, Hernán.

Al oír su nombre en los labios de Berta el fraile fijó sus ojos en los de ella. La mirada de gato que le había embaucado la primera noche que la vio había vuelto a atraparlo, esta vez para serenarle y no para turbarle. El infinito verde que una vez había encontrado en aquellos ojos volvió ante él.

—Yo no soy quién para perdonarte, pero si eso alivia tu desconsuelo acepta mi perdón y que tu alma descanse. Tus lágrimas son sinceras y tus palabras conmovedoras. Todo está bien, Hernán.

El fraile escuchaba absorto las palabras de la joven, deslumbrado por sus ojos, aturdido por sus palabras y cegado por el rojo pelo que le rodeaba el rostro. Acarició su cara con la mano mientras ella le rodeaba con su brazo, acercándole a ese mar anaranjado que formaban sus cabellos. Hernán de Quiroga posó sus labios sobre los de Berta y en apenas un instante sintió que su corazón se desbocaba. Se retiró con premura y la besó en la frente mientras la estrechaba entre sus brazos.

—No puedo, Berta, no puedo hacerlo – y siguió llorando.

El traqueteo del carro hizo que Salazar se volviera hacia el camino. Telmo llegaba tirando él mismo del caballo para intentar hacer el menor ruido posible en la subida hacia la parroquia.

—Hernán, debemos irnos.

El fraile le miró y asintió levemente.

—Vamos, Berta – comenzó a incorporarse y ayudó a la joven a ponerse en pie – Alonso te llevará a Burgos, a su casa. Nadie te buscará allí y podrás empezar de nuevo. Haz lo que él te diga, confía en él. Que Dios te bendiga –

y la besó de nuevo en la frente.

Salazar se acercó a Berta y la tomó con suavidad del brazo.

—Berta, debemos partir.

Ella miraba a Quiroga sin querer despegarse de aquel hombre que le estaba demostrando un amor que nadie había tenido nunca por ella. Luego miró suplicante al inquisidor.

—Lo siento, Berta. Es lo mejor para todos.

La joven se giró de nuevo hacia Quiroga, le abrazó intentando extraer la esencia de aquel momento para no olvidarlo nunca y le besó por última vez. Entonces siguió a Salazar y subió al carro ayudada por Telmo. El inquisidor se acercó a Quiroga y le estrechó la mano.

—Os informaré de nuestra llegada a Burgos y de mi regreso a Logroño. No tengáis temor ni preocupación por ella. Una vez perdida Berta, su expediente se archivará para siempre.

—Cómo podré agradecereros...

—Hernán, me lo agradeceréis siguiendo el camino que acabáis de descubrir. Sois un buen fraile pero os habíais perdido en un recodo del camino. Intentad no perder la senda.

Salazar se acercó entonces al posadero que esperaba junto al caballo, queriendo calmarlo antes del viaje.

—Telmo, sois un buen hombre.

—Sólo un buen cristiano, señoría.

—Eso, además – Salazar sonrió y le abrazó – Ha sido un honor compartir estos días con vos.

—Podéis repetir cuando gustéis, señoría. Siempre tendréis una cama y un plato de buen guiso en mi posada.

Salazar subió al carro y cogió las riendas que le ofrecía Telmo, que se apartó para que el caballo pudiera girar y encauzar el carro hacia el camino

que bajaba hasta la aldea. La golpeó ligeramente sobre el lomo del caballo, que arrancó con un suave relincho. Berta lanzó una última mirada hacia atrás y los ojos verdes se posaron sobre Quiroga. Poco a poco se fueron perdiendo en la distancia y Hernán de Quiroga cerró los suyos. Vio los ojos verdes que acababan de desaparecer y los guardó para siempre en su memoria.